

THE  
WHITE

7  
1850

SINUÉS



LA DAMA  
ELEGANTE

PQ6567

.S5

D3

1892



1020027408



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA DAMA ELEGANTE

Núm. Clas. 640.714

Núm. Autor 56182

Núm. Adq. 34483

Procedencia - 8 -

Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó \_\_\_\_\_

Catalogó [Signature]

VICTORIANO SUÁREZ

PRECIADOS, 48, MADRID

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

	Pesetas
La vida íntima, un tomo.....	4
Hija, esposa y madre, dos tomos.....	8
El ángel del hogar, dos tomos.....	7
El alma enferma, dos tomos.....	7
Una herencia trágica, un tomo.....	4
La dama elegante, un tomo.....	4
Narraciones del hogar, dos tomos.....	7
Dramas de familia, dos tomos.....	7'50
Verdades dulces y amargas, un tomo.....	3'50
Un libro para las jóvenes, un tomo.....	4
Combates de la vida, un tomo.....	4
Isabel, un tomo.....	3'50
La vida real, un tomo.....	4
Mujeres ilustres, tres tomos.....	9
Cómo aman las mujeres, un tomo.....	3'50
Morir sola, con el retrato de la autora, un tomo.....	6
Los angeles de la tierra, un tomo.....	4

DE TEXTO

La Ley de Dios, un tomo.....	1'50
A la luz de una lámpara, un tomo.....	1

En breve se pondrán á la venta nuevas, elegantes y económicas ediciones de las obras de la misma autora  
LA ABUELA y LA SENDA DE LA GLORIA.

Administración, Librería de Victoriano Suárez, calle de Preciados, 48, Madrid.

OBRAS COMPLETAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

LA DAMA ELEGANTE

MANUAL

PRÁCTICO Y COMPLETÍSIMO

DEL

BUEN TONO Y DEL BUEN ORDEN DOMESTICO

Quinta edición, corregida cuidadosamente por la autora.

100499

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA  
Calle de Campomanes, núm. 6.

1892

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

34483



FONDO  
RICARDO GOVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de  
la autora; queda hecho el de-  
pósito que ordena la ley.

PQ6567  
55  
D3  
1892

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

---

## INTRODUCCION

---

Mi objeto al escribir este libro no ha sido presentar en sus páginas preceptos descarnados, que significarían una persuasión de mi propia suficiencia y un alto concepto de mí misma; no, mis queridas lectoras: yo sé bien que las apreciaciones difieren según el modo de ser de cada persona, y que, aparte de las altas cuestiones de la moral, en que el código es uno é ineludible, todas las cosas de la vida tienen un doble punto de vista, cuando no tienen muchos más.

Pero hay un campo delicioso y extenso, sembrado de flores, el de la fantasía; hay otro código encantador, el del buen gusto; el arte puede embellecer todo aquello que constituye la parte material de la existencia, y en este libro pretendo probaros que la mujer puede ser artista, es decir, amante de lo bello, atendiendo también á los pre-

ceptos saludables del orden, de la economía y de la buena administración de su casa; que puede ser á la vez dama elegante y excelente madre, esposa amante y tierna y modelo de distincion; y que puede crearse, en fin, el gracioso marco de su belleza, el decorado de su casa, los primores de su mesa, el atavío de su persona, y lo que es mejor que todo, puede ser la alegría y la dicha de cuantos vivan á su lado.

Aquí tenéis el objeto de este libro, que resumiré más brevemente: deseaba unir en él lo útil á lo gracioso, lo bueno á lo bello, y creo que lo he conseguido; porque el orden es la gracia, y todo lo bueno es bello: si el bien, si la virtud, si el cumplimiento del deber asusta á las almas débiles y tiernas, culpa es de los que se le presentan adusto y severo; sólo se alcanza la grata serenidad del alma, la dulce é inalterable calma de la conciencia, pudiéndose decir con verdad y convicción: «Cumpro bien todos mis deberes.»

Ségún mi modo de ver, hasta lo más vulgar puede hacerse con un esmero y una elegancia relativas, y esto debe ser el principal objeto de la mujer: por eso hallaréis en estas páginas explicaciones claras y de-

talladas, que no podrán ménos de ser propias, y observaciones que me sean propias, y que estimaréis segun lo creáis conveniente, tomando de ellas lo que gustéis ú os sea más útil ó más agradable.

La casa, el mueblaje, el modo de disponer la mesa en todas las ocasiones ó circunstancias en que tengáis que dar una comida; el arte de vestir bien; las invitaciones; todo aquello, en fin, que es necesario saber para proceder cortésmente, para adquirir la simpatía y la consideracion, lo hallaréis en este libro, en el que he procurado recopilar lo mejor que en las materias que encierra se ha escrito, añadiendo mis propias observaciones y los consejos que las damas más competentes en distincion y buen tono me han dado: en los detalles de la cortesía y de la elegancia, la moda cambia poco, y se llega á la perfección con escaso trabajo; y aun me atrevería á asegurar que una regla fija debe presidir á todos los esfuerzos de las personas de mi sexo para que alcancen un fin dichoso y para que el éxito los corone: tenga la mujer verdadero deseo de agradar, tenga amor á su familia y profese el culto de lo bello, y seguramente convertirá su casa en un edén, donde descansa el alma de

las más amargas luchas, y del cual multipliquen los primores los encantos de la inteligencia, que son á la vez irremplazables é impercederos.

---

## PARTE PRIMERA

### LA CASA

---

#### I

##### ELECCIÓN DE BARRIO Y DE HABITACIÓN

Aunque la elección del barrio en que ha de buscarse la casa preocupa algún tanto á la madre de una recién casada—pues es siempre la madre la que se encarga de estos cuidados—parece, mis queridas señoras, que aun se le debía dar mayor importancia á este detalle de la que se le concede: según sea el sitio donde se elige la habitación, así suele ser ésta, no sólo más cara, sino también más estrecha y más incómoda: los barrios céntricos adolecen de varios defectos: aprovechado el terreno hasta los últimos límites de lo posible, no hay comodidad en las habitaciones y se paga el ruido y la alegría—muy molesta—de la calle á un precio exorbitante; es, pues, preferible un barrio que sea algún tanto retirado, pues en éstos se vive á menos coste, con más holgura y comodidad y con la conveniente separación y libertad entre los individuos de la familia.

Una joven recién casada debe tener también muy en cuenta, al elegir el dulce nido doméstico que ha de embellecer con su amor, la comodidad de su marido, y preferir el barrio que esté más cerca del centro en que aquél tiene sus ocupaciones. Si es empleado en un Ministerio, deberá procurar no alejarse mucho de él; si militar, debe preferir una casa que se halle cerca del cuartel donde le llaman las obligaciones de su servicio; si agente de cambio, cerca de la Bolsa; si se ocupa de alguna empresa particular, ha de procurar la esposa que la morada conyugal esté tan cerca como la necesitan la fatiga de los negocios y las ásperas preocupaciones de la vida: su marido le agradecerá esta atención delicada, y las atenciones de esta clase son la firme base de la felicidad conyugal, pues hacen estimar desde luego al corazón que las dicta, y la estimación es la más dulce hermana del amor.

La mejor habitación es la más espaciosa, ventilada y alegre. El aire, el sol, la vista de un hermoso pedazo de cielo, son elementos de bienestar, que conservan la salud y animan al trabajo.

La habitación de una joven recién casada debe ser elegida por ésta, su madre y su futuro esposo: las dos personas que han de habitarla son las que han de estar sobre todo conformes con sus condiciones y hallarla cómoda y agradable: la madre se limitará, si tiene talento, á dar su parecer y á aconsejar lo que crea ser más conveniente.

No hay para qué elegir una morada extraordinariamente grande, ni tan reducida, que se viva en continua y molesta opresión; el término medio es el mejor; necesita constar de una antesala, un salón ó sala de recibir, dos gabinetes dormitorios, un comedor, cuartos de criados, cuarto de baules y perchas para desahogo, y otra habitación decente, que debe estar de reserva para cualquier evento de enfermedad ó de arribo inesperado de algún huésped ó pariente.

Es preferible siempre elegir una casa nueva, porque su aspecto es risueño, limpio y agradable á la vista; pero en la alternativa de encerrarse en una jaula ó de vivir con holgura, será más cómodo tomar habitación en un edificio que no sea ya moderno, pues éstos son siempre de mayores dimensiones.

## II

### IDEAS GENERALES ACERCA DEL MUEBLAJE.—ANTESALA

Yo aconsejaré á todas las señoras que me hagan el honor de estimar mi parecer, que no elijan nunca—si su fortuna no es cuantiosa—muebles de gran apariencia ó muy vistosos: la comodidad exige moverse con libertad y sin temor de estropear las sillas, las mesas y las cortinas; lo preferible es que todo el mueblaje ostente una armonía perfecta, y que, por ejemplo, si la madera es de caoba, la tapicería sea de lana, y no de seda.

Si la antesala tiene una ventana; aconsejaré que se pongan en los cristales visillos ó cortinas de muselina blanca estampada, y cortinas grandes interiores de una tela de lana argelina, género muy sufrido y que se vende para este solo objeto: dos banquetas de terciopelo de lana verde ó de crin negra se colocarán en los lados, pudiendo poner también, si los huecos lo permiten, dos ó tres sillas de la misma clase.

En las paredes, y en vez de cuadros, se colocarán dos mapas geográficos y un plano de Madrid ó de la población donde se habite; objeto muy precioso para consultarlo en esta época de cambios y demoliciones: con estas tres cosas alternarán un barómetro, una percha ó colgador, fuerte y elegante á la vez, para las capas y los abrigos, y un porta-paraguas y bastones de la misma madera que el colgador y que los marcos de los mapas y del plano, y que deberán ser de madera oscura y lisa: si se desean más elegantes, se les mandará adornar con clavitos de hierro dulce imitando al acero.

En el centro de la antesala debe haber una mesa redonda y cubierta con un tapete de lana, cuyos colores armonicen con los de las cortinas; y en el centro de esta mesa, una canastilla bastante grande, y todo lo bonita posible, destinada á recibir las tarjetas de las visitas que no pasen al salón por no hallarse los señores de la casa en ésta.

Será de muy buen gusto el colocar en el antepecho de la ventana un cajón de madera lleno de tierra y forrado de zinc, conteniendo plantas trepadoras, como capuchinas y hiedra; una jaula con dos tórtolas; ó bien un canario colocado entre el verdor de la ventana, será un ornato encantador.

Las plantas del cajón deben dirigirse hacia algunos cordones ó alambres colocados á alguna altura, á fin de que formen á la ventana una cortina de verdor esmaltada de flores y de esas campanillas blancas, azules y rosadas, que son las más humildes y modestas, pero las más atractivas hijas de la naturaleza, tan pródiga en bellezas.

### III

#### SALÓN

No soy yo, mis queridas lectoras, de parecer de tener el salón cerrado y sólo dispuesto á recibir: no se trata de llenarle de objetos costosos ó inútiles, sino de hacer de él la habitación agradable por excelencia, pues en ella hemos de recibir á nuestros amigos: los ingleses, que prefieren la realidad á la apariencia, tienen los salones más confortables, más cómodos y mejor arreglados del mundo, y yo os deseo, señoras mías, que los imitéis, renunciando á la costumbre de nuestras madres, que tenían *la sala ó estrado* siempre á

oscuras, frío y sin vida, pues sólo se abría á la llegada de las visitas.

No se debe imponer ni á sí propio ni á los demás la molestia de habitar un museo: el *pedantismo* de los muebles es insoportable, y por el contrario, es muy agradable el tomar de cada época lo que tiene de útil y de cómodo: los muebles históricos son muy interesantes, pero yo prefiero un sillón cómodo y mullido, que date de ayer, al sillón del rey Dagoberto que figura en el Museo de antigüedades del Louvre: si os aconsejo, jóvenes lectoras, que meditéis en el arreglo de vuestro salón, es porque deseo que unáis un pensamiento, mejor dicho, un sentimiento, á cada uno de sus muebles; es preciso que en él se hallen á su gusto vuestra familia y vuestros amigos, y que al salir deseen volver. La rigurosa simetría produce infaliblemente el cansancio de los ojos, y debe huirse de ella, procurando colocar lo que puede ser más agradable á los asiduos asistentes á vuestro salón; será un excelente cambio, porque la simetría no dice nada, ó lo que es peor y más fastidioso, dice siempre la misma cosa: la extremada uniformidad acusa la sequedad del corazón, y dice que en éste no hay recuerdos ni iniciativa: es inmutable y fría, y hace retirar el almohadón que ha bordado una amiga, el estantito que al alcance de la mano ofrece los libros más queridos, los periódicos y revistas que podían ser muy agradables á las personas que van á pasar un rato con vosotras. No re-

trocedáis ante la irregularidad, porque ésta probará que pensáis en complacer á vuestros amigos y en distraerlos agradablemente.

Después de estas ideas generales, vengamos á otras más concretas; digamos algo de las condiciones que cada salón debe tener para ser agradable y para que se mire como el grato asilo de la amistad confiada y verdadera: el fuego y la luz es lo primero que debemos á las personas que nos favorecen haciéndonos compañía; y así, no cabe ni economía ni negligencia en esta parte; toda lámpara ó quinqué que alumbra mal, debe retirarse de una habitación, y sobre todo, de aquella en que se recibe á personas de fuera, sean ó no de confianza.

En cuanto á las telas que deben elegirse para decorar un salón, es difícil poder señalarlas, no sabiendo la suma que en este objeto se puede ó se desea invertir; como regla general diré que es preferible la sencillez elegante á una ostentación sin armonía y *premiosa*, por decirlo así; por ejemplo, es preferible poner todas las colgaduras y portieres de damasco de lana, á poner solamente colgaduras de seda; sin embargo, el *non plus ultra* de la elegancia sería un salón todo vestido de terciopelo color grosella de los Alpes, con toda la madera de palo de rosa tallado; es decir, cortinas, portieres, tapicería de la sillería, tapices de las paredes y alfombras todo de terciopelo; y armadura ó engaste de la sillería, marcos de los cua-

dos y espejos, piano, un mueble á lo Luis XIII y un velador del centro, todo de palo santo, negro, tallado delicada y prolijamente.

Este salón sería un modelo de lujo y elegancia, y sólo podrían obtenerlo personas de una gran fortuna: tal suntuosidad exigiría vasos de Sevres para flores, jardineras de laca, sillas volantes japonesas, tapete de terciopelo en el velador, un juego de bronce de 200 duros sobre la chimenea, y una araña en el centro del salón, que no bajara de 400. Pero aun así, este salón debería estar siempre abierto y habitado, lleno de flores frescas y de libros que, aunque lujosamente encuadernados, se leyesen y mirasen como amigos familiares y queridos.

He visto un salón pequeño amueblado con sillería dorada y raso violeta, que era delicioso, y otro dorado también y con tapicería de damasco rosa; pero ya he dicho que esta suntuosidad es dada á muy contadas fortunas, y que el deseo de ostentarla sin poder completar todos los detalles, da un resultado deplorable.

Lo preferible á todo es, como ya queda dicho, una decencia armónica, una sencillez graciosa y elegante: colgaduras, cortinas y sillería de damasco ó reps de lana de buena calidad; velador en el centro con tapete que juegue bien con la tapicería, donde se coloquen los libros nuevos y los periódicos del día. Piano con candelabros de bronce, y banqueta igual á la sillería; musiquero y

dos estantitos para libros, de la misma forma y pendientes de la pared con cordones de seda del color de la tapicería; espejo ovalado con marco de madera, y juego de chimenea de bronce oscuro, componen un todo agradable y confortable, porque no siendo nada de subido precio, se hace de todo un uso continuado y *franco*, por decirlo así.

Terminaré, en lo que respecta al salón, aconsejando que se elijan para su decoración telas á la vez fuertes y opacas para que sufran un uso continuo: el color granate oscuro con rayas doradas ó verdes, ó con brochado de estos dos colores, me parece muy á propósito: el gris oscuro y el color de cuero dan también excelentes resultados: lo que es indispensable es que muebles y cortinas sean de la misma tela.

Es de muy buen gusto el que haya en el salón una mesita de labor ó costurero grande y cómodo, y otra mesita cerca de uno de los balcones ó ventanas para escribir y dibujar; que haya asimismo periódicos, revistas, libros en uso constante y renovados de vez en cuando; flores frescas, grabados, y todo aquello, en fin, que da vida á una habitación y la hace agradable.

#### IV

COMEDOR.—DESPACHO Ó GABINETE DE TRABAJO.

El salón es la habitación más importante de la casa; en él se recibe á las personas de nuestro trato, que forman su opinión acerca de nosotros

con mayor ó menor benevolencia: las demás habitaciones son ya del dominio particular, y puede atenderse más al gusto de la persona que haya de ocuparla.

Pasemos al comedor. Ya habrán comprendido mis lectoras que he elegido como tipo de mis descripciones la casa de una familia de la clase media, que es, á mi parecer, lo más acertado, pues el lujo puede aumentarse con la más grande facilidad, tanto como se quiera.

Los muebles de la sala de comer, una de las más usuales habitaciones de la familia, son casi siempre iguales ó parecidos; pero he estado en algunas casas donde el comedor se halla en el desórden más completo: se habian enviado allí todos los muebles de sobra, baúles, perchas y sillas desemejantes entre sí: esto es lastimoso y perjudica al decoro y al buen orden, y hasta al bienestar del espíritu, pues indica desaseo é incuria.

Todos los muebles que sobran ó estorban, y esto se entiende en una casa puesta ya desde hace mucho tiempo, deben colocarse en la bohardilla ó cuarto guardamuebles, para dejar expeditas todas las habitaciones: tratándose de una casa que va á ponerse, diré que el comedor debe estar guarnecido con sillas de guta percha verde ó color de café, y que es preciso sean muy cómodas, bastante grandes y con mullido también en el respaldo: los convidados deben hallar en los menores

detalles el deseo de complacerles: un aparador, una mesa con tablero de piedra blanca para trinchar encima los manjares, y la mesa principal y redonda en el centro; una lámpara de porcelana blanca, con gran pantalla de lo mismo, se suspenderá del techo en el fondo: las ventanas estarán adornadas con cortinas de lana á dibujos turcos; y de lo mismo serán los portières: nada hay que dé más completo bienestar que el hallarse en una habitación cerrada con espesas cortinas y como aislada de los ruidos exteriores.

El pavimento deberá cubrirse de hule oscuro con dibujos pequeños en el verano y sobre éste puede extenderse para el invierno una alfombra cuyo fondo armonice con el de las cortinas y portières: no es de buen gusto cubrir la mesa de comer con tapete, hule ni ninguna otra cosa, sino dejarla que luzca el barniz de la caoba, que debe estar siempre cuidadosamente limpio.

Es muy elegante y gracioso colocar en las ventanas del comedor cajones de madera forrados de zinc, como los que recomendé para las ventanas de la antesala, llenos de flores ó de plantas trepadoras: uno de las más grandes goces que se pueden imaginar es almorzar en familia, en una mesa limpia y bien servida, con las ventanas abiertas, llenas de flores, de hiedra y de madreselva y bañadas por un alegre sol: si á esto se añade el canto de un canario que salta en una jaulita de alambre, ó de dos tórtolas prisioneras en una ca-

sita de cañas, el cuadro no puede ser más encantador.

Cerca del comedor está situado ordinariamente el despacho ó gabinete de trabajo del dueño de la casa: esta habitación debe ser un santuario para los criados, y la esposa es la que debe cuidarla ó presidir á su arreglo y limpieza: del respeto de esta habitación depende á veces la fortuna de dos jóvenes esposos, pues aquel es el sitio donde se guardan los papeles de importancia y donde se llevan á cabo los graves trabajos de una profesión ó de un cargo importante: por esta misma razón el ornato debe estar en consonancia con el destino de la habitación, y debe ser sencillo y severo: los muebles podrán ser de encina; esto, que antes era un lujo inabordable, hoy ha dejado de serlo, porque la industria ha dado á dicho género proporciones considerables: la tapicería, cortinas y alfombras serán del color clásico de estas habitaciones, es decir, verde oscuro: el género mejor y más elegante es el terciopelo épinglé de lana: es una tela seria, sólida, que se drapea bien y forma pliegues majestuosos.

La elección de los muebles del despacho pertenece exclusivamente al marido; sin embargo, la esposa debe colocar en él algunos objetos de comodidad y distracción, como una mesita de fumar, de las muy elegantes que hoy prescribe la moda, y que contiene cigarrera, bujía, fosforera, cenicero y hierro para despuntar los tabacos; una *fumadora*

ó lecho de reposo con un solo respaldo, y un timbre de bronce, con el que pueda llamarla su marido, y que tenga una forma artística: debe colocar también sobre la mesa de escribir un limpia-plumas hecho por su mano, y una cajita para sellos de correo, lo más bonita y de mayor precio que le sea posible: el *folgo* ó calienta-piés de debajo de la mesa debe ser de tapicería, bordado también por la mano de la esposa.

Ya es sabido que los muebles de un gabinete de trabajo son siempre los mismos: librerías cerradas con puertas de cristales, de madera más ó menos preciosa y con molduras de lujo; una mesa de despacho de las llamadas *ministro*; otra mesa para los periódicos y libros nuevos que llegan cada día, y que debe ser más pequeña; un sillón para escribir, y otros varios guarneciendo las paredes. La sobriedad es condición esencial del mobiliario de un gabinete de trabajo perteneciente al dueño de la casa: en el testero principal, ó sea en el que da frente á la puerta de entrada, se colocan las dos grandes librerías: entre estos dos muebles es de muy buen efecto poner una panoplia de armas antiguas y modernas de caza y guerra: los cuadros, que no deben ser muchos, pertenecerán también á estos dos géneros.

La mesa destinada á los libros y periódicos, si no tiene el tablero de piedra, deberá cubrirse con un tapete del mismo género que las cortinas, ó á lo menos que armonice con él: son detalles

que al parecer nada significan, pero que hablan con mucha elocuencia en favor del gusto de la persona que habita un aposento.

## V

## SALA DE CONFIANZA.— TOCADOR

Suele haber en las casas de las personas que cuentan con alguna fortuna, una sala ó habitación donde se hace labor, donde se pasa la velada en familia las noches que no se esperan personas extrañas, y donde se dan las lecciones de los niños de la casa, que las reciben de una institutriz, de un preceptor, y á veces de estas dos personas á la vez. Cuando la educación está encomendada á profesores que vienen cada día, es en la sala de confianza donde dan ó deben dar las lecciones, pues si bien es ridiculo é incómodo tener el salón siempre cerrado, no es menos cierto que su mueblaje y decorados sufrirían notable deterioro si fuese teatro de la educación de los niños, de la constante labor de aguja y corte, y de la reunión de la familia á todas horas.

La sala de confianza es, pues, una de las habitaciones más útiles y de más uso de la casa: se amueblará, por lo tanto, con objetos sólidos y cómodos, de color oscuro para que no se manchen; si tiene chimenea, se encenderá desde temprano, y si no, se caldeará la temperatura por medio de

un brasero bien encendido, en el cual podrá quemarse algun perfume suave y agradable, si bien en corta cantidad, para que no ataque á la cabeza, lo que es muy fácil suceda al levantarse de la cama.

El mueble más necesario en la sala de confianza es una mesa bastante grande y cubierta con un tapete, que á su vez se cubre con un hule elegante que permite cortar y preparar sobre él todas las prendas de costura que se hacen en la casa.

Un costurero grande, un reloj fijo, una mesa-consola superada por un espejo ovalado y puesto con una inclinación graciosa, y sillas cómodas de gutapercha oscura, café ó verde, son los muebles obligados de esta clase de habitaciones: el balcón ó ventanas no tienen colgaduras, pues siendo un aposento puramente de utilidad y destinado casi por completo á la labor y á las lecciones, necesita buena y clara luz; no obstante, las colgaduras y portieres son cosa tan elegante, que por mi gusto los aconsejaría en todas las habitaciones, inclusa la sala de confianza: nada hay más íntimo que esas gratas veladas en una habitación abrigada y perfumada con lirio ó con un bello ramo de flores frescas y recién cortadas, cuando hay corridas espesas y elegantes cortinas delante de las puertas y balcones.

Uno ó dos ramos de flores, colocados en floreros de cristal, deben ponerse en la consola, cuidando de renovarlos con frecuencia; porque si na-

da hay más bello y alegre que las flores frescas, nada hay tampoco más triste y desagradable que las flores secas y marchitas: de no poder renovar las flores á menudo, lo que es bastante caro en el invierno, es mejor no tenerlas.

Un quinqué grande con buena y clara luz es de toda precisión en esta sala ó habitación de confianza: la presencia de este objeto durante el día ejercerá un bien moral, haciendo pensar en las dulzuras ó intimidad de la velada; de modo que al hacer la limpieza y arreglo de la habitación, deberá entrarse ya en disposición de encenderlo, y colocarlo sobre la consola ó en una rinconera: este quinqué debe ser todo lo más elegante posible, y debe estar cuidadosamente aseado y reparado por mano de una persona inteligente.

La mesa del centro, que sirve para cortar, preparar labores, tomar té, leer y escribir en caso necesario, sirve también para que los niños de la casa estudien, escriban, lean y dibujen durante una ó dos horas de la velada, á la vista de sus padres y hermanos mayores.

Debe haber en la sala de confianza algunas sillas volantes ó movibles, dos ó tres bajas para hacer labor, y sobre todo, un sofá cómodo y adicionado con almohadones de persa ó de la tela de lana de las cortinas: estos sofás son el deseanso de los ancianos y la delicia de los niños: yo recuerdo todavía un gran sofá vestido de una indiana de fondo azul con figurones, donde en mi infancia he

dormido los más dulces sueños de mi vida. ¡Qué bellas y risueñas visiones pasaban ante mis ojos! ¡Qué horizontes de oro y rosa! Aquel sofá tiene para mí tan gratas y risueñas memorias, que jamás olvidaré su forma y el color de los almohadones que lo vestían, donde tantas veces he reclinado mi infantil cabeza.

En este sofá lee el abuelo el *Diario* y toma con grato reposo su taza de café; en este sofá la abuela reza su rosario y aduerme á la nietecita, que está inquieta y llorosa; y hasta el gato, amigo de la familia, y hasta el perrito, compañero de los juegos de los niños, anhelan el dulce y blando reposo que les ofrece.

¡Oh, cómo recuerdo el sofá que siendo niña me daba lecho en las largas veladas del invierno, en la salita de confianza de mi abuela! ¡Qué gratos sueños, qué dulces visiones traía á mi mente! ¡Las noches de los sábados soñaba con el paseo del día siguiente, con el teatro, con el vestido ó sombrero nuevos! ¡Oh! sí, el sofá guarnecido de almohadones es mueble indispensable en la habitación en que se reúne la familia para las tareas y los dulces placeres!

Pasemos ahora á hablar del gabinete de tocador.

Una elegante sencillez es siempre preferible á la ostentación, y así, lo más bonito será adornarle con cortinas y sillería de cretona color de rosa, sembrada de ramos de flores, ó bien, si se pre-

fiere, de cretona azul con guirnaldas de flores.

La sillería propiamente dicha se compondrá solamente de dos divanes anchos de asiento y bajos de respaldo, que permitan dejar sobre ellos vestidos, confecciones y todo lo que no se lleva al guardarropa en el momento de quitárselo; de tres ó cuatro butacas de distintas formas, y de una pequeña, colocada ante la mesa de tocador, para peinarse sentada en ella.

Dicha mesa, que será bastante ancha y cuadrada, estará vestida de la misma cretona que la sillería, es decir, estará cubierta con un tapete guarnecido de un alto volante y que llegue al suelo: las cortinas de esta mesa caerán á los dos lados de un espejo grande y ovalado, cuyo marco puede ser de madera, de plata ó de seda almohadillada, es decir, tan rico ó tan sencillo como se quiera.

Cortinas de la misma tela caerán ante la ventana, teniendo debajo visillos blancos, y lo mismo se hará en el caso de que un balcón reemplace á la ventana.

Un armario con puerta de espejo, otro armario para vestidos, una percha larga, cubierta con cortinas, para las enaguas y las batas, son cosas indispensables en un tocador: en las casas que son bastante grandes y cómodas, dentro del gabinete de tocador, que está amueblado con ostentación, hay otro pequeño cuarto donde se coloca el lavabo, las perchas y el ropero, así como los baúles

de la ropa blanca; pero cuando no hay para vestirse y guardar la ropa más que el cuarto de tocador, debe estar todo en el mejor orden posible y de modo que presente el aspecto más agradable.

Por esta razón, los baúles que haya necesidad de tener en el tocador se cubrirán con tiras de paño y de tapicería alternadas, lo que quita á la madera su aspecto tosco y les da una apariencia elegante y hasta suntuosa; este mismo procedimiento se usa con la leñera del salón, si es que no está forrada de paño verde, carmesi ó azul, segun el color de la tapicería de aquél.

Nada más bonito que estos muebles vestidos con tiras de tapicería que se hacen durante los ratos perdidos, ó en la velada que se pasa entre los parientes y amigos en la sala de confianza.

En el gabinete de tocador debe haber también un mueblecito para guardar encajes y joyas; y si es bastante espacioso, un velador grande en el centro para dejar las alhajas, sombrero, guantes, sombrilla y todos los objetos pequeños de vestir que tienen que volverse á usar en el día para una nueva salida.

Una cómoda en un ángulo, dos girandolas con bujías á cada lado de la mesa de tocador, y algunos *vide-poches* colgados de la pared, así como una bonita relojera, acabarán de dar al gabinete de tocador un aspecto elegante y agradable, á la vez que muy cómodo, pues reunirá todo lo que es preciso para cambiar de traje sin salir de su recinto.

Si el gabinete no tiene chimenea, mejor que brasero será poner en él un calorífero ó una pequeña estufa, que evitará el que caiga al fuego cualquiera prenda de vestir.

## V

## HABITACIÓN DE UNA SEÑORITA HIJA DE FAMILIA

Voy á tratar aquí del cuarto de una señorita, ya sea hija de la casa, ya sea sobrina, ó bien hija de unos amigos que la han confiado por algun tiempo á los cuidados de una familia de confianza.

El cuarto de una joven soltera debe ser, si es posible, sin alcoba: la cama, en el testero más lejano del balcón, debe estar cerrada con cortinas de muselina blanca; más que varias cortinas, convendría una larga, pasada por una anilla dorada y adornada de una palma ó de una flecha, que parece sostener la colgadura; la colcha será igualmente blanca, y ésta, como las sábanas y almohadas, de intachable limpieza: las cortinas del balcón ó ventana, así como las fundas de toda la sillería, serán de tela de Persia blanca, sembrada de ramos de flores; el papel de las paredes debe ser parecido á esta tela; las cortinas se guarnecerán de un ribeteado á la *vieja*, ribeteado en los bordes con un galón rosa, si este color se encuentra en los ramos del sembrado de la tela.

En el invierno, las cortinas y la colcha de la

cama se pueden reemplazar por otras de la tela de Persia de las cortinas y muebles.

En la habitación de que voy hablando debe haber una cómoda con un quinqué ó lámpara pequeña arreglada encima: un pequeño buró, una mesa de caoba con un espejo encima, un lavabo y una mesita de tocador, vestida, bien de muselina blanca con trasparente rosa y lazos del mismo color, bien de la tela que viste todo el cuarto: el espejo será, no muy grande, y ovalado; una cornucopia antigua llenará muy bien este objeto.

Un costurero grande se colocará al lado de la ventana, adornada con algunas macetas de flores; delante de la ventana se colocará una jardinera de laca forrada de zinc: las jóvenes se aficionan fácilmente á cuidar flores, y esta distracción, agradable y graciosa á la vez, eleva su espíritu y dulcifica su carácter: con el mismo objeto, y para embellecer la habitación, se suspenderá del techo un vaso de tierra cocida en forma de lámpara, que tenga hueco para una luz, y en el cual se siembren plantas descendentes que caigan hacia abajo.

Dos estantitos para libros bastan para una joven; pero estos libros deben elegirse con cuidado, para que formen á la vez el corazón y el juicio de la que los lea; y no estará demás el advertir aquí que deben mirarse como á los amigos de cada día, que hacen parecer menos largas la horas de la lluvia y de la tristeza; como á huéspedes amables

que toman parte en nuestras alegrías y nos dan el medio de conservarlas, que nos consuelan en nuestras penas y nada piden en cambio; como á enviados de Dios, que nos hablan de sus providencias y de su inagotable bondad, y que nos enseñan cómo el alma se encamina á través de las penas de la vida hácia la patria celestial.

Un consejo daré aquí á las jóvenes respecto de su pequeña biblioteca: que no guarden jamás ningún libro que tengan que ocultar á los ojos de su madre ó de su familia.

Cuantas más flores haya en la habitación de una joven, será tanto más atractivo su aspecto; además de las que haya en la lámpara del techo, en la ventana y en la jardinera, debe tenerlas sobre las mesas, cortadas, no en ramos hechos artificialmente, sino en hacecitos, y mezcladas con ramaje verde, lo que les da un aspecto mucho más fresco, más pintoresco y más bello.

El amor á las flores supone gustos sencillos é inocentes, amor á la casa y al orden de la misma: ¡dichosas las niñas á las cuales se les ha inspirado desde temprano el gusto por las flores, y lo han cultivado y lo han sentido crecer, pues este gusto eleva al alma y la predispone al aborrecimiento de todo lo que es feo y odioso!

Si no puede tenerse un pedacito de jardín, lo cual para las jóvenes amantes de las flores es una delicia incomparable, se puede siempre cultivar flores en las habitaciones: se fabrican actualmente

jardineras de formas tan elegantes, y de tan escaso coste, que las jóvenes que aman las flores pueden fácilmente tenerlas naturales en el salón de la casa de sus padres y en su propia habitación.

No hay nada que sea más grato á los ojos de todos, que el cuidado que pone una hija en embellecer el sagrado asilo donde ha nacido, el dulce techo paternal, abrigo de todas las tempestades, puerto de todas las borrascas: cuanto más cuidado, cuanto más hermoso esté, más elocuentemente habla á todos de la paz que reina en la familia y del amor que la une.

Una señorita dedicará—si sólo cuenta en su aposento particular con una sola pieza—un ángulo para colocar sus vestidos, colgados y cubiertos con cortinas que se descorran por medio de anillas pasadas en unas varillas de hierro: la percha en que estén colgados los vestidos puede ser más ó ménos elegante, por ejemplo, de caoba pulimentada, ó bien de pino blanco solamente: unas palomillas salientes, colocadas á cada lado de la pared, sostienen las varillas y dejan á los vestidos el hueco suficiente para no arrugarse: los paños á los que se pegan las anillas deben ser de la tela de los muebles, pues así se les quita todo aspecto irregular, ofreciendo el agradable de unas bonitas cortinas.

Los cofres que ocupen en el cuarto de una joven alguno de sus ángulos, deberán estar forrados con persa de colores ó tiras de tapicería, como ad-

vertí para el tocador, donde haya bordados lindos y frescos dibujos: la primera condición de la belleza—como ya lo he dicho en otras ocasiones—es la armonía; y la madera ó el lienzo de que están forrados los cofres cuando se sacan de casa del comerciante que los vende, haría un triste y chocante contraste con las lindas cortinas, los espejos y las porcelanas del lavabo.

Por regla general, la belleza es condición precisa en todas las cosas necesarias á la vida, en esta época en que se rinde grande y constante culto á la forma: hasta los utensilios de las labores más mecánicas, como, por ejemplo, los que se ocupan para el aplanchado de la ropa, son muy bonitos y elegantes: toda fealdad ostensible ha desaparecido, y ya es condición precisa del bienestar doméstico la belleza en todos los detalles.

## VII

### CUARTOS DE LOS NIÑOS DE AMBOS SEXOS

Ya mi tarea respecto del mueblaje de una casa toca á su fin, y alguna otra pluma más aventajada que la mía la daría aquí por terminada: yo, sin embargo, creo de mi deber añadir aún algunas páginas, porque mi primer propósito es escribir un libro útil, una verdadera *guía práctica* para la mujer.

Cuando en una familia hay niños, sus habita-

ciones no deben asemejarse en nada á las de su hermana mayor, ya descrita en el período anterior: si los niños son de ambos sexos, los varones deben tener un aposento separado del de sus hermanas, pues el pudor y la delicadeza de los instintos debe cuidarse y cultivarse en la infancia como flores preciosísimas y frágiles, que un hálito impuro puede matar para siempre.

Empecemos por la habitación de las niñas: éstas deberán tener sus lechos iguales, pero cada una el suyo; no conozco nada más molesto y más depresivo que la comunidad del lecho, aunque sea entre hermanas: hay en la vida, y sobre todo en la vida de la mujer, independencias respetables y sagradas: las niñas, pues, desde la más pequeña hasta la que cuente diez y seis años, á cuya edad ya se les da, y debe dárselas, aposento separado, deberán tener cada una su cama propia, pero todas iguales y arregladas del mismo modo: la cama enteramente decorada de blanco tiene el inconveniente, cuando se trata de niños, de ajarse muy pronto: una persa azul para los cobertores es bonita, fresca y alegre: cada cama necesita sus cortinas, reunidas en la parte superior por medio de una aguja ó flecha, ó simplemente por medio de una anilla de metal, por donde se pasa la colgadura, dejando la mitad por cada lado.

Cada camita, de hierro y muy sencilla, tendrá al lado una mesita de noche; dos lavabos bastarán aunque sean cuatro las niñas: el jarro y la jofaina

pueden ser de metal dorado, para evitar los defectos de la travesura infantil.

Los demás utensilios del tocador serán de porcelana blanca con filetes azules, cuidando mucho de que las niñas tengan siempre en abundancia y buen uso esponjas y cepillos para la ropa, cabello, dientes y uñas: las criaturas aprenden desde temprano los hábitos de cultura y de limpieza; si se les acostumbra á ellos, no hay niño educado con estas delicadezas de detalles, que sea más tarde una persona tosca y ordinaria,

Una mesa bastante grande y guarnecida de cortinas blancas servirá á las niñas de tocador, y contendrá un bote de pomada y otro de vinagrillo como locion de tocador: habrá también sobre esta mesa una caja de polvos para la dentadura, y otra caja de polvos de arroz, limitándose aquí todos los aprestos de una coquetería que se deberá dejar dormir el mayor tiempo posible: la madre ó las hermanas mayores tomarán sobre sí el cuidado de registrar todos los días el aposento de las niñas, á fin de que no adquieran ni conserven cosméticos ni pinturas, ni ninguno de esos artículos de tocador que podrían marchitar su natural belleza y acostumbrarlas desde demasiado temprano á unos cuidados tan inútiles como perjudiciales.

En el sitio donde dé la luz más clara, se colocará una mesa grande, con tantos pupitres como sean las niñas, donde podrán escribir, dibujar,

leer y repasar su aritmética desde las primeras horas de la mañana, pues debe acostumbrárselas á madrugar: el trabajo ó el estudio de las primeras horas de la mañana es el que aprovecha más de todo el día.

En un estante grande de madera oscura se colocarán los libros de estudio y de recreo de las niñas: ni los unos ni los otros deben ser muy numerosos: no debe fatigarse el cerebro de los niños con estudios complicados, y es mejor que en la primera infancia aprendan bien dos ó tres cosas, que el sobrecargarlos de lecturas fatigosas y de lecciones que no hallan fácil acceso en su memoria, y que pueden perjudicar á su salud.

En cuanto á los libros de recreo, serán los mejores los que les den más exactas ideas de la vida, y sobre todo, los que les inculquen más sanos principios de religión y de moral; no son los cuentos de encantadores los que dan á los niños más verdaderas nociones de la verdad; antes bien, si la imaginación de los niños es viva, deslizan en ella mil pensamientos erróneos, que pueden hacer su desdicha en lo sucesivo.

Entre los libros de educación hay algunos que se pueden elegir y dar á los niños con toda confianza, en la seguridad de que les han de hacer un bien positivo.

Pero ya hablaremos de esto, mis queridas lectoras, en capítulo aparte, y por ahora seguiré describiendo cómo, á mi parecer, debe estar dispues-

to el cuarto de las niñas hijas de una familia bien acomodada.

Si es posible, deberá elegirse al sol el cuarto que sirva á las niñas de dormitorio, y en este caso no se le pondrá fuego en todo el día: sólo un rato antes de que se acuesten se entrará un brasero bien pasado para templar la atmósfera, retirándolo así que se hayan acostado: si el cuarto no está situado de modo que el sol pueda caldearlo, se pondrá desde por la mañana, y antes de que las niñas se vistan, un brasero, á fin de que la frialdad de la atmósfera no perjudique á su salud, conservándole en tanto permanezcan en la habitación, y aunque salgan de ella: lo que no debe olvidarse es el abrir los balcones para renovar el aire de vez en cuando, no dejando jamás el brasero en la habitación durante la noche.

Las niñas tendrán en su cuarto una mesa de labor bastante grande para trabajar todas, provista de diferentes cajones, de buenos hilos, agujas, algodones de bordar, tijeras, dedales y estuches de crochet; en fin, provista con abundancia de todos los utensilios que puedan necesitar para sus labores.

Deberá darse además á cada niña una canastilla de labor bonita, aunque sea muy sencilla, y un estuche de piel con utensilios de costura más delicados y bonitos que los del costurero ó mesa de costura, para que cuando vayan al salón ó á la sala de confianza, puedan llevar consigo todo lo

necesario á la labor: nada hay más desagradable á la vista que una niña ociosa, y es, por el contrario, encantador el espectáculo de una niña escribiendo, bordando ó haciendo crochet al lado de la ventana del salón los días que su madre recibe.

En todos los salones de buen tono de París se ve á las niñas, desde los diez años en adelante, dibujando ó escribiendo en un pequeño pupitre al lado de la ventana los días de recepción, y sin mezclarse en la conversación, á no ser que sean interpeladas.

El dar á las niñas objetos delicados y bonitos, las acostumbra desde temprano á tener buen gusto y á saber cuidarlos con esmero: es también muy necesario el acostumbrarlas á una limpieza esmerada y minuciosa de su persona y de su habitación: se las prohibirá que arrojen al suelo papeles rotos ó cortados, retazos de tela, tinta, agua y toda suerte de objetos: para esto tendrán en su cuarto un cesto grande, á fin de que echen en él los papeles inútiles, y una *chifonier* ó mueble para guardar costuras, telas sobrantes, patrones, etc.

Se acostumbrará á las niñas á asear su habitación; después que una criada barra el cuarto, las niñas pondrán cada cosa en su sitio, quitarán el polvo, regarán las flores, y las mayores mullirán sus lechos, lavando, peinando y arreglando á las menores y ayudándolas en el cuidado de su traje. Cuando se hace adquirir á las niñas hábitos

de aseo y de delicadeza, rarísima vez se dejan llevar del abandono y de la pereza.

Poco tengo que decir de la habitación destinada á los hijos varones de una familia, cuando son aún de corta edad, porque son pequeñas las diferencias que debe haber entre su habitación y la de sus hermanas: solamente las camas pueden ser sin cortinas, sobre todo en el verano, en que es precisa la mayor cantidad posible de aire y de ventilación: una mesa larga y ancha con tantos pupitres como sean los muchachos; algunos colgadores para las prendas de vestir; cómodas ó baúles para la ropa blanca, y tantos *pajes* ó tocadores masculinos como sean los niños, son objetos indispensables: uno ó dos burós sólidos y cómodos, dos ó tres palmatorias con sus correspondientes bujías, para acostarse, y una tabla pulimentada ó aparador para colocar el calzado y las cajas de los sombreros, bastan para que la habitación de tres ó cuatro niños tenga la necesaria comodidad y el orden que les es de todo punto indispensable.

Respecto del sistema de calentar la habitación, repetiré lo dicho para la de las niñas, esto es, que se tomen las más grandes precauciones para que el carbón no ataque á sus delicados órganos cerebrales.

## VIII

## CUARTO DE LA INSTITUTRIZ.—CUARTO DEL PRECEPTOR

Es muy común en las familias de gran fortuna el tener para las niñas una institutriz que se encargue de su educación, ó á lo ménos una aya: y hago esta diferencia para desvanecer un error muy generalizado, cual el es el de creer que institutriz y aya son sinónimos.

El aya es una persona que da á las niñas la primera educación, ó más bien la primera instrucción, puesto que las enseña á leer, escribir, rezar, un poco de gramática y las labores manuales propias de su sexo: esta instrucción pueden recibirla del aya así los niños como las niñas de una misma familia, pues excepto las labores, esta primera parte de la educación es la misma para los dos sexos.

La institutriz, por el contrario, es una persona que evita todos los maestros para las niñas, y hasta para los niños, hasta que llegan á la edad en que es preciso darles estudios: enseña la Música, los Idiomas, el Dibujo, la Geografía, la Historia, la Aritmética, la Literatura, la Botánica y la Física: por eso la institutriz se paga muy cara y se la aloja como á una persona de la familia, dándole sitio en la mesa y haciendo que participe de todas las diversiones, que asista al salón y que tome

parte en bailes, conciertos, convites, etc., ya en la casa donde se halla colocada ejerciendo su importante cargo, ya en las demás casas relacionadas con la familia que la ocupa.

Generalmente la institutriz es extranjera, joven, elegante y de buena familia; es decir, de una familia distinguida que ha llegado á la pobreza por reveses de fortuna, ó que quizá nunca disfrutó de grandes riquezas: el cargo, como he dicho, no puede ser más honorífico ni mejor retribuido: el formar los tiernos corazones de las niñas para el bien y para la virtud, es una noble y hermosa tarea, y la persona que la llena bien merece la estimación de todos.

Hoy hay ya institutrices españolas, pues la carrera está abierta y cada año toman algunas jóvenes un diploma honorosísimo, con el que pueden ganar su sustento y el de su familia, si es necesario; pero esta carrera necesita estudios largos y serios, que no todas las mujeres tienen el valor de emprender y de continuar.

Hay señoras respetables que pasan toda su vida dedicadas á la educación de la infancia, y algunas empiezan muy jóvenes esta ardua carrera, y la terminan cuando ya la edad ha gastado sus fuerzas; así, aunque en España vemos muchas institutrices jóvenes, las hay también de edad madura, y aun avanzada, sobre todo en el extranjero; ninguna inglesa se dedica á la educación de señoritas antes de los veinticinco ó veintiseis años.

La institutriz debe tener un aposento claro, ventilado y cómodo, amueblado con sencillez y elegancia, y con chimenea ó calorífero en el invierno: la primera condición de este aposento debe ser el estar próximo al que ocupen las niñas de la casa; será lo mejor que preceda á aquél, es decir, que la habitación de las educandas esté situada dentro de la que ocupe la institutriz; en todo caso es necesario que esté muy próxima.

El aposento destinado á la institutriz debe estar amueblado con más lujo que el de sus educandas: una cama inglesa y maqueada; colgadura de seda, si es de edad madura, ó de muselina blanca, si es joven; un secreter elegante, colocado en sitio donde haya buena luz, para escribir; un lavabo con el juego completo de porcelana; un armario para los vestidos, una cómoda y una mesa de tocador; el caballete, las cajas de colores, las esferas é instrumentos de Física, son siempre de la propiedad de la institutriz; pero estudiará y dará sus lecciones en el piano del salón, propio de la casa.

Para el lavado, aplanchado y comidas, la institutriz se considerará como una persona de la familia, y se la avisará con tiempo cuando tenga que salir, ó cuando se aproxime una noche de recepción, un convite, un concierto, etc.

La habitación del aya exige menos lujo que la de la institutriz, pero deberá ser también cómoda y decente; por ejemplo, en vez de alfombra, bas-

34483

tará con que se ponga estera en su cuarto, pero en buen estado de duración y aseo; los muebles no tienen que ser tan lujosos, pero sí cómodos y en buen uso: el aya debe ayudar al tocador de las niñas, peinar á las más pequeñas y presidir el atavío de las mayores; es decir, que así como la institutriz evita el gasto de profesores, el aya evita el gasto de la doncella ó camarera de las niñas, que, habiendo institutriz, es indispensable.

El aya se presenta en el salón en muy contadas ocasiones, y cuando lo hace ocupa un sitio muy inferior al de la institutriz, que toca el piano, canta, hace el té, previa la invitación de la señora de la casa, recibe y despide á las señoras, sin perjuicio de permanecer cerca de sus educandas. El aya no puede hacer ninguna de estas cosas, y debe retirarse con las niñas menores á la hora en que la señora de la casa le haga una seña ó le tenga designada de antemano.

En una palabra, y no estará demás decirlo, aunque sea de paso: la institutriz está encargada por completo de la educación de las niñas, sin que intervenga ni aun su madre; en tanto que en la educación del aya interviene la madre y las hermanas mayores, además de maestros de distintas clases, ó de profesoras especiales para música, idiomas, pintura, etc., etc. Esta distinción es importante conocerla, y aprovecho la oportunidad de consignarla aquí.

Terminaré en lo relativo á la educación de los

niños de ambos sexos, hablando, aunque sea muy ligeramente, de la habitación del preceptor.

Esta, como la de la institutriz, debe ser cómoda, abrigada y cuidada con escrupuloso esmero: el preceptor es siempre una persona digna, de talento reconocido y costumbres intachables: algunas veces desempeña este cargo un sacerdote: sin tener la coquetería del cuarto de la institutriz, la habitación del preceptor debe estar amueblada con un gusto serio y distinguido: la mesa de trabajo, con cajones y con un sillón delante, es indispensable; si es sacerdote, se adornará la estancia con algunos cuadros de asuntos sagrados.

Cuando se haya de asear su habitación, entrar en ella ropa limpia, cartas, periódicos ú otros objetos, se esperará á que se halle ausente para no molestarle; y si hay criados en la casa, harán este servicio y todos los concernientes al preceptor con preferencia á las criadas y camareras.

## IX

### GABINETE Ó BOUDOIR.—ALCOBA CONYUGAL

Quizá alguna lectora—aunque sea muy benévola, como lo son siempre todas las mías—dirá que debía haber colocado las habitaciones que voy á tratar seguidamente al salón y antes que los aposentos destinados á los preceptores de ambos sexos, y quizás tenga razón al pensarlo así;

no obstante, debo decirle que no es por olvido de mi parte el no haber tratado del gabinete hasta el momento presente, sino que con toda intención lo he dejado casi en último término de la primera parte de este libro.

En primer lugar, hay algunas casas donde, habiendo un buen salón y una elegante sala de confianza y de labor, se suprime el gabinete; y hay otras donde el gabinete es la pieza de más importancia, el sitio donde se reúnen todos los primores, el nido de encaje y de flores de la señora de la casa.

Es decir, ó que esta habitación se suprime y no existe, ó que, de existir, es la más linda, la más cuidada, la más rica de todas.

El gabinete está siempre situado dentro del salón de recibo; pero así como en éste debe tener acceso la familia y toda clase de visitas, así el gabinete es el santuario de los elegidos y el sitio donde se recibe sólo á las personas de mayor intimidad y afecto de la señora de la casa, á quien está destinado.

¿Quién no recuerda, si ha estado en París, esas deliciosas *bomboneras* llenas de dorados, de sederias, cuya ventana ó balcon está velado con un *stor* ó transparente de raso ó encaje, donde un artista desconocido ha pintado aves y flores fantásticas?

¿Quién no recuerda la multitud de retratos de que están adornados, la lámpara de alabastro pen-

diente del techo, las jardineras cargadas de flores, la profusión de cómodos y variados asientos, desde la butaca donde se puede dormir, hasta el *puf* bordado por la mano de la reina del hogar, donde se sienta á los piés de una amiga cariñosa, tomándole las manos para hacerle alguna grata é íntima confidencia?

Tan elegante como el *boudoir* francés, existe en España el gabinete; y como en este libro aconsejo las reglas del buen tono según las he visto practicar y según lo que mi propio criterio me aconseja, voy á decir lo que á mi juicio debe reunir esta habitación.

El gabinete debe tener el papel de color claro y de un solo matiz, con flores del mismo color más subido; los tintes más bonitos y más elegantes son el rosa, el azul, el lila, el verde y el pajizo, y cualquiera de éstos en tintas pálidas y apagadas.

Uno de los más lindos y más sencillos dibujos para papel de gabinete es el de cuadros más vivos que el fondo; también son lindísimos los ramilletes de flores sueltas en el color del papel y atadas con una cinta de plata; esas ráfagas luminosas dan un grande encanto á la habitación y son del mejor y más delicado gusto.

Del color del papel serán todos los muebles y colgaduras; puede emplearse la tela más modesta, como reps, damasco de lana y hasta merino, lo mismo que la más cara y suntuosa, como brocatel, damasco de seda, lampás ó raso, que es la tela be-

lla y rica por excelencia: lo esencial es que los muebles tengan igual color que las paredes.

Es de primera necesidad que el gabinete tenga chimenea con lambrequín ó adorno en todo igual á la sillería; estos lambrequines se bordan en cañamazo Java, con lanas de colores vivos, y hacen un efecto riente y delicioso; mas el fondo debe ser del matiz general del aposento; es de muy buen gusto que el lambrequín sea ancho y adornado de borlas grandes; del mismo género deben ser todos los de las galerías que sostengan las colgaduras en puertas y balcones.

La sillería de un gabinete no debe constar de muchas piezas: á cada lado de la chimenea, un pequeño diván forrado completamente de la tela de las cortinas; en los huecos que queden de los muebles que más adelante mencionaré, algunas sillas de igual tapicería, armadas con madera de un color claro, como limonero, nogal ú olivo; un secreter de señora, una mesita para tomar té, y delante de la ventana una jardinera ó macetero, con muchos brazos para colocar macetas con flores: estos maceteros terminan en una elegante jaula para colocar un canario, ó en una pecera de cristal para tener peces de colores.

La pantalla de la chimenea será todo lo elegante posible: las hay preciosas, pintadas á la mano, sobre raso blanco, negro, ó del color de la tapicería del gabinete: las hay también bordadas en tapicería, de un mérito singular, con marco dora-

do ó de laca; baste decir, para guiar en la elección, que es esencial armonice lo mejor posible con los muebles del aposento.

Todos los primores, todas las monadas de porcelana ó de marfil pueden tener acceso en las rinconeras, sobre las mesas y sobre la chimenea del gabinete de una dama; cuantos más primores contenga, será más elegante: cuatro cuadros al pastel—si pueden ser, retratos—se colocarán en los cuatro huecos principales de la pared; y si estos cuadros son de género, en los huecos se colocarán retratos de las personas de la familia ó de las que sean más queridas en la amistad: el gabinete es el sitio del retiro de una mujer, el santuario de sus recuerdos íntimos, el lugar para ella del reposo y de la meditación.

Dos estantitos (*etagères*) para libros se colocarán á los dos lados de la chimenea; los volúmenes que contengan estarán cuidadosamente encuadrados, y aun, si es posible, con lujo y elegancia; estos volúmenes, además de un libro de oraciones, serán los favoritos de la poseedora del gabinete; esos libros amigos, productos del ingenio de esos autores que hablan directamente á nuestro corazón y á nuestros sentimientos, esos libros que hacen la mejor y más sana compañía.

En el secreter ó en un velador habrá un elegante recado de escribir; sobre la chimenea, un juego de reloj y candelabros de forma artística y bronce dorado ú oscuro con esmalte verde y file-

tes de oro: la lámpara del techo hará juego en lo posible con los bronces de la chimenea: será del mejor gusto el que esta lámpara termine en un ramo de flores, ó que toda ella esté adornada y cubierta de ramas floridas que descendan hacia abajo.

En los balcones habrá dobles cortinas, unas de muselina bordada á punto de encaje, y otras de la tela de seda ó merino de la sillería; además habrá *stores* ó transparentes, si no hay persianas, para amortiguar el resplandor del sol; un temple de luz suave es del mejor gusto en la habitación de una mujer.

Generalmente el gabinete tiene alcoba, que sirve de dormitorio á la señora de la casa cuando ésta es viuda ó está ausente su esposo, es decir, cuando por alguna razón no hay dormitorio conyugal: las puertas de la alcoba deben estar abiertas, y el juego de cortinas recogido á entrambos lados con alzapaños de pasamanería rematados en borlas; la cama tendrá las colgaduras en armonía con las demás de la habitación; un reclinatorio, un lavabo, un armario para guardar vestidos, un sillón y un pequeño diván serán los muebles de la alcoba, sin contar la mesa de noche, sobre la cual habrá un *verd-eau* de cristal tallado para agua, y una lamparilla de forma elegante.

En el gabinete se pueden poner tantas flores cuantas sea posible; pero es de precisión sacarlas para dormir, pues las emanaciones que se aspiran durante el sueño son mortales: dejad, mis queri-

das señoras, un aspecto de vida y de animación en vuestro gabinete; que los libros ocupen las mesas; las alhajas, las copas de la chimenea; las tarjetas de visita del día, el velador del centro; el bordado, la canastilla de la labor, puesta cerca de la ventana: no hay nada más triste que una habitación *inmovilizada*, por decirlo así, en un orden perfecto. Uno de los puntos principales para la felicidad conyugal, y uno de los medios más verdaderos de agradar á todos, es contentar á la vista, *seducirla*, si se me permite la expresión.

Hablemos ahora de la posibilidad ó de la necesidad de tener habitación ó dormitorio conyugal, y hablemos con algún detenimiento, pues el matrimonio es la situación normal de la mujer, y es aquella en que debe estudiar más los medios de atraer á su hogar la paz y la dicha, puesto que es responsable del bienestar de toda una familia.

Después de procurar que el esposo tenga su cuarto de vestir y ella el suyo, la mujer casada debe poner todo su cuidado en el dormitorio conyugal: dos camas en una sola alcoba es lo que debe preferirse á todo; de ese modo hay á la vez intimidad y separación: andando el tiempo se viene siempre á adoptar esta medida, y entonces hay siempre algo de amor propio herido y de dolor: preved y evitad esto, lectoras mías; estableced desde el primer día la disposición mencionada, porque de las innovaciones más sencillas nacen más adelante el rencor y las desavenencias: que

la alcoba conyugal sea siempre bonita, clara, tan sencilla ó tan lujosa como lo permita vuestra fortuna, pero siempre admirablemente ordenada: no dejéis nada nunca sobre las mesas ó las sillas: las cortinas deben ser de persa de colores claros, lo mismo que las cubiertas de las sillas, las colchas y las colgaduras de las mismas: un diván y dos butacas cómodas, dos mesas de noche y un armario para guardar la ropa blanca más usual, constituirán todo el mueblaje: si hay algún cofre en la alcoba, que esté forrado de paño ó bien de tiras de tapicería, á fin de que la habitación esté bonita y agradable á la vista, sin nada que choque en ella de un modo brusco ú ordinario.

Un consejo á manera de conclusión de este importante capítulo: no os mostréis jamás á vuestro esposo, señoras mías, antes de que reparéis el desorden de la noche; peináos en cuanto os levantéis, porque el cabello desordenado, la raya sucia y la vista cargada con la pesadez del sueño no embellecen á nadie.— El peinado es la primera belleza de la mujer; algunas no tienen otra, y son, sin embargo, muy bonitas.

Que la camisa de dormir sea siempre muy blanca y esté adornada de bordados ó encajes; la cuestión no es de precio, es de buen gusto.

Si sois ricas, sed elegantes siempre y á todas horas; si no lo sois, que la limpieza y el cuidado reemplacen lo que os niega la fortuna; no olvidéis jamás este consejo.

Aun estando enfermas, en tanto que vuestras fuerzas lo permitan, no os quejéis; impedid que vuestra imagen se fije en el recuerdo de vuestro esposo sin sus encantos y sus ventajas. No olvidéis ni despreciéis ningún detalle, porque todos son esenciales; vuestro primero, vuestro urgente negocio, es agradar á vuestro esposo, conservar su ternura y repartir á vuestro alrededor un perfume de poesía que le embriague dulcemente y le impida pensar en ninguna otra mujer; todo os está permitido para conseguir este objeto.

## X

## CUARTOS DE LOS CRIADOS

Mucho se declama contra el servicio doméstico, y es fuerza decir que con mucha razón. Pero es preciso convenir también en que si la anterior generación estaba mejor servida, es porque trataba mejor á sus criados que la generación actual, que los mira con una indiferencia anticaritativa y hasta anticristiana.

Debemos á nuestros criados un alimento sano, abundante y nutritivo, una habitación ventilada y habitable, el pago puntual de su salario, buenos modales, y una consideración relativa y acorde con su condición. Acordémonos de que el divino Jesús no hizo distinciones, y que murió lo mismo que por nosotros por las pobres gentes sujetas á la esclavitud de la servidumbre.

Para obtener de un sirviente el que sea celoso en el cumplimiento de su obligación y afecto á la limpieza y al aseo, es preciso que se le trate bien y se le dé una habitación para descansar, en que tenga, si no comodidades, á lo menos lo que es indispensable á la vida y á la limpieza de las costumbres.

La primera condición de los cuartos de los criados es que tengan gran ventilación: las camas de hierro fuertes, con jergón y colchón, que sean buenas y durables: la ropa de la cama, aunque no sea fina, será fuerte, y se les cambiará con bastante frecuencia para que esté siempre blanca: hay que poner en el invierno dos mantas en cada cama, y un cobertor de lana oscura, á fin de que tengan el suficiente abrigo.

Un colgador ó percha de hierro, un aguamanil de hierro también con jofaina, y jarro de metal dorado, una mesa de pino pintada de oscuro y una silla bastan para amueblar el dormitorio de los criados de ambos sexos.

Es preciso darles también una toalla por persona, para que se laven; cuidar de que barran y limpien su habitación, de que cada día saquen al aire la ropa de las camas y la dejen un gran rato de ventilación; y si es posible, se les alojará en sitio distante é independiente de todas las demás habitaciones de la casa, sobre todo á los criados: las criadas deben tener sus cuartos dentro de la misma habitación, así como los criados de come-

dor, ayudas de cámara, etc., deben dormir en otro piso más alto, es decir, distantes en absoluto de las personas de la familia á quien sirven.

La doncella ó camarera, si posee una mediana educación, como sucede muchas veces, se apegará con más cariño á sus señoras cuanto éstas la traten con mayor consideración: regularmente estas jóvenes duermen inmediatas á sus señoras ó cerca de los niños de la casa: en la habitación de una camarera será de buen efecto el poner algún mueble más que en las de los demás criados, como, por ejemplo, un armario para vestidos, un pequeño espejo, etc.—Son atenciones que estas pobres jóvenes, cuyos instintos son delicados, agradecen de todo corazón.

Tratemos bien á nuestros criados; tengamos con ellos la caridad, la dulzura, la tolerancia que recomienda el divino Maestro; hagámonos, en una palabra, amar de ellos, interesándonos en su salud, en sus negocios; asociémoslos alguna vez á las alegrías de la familia, sin concederles libertades imprudentes, y acaso mejorará su condición, nos tomarán algún cariño, y su servicio será á la vez más fiel y más esmerado.

## XI

HABITACIONES DESTINADAS AL SERVICIO.—COCINA.—  
DESPENSA.—CUARTO DE PLANCHA.

El deseo de que este *Manual* sea el más completo de los conocidos hasta el día, es únicamente lo que me obliga á mencionar los últimos departamentos de la casa: los dedicados á las faenas domésticas.

Empecemos por la cocina.

La limpieza y claridad deben ser las cualidades más indispensables: ahora que hay fuente en la mayor parte de las cocinas, es fácil tener siempre un aseo completo en todos los utensilios destinados al uso importantísimo de preparar y confeccionar los alimentos.

Se necesita una cantidad regular de utensilios de cocina, cacerolas, moldes y vajilla, pero no en número exagerado: basta con lo necesario para confeccionar bien la comida, recordando que el tener moldes y utensilios evita el comprar algunos platos caros y que se preparan en casa por la mitad de precio.

En una cocina debe haber sólo los enseres necesarios para el guiso y lavado que se haga en casa: todo lo demás estorba. Vasares guarnecidos cuidadosamente de tiras de tela blanca festoneada; una mesa de madera sin pintar; las tinajas para el agua, y los demás utensilios de fregado y la-

vado, todo escrupulosamente limpio, bastarán para hacerlo todo con desahogo y comodidad de las criadas.

No se puede exigir de una cocinera que prepare la comida, si no se la da lo necesario para este fin: muchas veces no es de ellas la culpa si las cosas no están en su punto, pues la escasez de utensilios las impide darles el que deben tener.

Al lado de la cocina, dentro algunas veces, suele estar la despensa: ésta necesita ser muy ventilada y tener vasares para colocar las cosas de comer: las provisiones deben estar hechas á tiempo, y cada cosa lo tiene para su adquisición: el aprovechar este tiempo trae no poca economía.

*Provisión es abundancia*, dice un proverbio; y en la casa que no hay provisiones se gasta más y reina siempre una suerte de parsimonia parecida á la mezquindad.

Lo que es preciso ante todo es conocer las cosas que se conservan sin deterioro y las que no se pueden comprar más que á medida que se van necesitando; pero, adquirido este conocimiento, lo mejor es comprar de una vez una cantidad mensual por lo ménos; pues además de la comodidad de tener en casa todo lo que hace falta, se está al abrigo de los casos imprevistos de la llegada de un huésped, de la enfermedad de una criada que hace la compra diaria, ó del deseo repentino de una cosa que hallándose en casa está al alcance de la mano.

Si es posible, debe comprarse siempre de primera mano, y así se gana lo que ganarían los vendedores: siempre ocasiona pérdida el comprar en detalle: las provisiones de leña, de legumbres, de frutas, tienen cada una su época, que es necesario conocer.

Es indispensable comprar siempre lo que es bueno; aun pagándolo más caro se gasta menos, pues se come mejor y es más sano para la salud: mirad siempre, mis queridas lectoras, con desconfianza todo aquello que se os ofrezca á muy bajo precio: nada arruina tanto como las buenas ocasiones: esta regla es sobre todo aplicable á los artículos de boca; comprad lo que es realmente bueno, y algunas veces comprad lo mejor: cuando un alimento es de mala calidad, se le mal emplea en vez de comerlo, con la esperanza de comprar otro mejor.

Parece á primera vista que estas reglas nada tienen que ver con el arreglo de una casa, y sin embargo, son muy esenciales: para terminarlas añadiré una advertencia: la llave de la despensa no debe fiarse jamás á las criadas, pues de ese modo, lejos de adelantar nada con tener las provisiones en casa, se perdería mucho con el probable despilfarro que aquéllos tendrían.

En cuanto á las otras habitaciones destinadas al servicio doméstico, bastará con que estén bien limpias y ventiladas: el cuarto de plancha y de costura tiene también muebles que son los propios:

una mesa grande en el centro para el aplanchado puede servir asimismo para cortar, arreglar piezas, etc., etc. El fornelo ó anafre para calentar las planchas estará, cuando no se use, en un lado del cuarto de plancha, pero jamás irá á la cocina: en un cajón con tapa, ó bien en uno de los de la mesa, se pondrá la manta doblada, la sabanilla, el cogedor de las planchas, el hierro para sostenerlas y los paños para limpiarlas; las planchas deben estar dentro del anafre, ó bien colgadas y cubiertas con un paño blanco.

En un lado, un armario contendrá la ropa blanca de la casa que esté para componer ó aplanchar, y todo esto estará al cuidado de la doncella ó camarera.—Cestos en forma de bandejas para entregar la ropa aplanchada; canastillas para poner en ellas la que se ha de repasar y componer; algunas sillas bajas, y una mesa ó costurero para los utensilios de la labor: tales son los muebles indispensables, pero suficientes, de una habitación destinada á la costura y aplanchado de una casa.

## XII

### CONCLUSIÓN

Resumiendo todo lo dicho respecto al mueblaje de la casa, diré aquí que no he hablado en absoluto, sino refiriéndome á una familia de pingué fortuna, ó á lo menos de regular posición: las fa-

milias que están colocadas en la escala social en situación más modesta, pueden modificar estas advertencias con arreglo á sus recursos, teniendo siempre por base la limpieza más exquisita y el buen gusto que se adquiere con el trato de gentes y con la propia reflexión.

Pueden substituirse las telas de seda de gran precio con otras de lana de colores bonitos y oscuros, brochadas ó lisas; el palisandro, el cedro, la madera de rosa y otras preciosas, con la caoba, el limonero y el cerezo; las cortinas de raso y encaje, con las de muselina; los cuadros al óleo, con cromos de gusto artístico; y en fin, todo lo que es costoso admite mayor sencillez, sin dejar de admitir la gracia y la distinción.

No todas las familias pueden tener institutriz ni preceptor, ni aun aya, y aun debiera decir que son las menos las que pueden permitirse este lujo; mas los cuartos de los niños, aunque se eduquen en colegio, pueden estar arreglados de un modo parecido al que he descrito; y sobre todo, deben estar separados los de uno y otro sexo desde la más tierna infancia.

La decencia, el pudor de las niñas es lo más digno de respeto que hay en el mundo, y lo que con más cuidado debe conservarse.

Donde el comedor no pueda estar amueblado con magnificencia, puede estarlo con decencia, con limpieza perfecta y comodidad relativa: una mesa en el centro, de caoba, y guarneciendo las

paredes sillas de gutapercha negra ó simplemente de rejilla, bastan para dar á la pieza de comer un aspecto agradable, si se añade á estos muebles un aparador sencillo y una lámpara de porcelana.

Un salón vestido de reps de lana ó de damasco de lo mismo puede estar tan lindo á la vista y tan agradable como uno vestido de brocado ó de raso; y si no es posible tener sala de confianza, ni aun gabinete, el salón puede tener tanta vida, tanto aseo y buen orden, ó acaso más, que si sólo se abriera las noches de numerosa reeepción: en Inglaterra el salón es la habitación de la familia; la habitación de comodidad, donde se reunen los libros, las flores, las labores; donde se toma el té, donde se pasan las agradables veladas del invierno y las cortas y perfumadas del verano.

En una palabra: mis amadas y constantes lectoras, se puede tener una casa pequeña y modesta, pero muy bonita y agradable; porque felizmente los adelantos de cada día recomiendan la belleza como la primera condición de todo; de todo, hasta de los accesorios de la vida doméstica.

Hacerse precisa, *indispensable*, á su marido y á sus hijos; hacer su casa agradable por todos los medios posibles: este debe ser el deseo constante de la mujer, su primera aspiración, porque es también el solo medio que tiene de dar y de poseer la felicidad.

---

## PARTE SEGUNDA

### LA VIDA PRÁCTICA

---

#### I

##### ORDEN DOMÉSTICO

La ciencia de gobernar una casa es el saber emplear para la *utilidad* y el *bienestar* de la familia los recursos que la Providencia ha puesto en nuestras manos.

Para conseguir estas dos cosas se necesita tener inteligencia, actividad y grande amor á su familia, aunque á muchas jóvenes les parece una cosa completamente material y que no se extiende más allá de la cocina y de la despensa.

En efecto, esta ciencia tiene mucho de material, porque enseña á *economizar*, á *conservar*, á *utilizar*, á *reparar* y á *embellecer*; es decir, resume en sí todas esas virtudes humanas, cuya reunión hace la vida de la tierra tan dichosa como puede serlo en este valle de contrariedades.

Esta ciencia tiene como auxiliares:

Para economizar, el trabajo y el cálculo.

Para conservar, el orden y la limpieza.

Para utilizar, los diversos conocimientos adquiridos y las lecciones de la experiencia.

Para reparar, la industria y la actividad.

Para embellecer, los preceptos y las enseñanzas del buen gusto.

¿No os parece, señoras mías, que si todas estas virtudes juntas reinan en el seno de una familia, traerán á su seno la paz, la abundancia y la alegría?

Sin duda alguna; y si á estas virtudes se unen la confianza filial en Dios, que dispone de los acontecimientos para bien de todos; la abnegación, que se olvida de sí misma para ayudar á los otros; la bondad, en fin, que perdona las faltas y no ve los defectos, la familia será, á no dudar, un reflejo del cielo.

De nosotras depende, pues, el lograr esto: la mujer tiene en su mano la paz, la dicha, la alegría de su hogar y de todos los suyos: de la mujer depende la prosperidad de ese pequeño reino que le está confiado: los individuos del sexo fuerte, el padre, el hermano, los hijos, traen de fuera los elementos del bienestar; mas sin el concurso nuestro, esos elementos serían improductivos. Fenelon lo ha dicho: «Ningún bien puede hacerse en la casa sin la mujer.»

No nos consideraban menos los antiguos. «La mujer es, decían, el *magistrado* que dicta las leyes y las hace observar. Si Dios le ha dado las gracias exteriores, ha sido para hacer amar su autoridad.

»Ella debe hacer la ronda en su casa, como un *gobernador* en su plaza, y no fiarse más que de sí misma para la vigilancia.

»Debe pasar revista á las personas y á las cosas, como un *general* pasa revista á sus tropas; no consentir nada fuera de su sitio y que no esté con la más grande limpieza: por consecuencia, es preciso que posea en un grado eminente el espíritu de orden y de buen gusto.

»Como una *reina*, debe alabar y recompensar, reconvenir, corregir y activar á todos con su ejemplo.

»Como una *madre*, debe dar la alegría á todos, y tomarse un cuidado minucioso por la salud de los individuos de su familia.»

Mucha prudencia, mucha bondad, mucho talento, en una palabra, se necesita para llenar bien esta misión; pero ¿de qué no es capaz la voluntad humana cuando es firme?

Lo que ante todo es preciso, es un orden inalterable en las horas y en las ocupaciones de cada uno de los individuos de la familia y de los criados, lo mismo que en las horas de las comidas; que cada uno sepa lo que tiene que hacer y que haya una regularidad perfecta en todos los trabajos de la casa.

Nadie podrá cumplir bien todas sus obligaciones, si no cumple cada uno en el momento que le está asignado como más oportuno y á propósito.

Las obligaciones de una dama elegante que es

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

á la vez una buena madre de familia— y ambas cosas pueden unirse muy bien—son numerosas sin duda alguna. Vigilancia, limpieza, compras, recepciones, cuidados del tocador, visitas, etc., etc. Pero recordad, señoras mías, esta reflexión que yo me he hecho alguna vez:—¿Habéis reparado la cantidad de objetos que puede contener un armario cuando cada cosa se halla en su sitio, y todos los sitios están llenos?

Las horas son como cajas practicadas en el día para recibir nuestras acciones, y ¡cuántas se pueden colocar en cada una de ellas, si no se deja pasar ninguna sin llenarla! Sí, la vida es un tejido de deberes que cumplir, encadenados los unos á los otros; no se puede romper un eslabón de esta cadena sin ocasionar un desorden más ó menos irreparable.

No es fácil determinar el modo preciso acerca del empleo del día de una ama de casa. Nada es tan ingenioso como el amor; y si quiere á su familia, fácilmente hallará el medio de ocupar su tiempo de modo que le sea siempre útil ó agradable; y como el amor, á la par que ingenioso, es fuerte, el mismo trabajo que llevado á cabo con disgusto la abrumaría y acaso minaría su existencia, activará, al contrario, su valor y llevará á sus labios la sonrisa de la salud.

Dios nos ha creado para la acción y el sacrificio; dejemos á las que no aspiran al reposo del cielo, el descanso sensual y egoísta de la tierra, ó la

manifestación exagerada del trabajo, y ocultemos nosotras á los que amamos los sacrificios de que se compone nuestra vida.

Cuesta mucho no perder el tiempo y llenar todos los deberes; es duro el sacrificio de sí misma por los otros; pero tengamos valor al pensar que Dios inscribe en el cielo todos nuestros dolores.

Digamos algo de algunas reglas generales para sostener el orden doméstico.

Para cada mes: revista de las cuentas, del estado de las diferentes provisiones y de la ropa blanca, sin perjuicio del gran inventario que debe hacerse cada año.

Para cada semana: paga de los obreros, de las pequeñas deudas atrasadas, renovación de la ropa blanca de cama y mesa, y limpieza minuciosa de la cocina, de modo que todo esté en su sitio y brillante de aseo.

Para cada día: siendo las mañanas las únicas horas de que una mujer puede disponer de una manera casi absoluta, debe dedicarlas á los cuidados exteriores, á la vigilancia de los criados, á dar órdenes ó á repetirlas, á conseguir que reine por todas partes la limpieza más exquisita, sin darse un instante de reposo hasta que cada uno se halle en sus tareas, y sobre todo, hasta que se haya reparado el desorden de los dormitorios.

Nada hay tan útil para el reposo del cuerpo y del espíritu, como la obligación que se imponen

algunas personas de no acostarse hasta haber dejado cada cosa en su respectivo sitio.

Procurad hacer lo más larga posible cada mañana, levantándoos temprano y á una hora fija; de este modo activaréis á vuestros criados y adquiriréis para vuestro rostro una frescura desconocida á las mujeres que pasan la mayor parte del día en la cama; vuestra salud se fortificará, y vuestra alma sentirá la dulce alegría del deber cumplido.

## II

### BUENA DISTRIBUCION DE LOS MEDIOS MATERIALES

La primera cosa que es preciso saber, son los medios de fortuna con que se puede contar con exactitud, y arreglar los gastos según el total, de modo que siempre sobre alguna cosa.

Rara vez se llega á la pobreza solamente á causa de los acontecimientos: cuando se ve una casa ir cayendo poco á poco y bajar de la posición que ocupaba, mirad al fondo y hallaréis una de estas cuatro pasiones: la prodigalidad, la vanidad, el juego, ó el afán de las especulaciones.

Las dos primeras, es decir, la prodigalidad y la vanidad, vienen de la mujer; si es virtuosa é inteligente—y es precisa la reunión de estas dos cualidades,—puede fácilmente poner remedio á las otras, que son el juego y el afán de especular.

La inteligencia, mejor dicho, la habilidad de

que se trata aquí, y que la mujer necesita, es la instrucción unida al tacto, que no se adivina, sino que se aprende. Principios sólidos y bien entendidos ayudan poderosamente á las lecciones, siempre un poco rudas, de la experiencia, y previenen muchos abusos que, ignorados en un principio, crecen, y haciéndose imposibles de desarraigar, forman el tormento de la vida.

La primera cosa que debe procurarse la joven que se encarga de una casa, sea la de sus padres, sea la suya propia cuando se casa, es un libro de cuentas y apuntes, en el cual se inscriben las entradas de dinero, los gastos y las cuentas de los proveedores: este libro es el regulador de la vida material.

Es muy esencial el no apuntar más de lo que sea la renta, y no contar como cosa propia lo que sólo tiene por base esperanzas más ó menos fundadas: deben establecerse los gastos según *lo que se tiene*, y no según *lo que se espera*.

Al frente de este libro, en su primera página, escribid, mis queridas lectoras, estas máximas:

«Es más importante que lo que nos causa placer, lo que nos es necesario.»

«Para no ser pobre, es preciso gastar algo menos de lo que se tiene.»

Calculad exactamente vuestras rentas, y ved cuánto podéis gastar cada mes y cada día, y según este cálculo, estableced una regla fija para el coste

de la casa, mesa y vestir, teniendo mucho cuidado de que los gastos no excedan á los ingresos.

Si vuestros medios fijos no bastan á las necesidades de vuestra casa, trabajad; como dice un ilustre economista: «Una persona no es pobre porque no tenga nada, sino porque no trabaje.»

El trabajo alimenta siempre al que lo hace con asiduidad; destruye el amor al lujo, y hace amar el interior de la casa, donde se vive muy económicamente cuando se quiere.

Supongo á todas mis lectoras—ó por lo ménos á la mayor parte—al abrigo de la necesidad, y hasta viviendo en medio de las comodidades; pero esto no es una razón para que no se crean en el caso de tomar mi consejo acerca de la laboriosidad.

Si no tenéis necesidad, mis queridas señoras, de trabajar para vivir, debéis hacerlo para ocuparos, para libertaros del hastío y de la amarga distracción de murmurar.

Cuando el ángel del trabajo es arrojado de una casa, entra en ella el demonio de la ociosidad, que ocupa su sitio; y la ociosidad y los caprichos ocasionan la ruina de muchas familias: al perder el amor al trabajo, se pierde también la vigilancia, la exactitud y el amor al orden.

Entonces las deudas son seguras; el descuido deja vacíos incesantes en la casa, que hay que llenar con incesantes compras; y nada rodea de tantas sombras la vida, nada impide tanto las alegrías, nada arruina con tanta seguridad como las deudas.

No hagáis, pues, ninguna adquisición, aunque sea de escasa importancia, sin saber si podéis hacerla con los medios que tenéis. Sabed esperar, ahorrar y calcular.

Cumplid rigurosamente con el deber de poner estrictamente en regla vuestras cuentas al fin de cada mes, y aún mejor al fin de cada semana: inspeccionad la balanza de vuestros gastos, para deteneros á tiempo en una pendiente tan resbaladiza como es la de las necesidades ficticias ó las seducciones de la vanidad y de los caprichos.

Si notáis un déficit, una deuda, no descanséis hasta llenar este hueco. Una deuda en la casa es como un desgarrón en el traje; si no se le repara en seguida, crece cada día.

Uno de los grandes medios de economía, es el de comprar las cosas en cantidades crecidas, mensualmente por lo menos, y sacarlas con medidas fijas á la criada encargada de la cocina. Excelente método es comprar de todo lo más necesario el día primero de mes: llega uno en que es posible comprar ménos artículos, y la cantidad que deja de emplearse en comestibles puede invertirse en otra cosa; por ejemplo, en reponer ropa blanca, cristal, loza, etc., etc.

La casa así arreglada no es fácil que se arruine ó decaiga, porque le sirven de firme sostén la economía y buen sentido, y esto da medios de vivir con comodidad, aunque no se cuente con gran fortuna ni con cuantiosos recursos.

El tener los comestibles en cantidades bastante crecidas, proporciona economía en las compras y evita las cuentas largas y complicadas con los criados, origen de cuestiones y de pérdida de tiempo.

### III

#### EL AHORRO

Voy á hablar de una cosa que constituye uno de los primeros elementos de tranquilidad en la vida, y que, por lo tanto, no estará demás que mencione.

Procurad, mis queridas señoras, no sólo que vuestros gastos no excedan á vuestros medios de vida, sino también guardar cada año una cantidad de dinero, por pequeña que sea.

Es la parte que debe subvenir á los accidentes imprevistos, á las enfermedades un poco largas, á las pérdidas de bienes ó de dinero.

Es también la parte de las alegrías íntimas, que es forzoso no olvidar en una familia; los goces del alma y del corazón, la posibilidad de hacer algún pequeño regalo á sus amigos y parientes, de ir al teatro, de tomar un carruaje cuando se necesita, es muy apreciable para que se mire con desdén.

Las atenciones mutuas son el lazo de seda que une y sostiene los afectos, lo que dulcifica los ca-

racteres más ásperos, lo que nos conquista todas las voluntades.

Además, «no se vive de pan solo», como ha dicho el Apóstol: las flores, algún libro nuevo ó interesante, el ir al teatro, una comida campestre, todos estos goces del espíritu son necesarios á la vida de quien siente y piensa, de quien ama la belleza como consecuencia de amar la virtud, la decencia y el decoro. «Si alguno, dice Bacon, quiere llevar bien sus negocios, sus gastos habituales no deben elevarse más que á la mitad de su renta; y si quiere ser rico, á la tercera parte solamente.»

Este axioma es demasiado exigente, y yo, mis queridas lectoras, no pretendo que lo observéis; pero desearía que en el rinconcito de un cajón de vuestra cómoda hubiera oculto un bolsillito de seda donde pusiéseis lo más posible, privándoos de una porción de caprichos permitidos por vuestra posición, pero cuya supresión ni alteraría vuestro sueño por la noche, ni vuestra alegría durante el día.

No quiero insistir sobre las desgracias, los contratiempos que pueden caer de un modo imprevisto sobre una familia, y que destruyen el orden y el bienestar de una casa, si no hay algunas economías para hacer frente á las primeras necesidades; ni acerca de los gastos ocasionados por una larga enfermedad, que impide trabajar y absorbe una gran parte de los recursos ordinarios:

las que sean esposas y madres comprenderán por el amor de su familia el fondo de mi pensamiento y mis insinuaciones menos acentuadas: las que aun habitéis en el dulce asilo del techo paterno, comprenderéis también lo útil, lo necesario, lo indispensable que es conocer las peripecias de la vida y prevenir los golpes con que la desgracia puede atacarnos.

¡Qué dicha es tener algunos ahorros y poder gastar algo sin que nada sufra alrededor nuestro, cuando se trata de una buena obra que salva el honor, la libertad y algunas veces la vida de toda una familia, y nos conquista para siempre la gratitud de honrados corazones!

¡Qué dulce es poder tomar parte en una excursión de placer que nos deja alegres recuerdos durante largo tiempo!

¡Qué grato hacer un viaje por mucho tiempo deseado, que trae una deliciosa variedad á la monotonía de nuestra vida!

¡Qué buena es al corazón la recepción de esos amigos antiguos, que pueden estar en nuestra casa *mientras quieran*, y cuya presencia regocija y alivia el corazón!

¡Qué dicha siente un alma sensible cuando puede hacer un regalo precioso ó útil á algún individuo de su familia, que deseaba hacia mucho tiempo y que no podía procurarse! Ya es un vestido de abrigo para una parienta anciana; ya es un sillón cómodo para un abuelo enfermo; ya son

flores raras ó un cuadro de precio para un hermano, para una amiga, que se sabe son inteligentes.

Economizar algo de sus caprichos para procurarse estas alegrías del alma, no es privarse de nada, sino hacerse dichosa; y cada vez que aumentéis en algo el bolsillo de vuestros ahorros, podéis decir, mis queridas señoras: «Esto es para comprar felicidad.»

#### IV

##### ADMINISTRACION Y AUMENTO DE LOS RECURSOS

Aprended, mis queridas lectoras, á equilibrar los gastos con las entradas, cuando os apercibáis de algun déficit.

Como la parte de las buenas obras, la parte de las alegrías íntimas debe ser sagrada y no servir más que para lo que está destinada, ó á llenar los vacíos que una enfermedad ó una pérdida imprevista haría en los haberes.

Puede haber momentos en que el dinero puesto de reserva no baste para cubrir esos vacíos; entonces, procurad reducir vuestros gastos.

¡Y qué admirable es el arte de la economía, cuando se practica llevando por guía el corazón! Una vez que se le ha ensayado, se encuentran gastos excesivos en donde nunca habíamos imaginado hallarlos.

En el caso de desgracia impensada, mirad de frente y con valor vuestra situación, y dividid las economías que podáis hacer, de modo que podáis deciros con toda seguridad: «En tantos meses estaré al corriente.»

No es bueno economizar en la cantidad de los alimentos, sino en la calidad, que, siendo buena, puede dejar de ser exquisita; se pueden poner también en la mesa manjares más sencillos; algunos días de una comida barata, aunque buena y sana, dan pronto una economía verdadera.

Hay, por otra parte, una multitud de superfluidades, de entremeses, que sin alimentar el estómago, le estragan, y cuestan á subido precio; desterradlos sin piedad en caso de economía, y no los dejéis aparecer más que en las grandes ocasiones.

El vino común es ménos caro y más sano que los vinos extranjeros, y las pastas, aun las más caras, fatigan el estómago y le exponen á empachos é indigestiones.

Hay también superfluidades de tocador, tales como los perfumes preciosos y de un coste elevado, que pueden reemplazarse por otros más sencillos; no es que yo aconseje la supresión de los perfumes, pues nada hay más distinguido que usarlos siempre, y siempre los mismos; pero los hay de precios diversos, y no son los más caros los mejores ni más delicados.

Otro motivo de ahorro es la supresión de las

suscripciones á libros y periódicos que apenas se leen, ni aun se hojean algunas veces: dejad esos abonos durante un año, y realizaréis una economía de tiempo y de dinero, pudiéndoos ocupar de los cuidados de vuestra casa.

Hay asimismo *superfluidades* de labores; ¿os reís, señoras mías? Voy á convenceros de que estas superfluidades existen.

En lugar de un bordado cuyas lanas, sedas, cañamazo, raso ó piel cuestan algunos pesos, y ocupa vuestros dedos sin ocupar vuestra imaginación, arreglad la ropa blanca de vuestra casa, cortad y cosed vosotras mismas vuestros vestidos y los de vuestra familia, lo que os proporcionará otra economía positiva, ahorrando el subido precio de la modista.

Esperad un mes más para comprar un mueble, un objeto de tocador, aunque haga largo tiempo que lo deseéis; es una gran ventaja en los gastos que no son obligatorios el saber ganar tiempo.

Cuando la necesidad obliga á las economías, se puede llevar aún por algun tiempo el traje que se quería desechar por estar deslucido y aun deteriorado; algunas horas de trabajo, un poco de habilidad en lo material, un poco de conformidad y de paciencia en lo moral, y la economía es inmediata y positiva.

Dejad poco vuestra casa, y os evitaréis el hacer os muchos trajes; los salones son origen inagotable de gastos ruinosos, y la dicha y la dulce

tranquilidad de ánimo no se hallan allí; generalmente se entra en ellos empujadas por la vanidad, y se sale acompañadas del despecho ó del remordimiento, al pensar en la cuenta que ha de presentar la modista.

No miréis mucho las cosas caras, para que no las deseéis, y ocupáos seriamente para no dejar á la imaginación crear necesidades ficticias.

En resumen: no hagamos restricciones sobre lo necesario, sino sobre lo superfluo. Cuando se desea encontrarlo, hay siempre mucho superfluo en nuestro alrededor.

Aun es preciso ir más lejos; aun es preciso que hablemos de una cosa dura y amarga cuando nunca se ha hecho: del trabajo que hace ganar dinero.

—¿Y por qué no hablar de esto? Es preciso mirar la vida de frente y con valor, y este libro es un *Manual práctico*, un amigo de la familia, un consejero verídico y leal, que no oculta ningún dolor, que no disfraza ninguna dificultad, pero que allana todas las posibles, y que abre horizontes de salvación donde ya se llora una ruina próxima y una angustia verdadera.

Sí, hablemos del trabajo para ganar dinero: ¿quién sabe, en la época tumultuosa en que nos ha tocado vivir, cuáles pueden ser los vaivenes de la suerte más dichosa?

¡Ay! más de una familia que vive en la apariencia en un bienestar tranquilo, y que se halla

obligada á cierta representación en la sociedad, no puede sostenerse con los recursos que aportan cada mes uno ó dos individuos de la misma.

Entonces la pobre esposa, las inocentes hijas, se imponen cada día muchas horas de un trabajo asiduo, duro, penoso, para aumentar con algunas monedas el sueldo que es insuficiente á las numerosas necesidades de la casa.

Pero ¿qué remedio? Vale más trabajar que carecer de la decencia necesaria y hasta de alguna distracción del espíritu.

Y luego, para compensación de estas penas, de este trabajo asiduo, está la dulce satisfacción de la conciencia tranquila, el contento de sí mismo, la dicha del dinero ganado con el trabajo propio.

Velar, trabajar, gastar la vista, no es nada para la abnegación; parece que por la inspiración del corazón el trabajo se multiplica y se hace más gracioso y más atrayente; pero vender este trabajo, ofrecer el producto de largas veladas por bajo precio al comprador indiferente, es doloroso, es triste, es cruel; lo sabemos y lo confesamos.

Y sin embargo, la que esto escribe aconseja el noble, el santo trabajo, como salvador, como amigo fiel, como único socorro de la desgracia digna y altiva.

No hay más que dos caminos en la vida para sostener el decoro: tener rentas bastantes, ó trabajar: será duro, será amargo, será costoso: no

hay otro remedio; la tranquilidad del alma, la dignidad de la vida ordenan *trabajar* antes que *pedir*, antes que *deber*.

Aun he de hablar de otra cosa, á mi parecer de suma importancia: puesto que el trabajo puede ser, no sólo útil, sino hasta indispensable, deben los padres enseñar á sus hijos alguna habilidad con tanta perfección, que les permita ganar dinero, ya enseñándola á su vez, ya ejercitándola por sí mismos; y no sólo á sus hijos; también sus hijas deben participar de este beneficio y adquirir este recurso para los días de sombra, que en algunas épocas son más que los de sol.

Veamos, pues, de frente la necesidad de trabajar, caso de que falte dinero en una familia; y por dolorosa que sea, aceptémosla como remedio á mayores desdichas; porque ¿cuál puede ser más grande para una esposa, para una madre, que ver el limpio nombre de su marido, el de sus hijos, asediado de deudas, manchado por sospechas de su honradez, vilipendiado y devorado por ese cáncer que se llama miseria?

¡Ah! primero que esta desgracia llegue, tengamos el valor del ahorro, y el que es todavía mayor, el de un trabajo constante, austero, y á veces mal retribuido.

## V

## PRECAUCIONES

Una de las cosas más esenciales para el gobierno de una casa, para ahorrar los haberes y para emplearlos con lucimiento. es el saber comprar.

El saber comprar exige tacto, observación, discernimiento, paciencia y buen gusto.

Como se ve, no es una cosa fácil; pero sin las condiciones ó cualidades dichas no se compra bien, siendo indispensable el conocimiento de la calidad y precio de las cosas.

Esta ciencia no se puede adquirir más que con la experiencia, y sus lecciones aprovechan lentamente. En el extranjero se tiene en tanta importancia, que he visto en algunas casas de educación que he visitado, á las pensionistas, en el último año de su permanencia, acompañar á sus directoras cuando van á hacer las compras en grande escala de las provisiones de la casa.

De este modo se enteran de las astucias de las vendedoras, de la buena calidad de las cosas, y del precio, poco más ó ménos, á que pueden pagarse, tomando ideas generales que luego les son utilísimas para el gobierno, buen orden y economía de su casa.

En estas casas, montadas con todas las delica-

dezas del lujo, con todos los adelantos de la época, las señoritas que, como dije más arriba, están en el último año de su educación, son llamadas cuando se hace el lavado ó lejía general, para que vean la manera de disponer la ropa, cómo se lava, aclara y tiende; y después, cómo se cose ó repasa, se aplancha, se cuenta y se coloca en los armarios.

A las que merecen recompensa por su aplicación y asiduidad en el estudio y en las labores, se les concede como recreo el que vayan á la cocina á preparar un plato ó una pequeña colación para sus compañeras.

Y habéis de saber, mis queridas señoras, que las jóvenes que reciben esta clase de educación práctica—además de una extensa instrucción intelectual de la más perfecta elegancia,—son hijas de las clases más altas, de las más ilustres por su cuna, de las más opulentas por su gran fortuna; y aunque el ir alguna vez á la cocina á preparar un plato delicado, no les enseña gran cosa acerca de la economía, las acostumbra á lo menos á no temer el fuego de las hornillas ni el delantal de la cocina, y á conocer el precio y el uso de una multitud de cosas que les eran desconocidas, así como las cantidades que se necesitan para aquello que condimentan.

No es fácil tampoco que una señorita acostumbrada un tanto á la vida práctica sea el juguete de su cocinera; y digo el juguete, porque cuando una joven que se casa está afligida de una com-

pleta ignorancia, los criados, además de explotarla, se rien de ella y la hacen objeto de sus sarcasmos.

No es lo mejor, al comprar las cosas, regatear mucho y como por sistema el precio de las mismas; pero á veces los vendedores, en su afán de ganancia, piden mucho más de lo que valen, para ir rebajando lentamente: si queréis que el vendedor no os haga perder tiempo, ofreced una cosa razonable, resistid con tranquilidad á sus solicitudes, y marcháos á otra parte.

El vendedor tiene buen golpe de vista, y conoce al instante si trata con un novicio ó con persona inteligente en compras: sólo nuestra manera de preguntar, de mirar la mercancía y de escogerla, le pone al corriente de nuestra ciencia; y si ve que no es aquel el primer ensayo, si os ve á la vez firme y comedida, tratará de concluir pronto y de no engañaros.

Los vendedores comprenden al instante, en el aire de las personas, y en su lenguaje sobre todo, si tratan con una mujer maniaca que tiene la costumbre de porfiar, que con nada está satisfecha, que se empeña en hacer sacar de todo, en examinarlo todo, y que va á las tiendas sólo para pasar el tiempo.

Ó se tiene necesidad de adquirir una cosa, ó no: debe saberse lo que se quiere comprar, y no ir á fastidiar al que vende y á gastar dinero, ó por lo menos tiempo, inútilmente.

Las cosas á precio fijo simplifican las compras

é indican un progreso; mas es preciso poner atención en la calidad de lo que venden.

Los almacenes á precio uniforme, esos grandes bazares, son deslumbradores en su variedad, y tientan fácilmente; pero no es muy raro el salir engañados de ellos: ningún objeto, por espléndida apariencia que presente, vale más de la suma fijada; muchos valen menos y podrían comprarse más baratos en cualquiera otra parte.

En cuanto os sea posible, mis queridas lectoras, dirigíos siempre á establecimientos conocidos y provistos siempre con esplendidez: no pagaréis más caro, y lo que compreis será de mejor calidad y más fresco.

No es buen sistema el de cambiar de proveedores: elegid antes, tomando lo que necesitéis de dos ó tres casas distintas: comparad las cuentas de una y otras, y la calidad con los precios; pero una vez elegido lo que os parezca más conveniente, cambiad poco ó nada: las buenas casas estiman su reputación y á sus parroquianos.

Pagad al contado, ó bien á épocas fijas del año, por ejemplo, todos los meses, cada dos, ó á lo más, cada trimestre; os servirán mejor y pagaréis menos caro; los vendedores saben bien cobrar el interés del dinero que se les retiene.

Es de notoria conveniencia el observar este mismo orden con todos los obreros que empleéis, si es que deseáis estar bien servidas. Una modista, por ejemplo, no os hará esperar un vestido más

allá del tiempo prefijado, si está segura de que su dinero está pronto y de que le será entregado al entregar ella su obra terminada.

Elegid por un precio igual ó semejante las tiendas y almacenes que estén cerca de vuestra casa, y elegidlos igualmente aun cuando paguéis algunos céntimos de más; así ganaréis tiempo, mis queridas señoras, y en nuestros dias el tiempo es más precioso que el dinero; así evitaréis á vuestros criados viajes pesados que les roban el tiempo para las labores domésticas, y que los fatigan; ¿por qué no hemos de mirar también un poco por el reposo, por la salud de los pobres sirvientes?

Mas al recordaros los grandes almacenes, quiero hablar solamente cuando se trata de compras en grande, de provisiones para la casa, ó de gastos importantes; para las pequeñas cosas del momento, para esos objetos mínimos que son preciosos con tanta frecuencia, como hilos, agujas, cintas, botones, etc., es un acto de beneficencia el comprarlos á esos pobres vendedores ambulantes que pasan por delante de nuestra puerta llevando toda su fortuna.

Los céntimos que se les dan á ganar son las miguitas de pan que Dios nos manda dejar caer en el camino de esos pobres viajeros.

Terminaré este asunto encareciendo la necesidad de saber vender; porque hay muchas familias que están en el caso de enajenar objetos ó especies que les están de sobra, como frutos, legumbres,

libros, etc., ya porque tienen posesiones ó ingenio que los producen, ya por herencia, regalo ú otra cualquiera manera honrosa: es muy esencial saber elegir la época de las ventas, como se elige la de las compras: si es posible, cada casa debe tener, como vendedores fijos, compradores fijos también, que se puedan fiar de nuestra lealtad, y cuyo pago se tenga seguro.

Pero en las compras como en las ventas, y sin descuidar nuestros intereses, dejemos á los negociantes, cuya vida es toda proyectos é inquietudes, esos *semi-engaños* que están muy cerca de la injusticia.

Nuestro fin no debe ser el comercio, mis queridas señoras: no queramos precisamente enriquecernos, sino establecer en derredor nuestro, por el orden, el trabajo y la economía, la calma y la tranquilidad, que forman la dicha de la familia.

No queramos acumular riquezas, que con frecuencia se convierten en tormento, sino tener lo bastante para dar algo, y no tanto que despierte la envidia de los otros.

¡Dichosa la mujer dotada de tanto talento, de tantas simpatías, de tal fama de delicadeza y de probidad, que al terminar un cuadro, una composición musical, un libro, halla compradores razonables y fijos que deseen adquirir su obra por una justa retribución, y la adquieran con satisfacción verdadera!

## VI

## MANÍA DE LAS COMPRAS

Hay gentes tan dominadas por la pasión de las compras, que adquieren hoy lo que mañana ha de incomodarles y les ha de estar muy de sobra.

Esta afición llega hasta la manía de las colecciones, de las curiosidades y de las bagatelas, tan inútiles como dispendiosas.

Conozco mujeres que poseen en su cuarto, sobre sus veladores y *etagères* elegantes, y en sus cajones, verdaderos almacenes de inutilidades que han costado mucho dinero; estos juguetes, estas porcelanas delicadas, ante las cuales no se puede respirar sin el temor de romperlas, no se muestran más que para despertar el fastidio en el alma de la que las posee, y traer la sonrisa á los labios del que las contempla.

Muchas personas dominadas por la manía de las compras salen con la firme intención de no adquirir nada, pues tienen la casa llena, y sin embargo, es tal la costumbre de comprar, el predominio de la curiosidad y el del capricho, que siempre adquieren algunas cosas que no les hacen falta ninguna.

Las personas dominadas por la manía de las compras llenan su casa de inutilidades de todo género, y jamás ven satisfechos sus deseos, que renacen como la hidra de la fábula.

Todo les apetece, todo les parece bonito; con frecuencia miran tras los escaparates objetos cuya vista les enamora y que les son perfectamente inútiles, hallándose engañados por ellas mismas.

Es preciso desconfiar de las necesidades ficticias; no comprar demasiados trajes, muebles inútiles, joyas de ocasión, encajes antiguos, etc., etc.

Al empezar cada estación se pasa revista á lo que resta de la otra en alfombras, portieres, tapices, trajes, abrigos y muebles de comodidad, y se utiliza todo lo posible para no hacer gastos superfluos, siempre más dispendiosos que los necesarios, por obedecer al capricho y no á la utilidad.

Existe un talento particular para evitar las compras, ó á lo ménos reducirlas, y es el de saber utilizar los restos y hacer servir una cosa á dos fines distintos.

Los platos que se retiran de la mesa sin tocar, ó empezados apenas, se pueden hacer servir en la comida siguiente, sabiendo variar algún tanto su forma.

Un traje deteriorado y fuera de uso se puede llevar en la estación próxima, arreglándolo con cuidado y habilidad.

Una alfombra que se rompe puede aún arreglarse; una cortina de seda ó de lana se puede llevar al quitamanchas.

En fin, los muebles, los bronce, los cristales pueden limpiarse, por antiguos que sean, con algunas recetas de las que mis lectoras hallarán

en otra parte de este libro, y que son todas de probada y reconocida utilidad y eficacia.

Hay mil medios de limpiar los guantes, los encajes, las joyas, las mantillas, los abrigos y los trajes; de rizar las plumas, de conservar las pieles, que tan caras cuestan, evitando así gastos y compras que representan una suma respetable cada año.

Hay también otros varios objetos en las casas, que se hallan ya fuera de servicio, y de los cuales se puede elegir una parte, que arreglada de cierto modo, tiene aún alguna utilidad.

Se llama á esta clase de talento el «arte de hacer algo con nada», y reside en el corazón, pues toda persona que ama procura dar todo el bienestar posible á las personas amadas.

Recoged y conservad todo con cuidado, mis queridas señoras, hasta las cosas que á primera vista os parezcan inútiles, porque examinadas despacio, pueden tener su aplicación y servir de gran utilidad, pues pueden evitar gastos.

Todos los objetos que se creen de desecho deben recogerse en los cuartos de desahogo, y es seguro que muchas veces se hallarán cosas útiles para las reparaciones de la casa ó para el alivio de los pobres, y que harán un verdadero servicio.

A la recomendación de recoger todo, debo añadir la de hacer—á lo ménos una vez por año—una visita de caridad domiciliaria en todos los rincones de la casa.

Si en esta visita os pudiérais hacer acompañar por una pobre madre de familia; si le dijérais que buscarse con vosotras, veríais, señoras mías, cuántas riquezas hallaba entre esos muebles viejos y esos pedazos de tela que habéis impedido que tirasen vuestras criadas, y cómo todo esto le era útil para su pobre casa.

—Yo me hago dichosa con desechos— decía una de estas mujeres de orden, que con una renta muy módica vivía con distinción y elegancia.

Se puede, pues, poner medida estrecha á la manía de las compras, y gastar cosas que parece que ya no sirven, antes de adquirir otras nuevas.

## VII

### VIGILANCIA MORAL

De muchas maneras se nos puede engañar por los criados dentro de nuestra propia casa.

La más asidua vigilancia no será nunca excesiva para precaver los desórdenes que pueden traernos su descuido, su mala intención y falta de voluntad en el cumplimiento de su deber.

No hay criado bueno cuando se le descuida, cuando se le deja abandonado á sus instintos y dueño por completo de su capricho.

Nos engañan nuestras sirvientas cuando emplean para ellas las horas que deben al trabajo de la casa; preciso es concederles tiempo bastante

para que arreglen su ropa blanca y sus vestidos; pero este punto exige también alguna vigilancia, porque muchas veces trabajan no sólo para ellas, sino también para personas extrañas, lo que les trae beneficios en perjuicio de su deber.

Por la noche, cuando todos en la casa están entregados al reposo, es cuando se hace este trabajo suplementario.

—Yo empleo el tiempo que había de dormir— podrá objetar una sirvienta sorprendida.—Este tiempo es mío.

No hay semejante cosa: la velada la hará más lenta para el trabajo del siguiente día; se gasta combustible, y una luz encendida puede ocasionar muchos accidentes.

Otro medio casi usual de ser engañado es el de entenderse las criadas con los proveedores para comprar menos cantidad de la que se les manda, partiéndose el producto de lo que debían traer, y queda en su provecho.

Para evitar esto, id vosotras mismas y en diversas épocas á hacer vuestras compras, y como por casualidad, sorprended á vuestras criadas mientras hacen las que les encargáis, pero sin que parezca que notáis su confusión.

Se sufre también engaño por golosina, cuando los criados toman para sí una parte de lo que deseáis reservar al quitarlo de la mesa, tal como frutas caras y manjares delicados, lo mismo que cuando beben ó dan á beber licores y vinos de

gran precio, destinados á la mesa de sus señores.

Se sufre engaño asimismo por una caridad mal entendida, cuando los criados dan á los pobres más de lo que está fijado, ó cuando—lo que es más frecuente—dan á sus parientes los restos de la comida ó los vestidos que ya ven que no usáis.

Se padece engaño igualmente por el empleo para el uso ajeno de lo que no debe ser más que para el uso de la casa; por ejemplo, una mujer que se llama para que lave, y lava antes la ropa de toda su familia, roba el jabón y el tiempo, y hay que estar alerta para que esto no suceda.

Esta vigilancia moral y material cuesta muchas inquietudes, lo sé, y no es mi ánimo engañar á mis lectoras haciendo fácil lo que es sumamente difícil.

Pero la práctica de esta vigilancia trae beneficios positivos, inmensos; teniéndola, cada año podréis ahorrar alguna cantidad, comprar un mueble, haceros un traje elegante ó adquirir una alhaja; sean cualesquiera vuestras aficiones, vuestras tendencias, todo puede estar halagado y satisfecho atendiendo un poco á los intereses de vuestra casa, cuidando de que nada se tire ó se desperdicie por incuria vuestra ó por mala intención de vuestros criados y proveedores.

Hay una multitud de pequeños desperfectos ó perjuicios en el arreglo ó marcha de una casa, de los que es también necesario hablar en este libro; porque yo quiero, mis queridas lectoras, que sea

una guía completísima para el buen gobierno, para el orden perfecto del hogar doméstico.

Cuando se estudia con calma el malestar y la escasez que reina en un gran número de familias, se ve fácilmente que este estado, vecino de la miseria, proviene menos de la exigüidad de los recursos, de un cierto desorden que no se remedia ya sea por descuido, ya por pereza, y que proviene de una multitud de pequeños descuidos diarios, poco importantes cada uno de por sí, pero cuya reunión causa un gran vacío en los haberes.

Se dice de algunas personas que tienen las manos *agujereadas* y que el dinero no puede parar en ellas: de creer es que haya también casas llenas de agujeros, por los que se escapa sin provecho el dinero que el trabajo reúne cada día.

¿Y no será una indicación verdaderamente útil la de estos agujeros? Conocerlos es el medio de poderlos cerrar.

Llamarémos *agujeros*, sobre todo, á los que se abren en la cocina por preparativos demasiado dispendiosos, por los restos que no se sabe ó no se quieren utilizar, por la demasiado grande abundancia de lo que se prepara, y por lo que se deja deteriorar, sea por inexperiencia ó por olvido.

Los hay también en las compras; y ahora tenemos que referirnos de nuevo al capítulo anterior, aunque sea esta materia del presente.

Hay también *agujeros* sensibles en las compras, sobre todo cuando se hacen en tiempo in-

oportuno y no se vigilan, y en las de aquellas cosas que tienen por móvil la vanidad ó el capricho.

Ya es un objeto de arte que se ha visto en una Exposición ó en el salón de una amiga, y se desea poseer otro igual.

Ya es un traje que se ha oído elogiar, y se anhela ser elogiada también.

Otras veces es solamente un utensilio de la casa que agrada por su forma, y del que no se sabe qué hacer cuando ya se ha adquirido.

He hablado de las colecciones frívolas: existe también la manía de las colecciones útiles, que no es menos dispendiosa.

Hay algunas mujeres que amontonan en la cocina, en el granero, en la despensa y en todas partes, muebles y utensilios de sobra para poner cuatro casas; á cada nueva adquisición se dicen:

—Ya no compro más.

Y sin embargo, siguen comprando siempre.

Nada hay tan inútil como las manías *útiles*, y nada arruina tan pronto y tan seguramente.

Desconfiad, mis amadas lectoras, de vuestras primeras impresiones para la compra de cualquier objeto; no es quizá otra cosa que un capricho que la posesión cambiará muy pronto en disgusto.

No compréis hasta el siguiente día aquellas cosas de que creéis tener necesidad, y que no os son necesarias en el momento.

La vigilancia moral (como acabo de demostrar)

no es sólo precisa tratándose de los criados; lo es más quizá tratándose de vosotras mismas.

Debemos vigilar nuestros deseos sin dejarles crecer, examinarlos imparcialmente y reprimirlos cuando los reconocemos poco razonados ó poco acordes con nuestros medios de fortuna; porque si nos dejamos llevar de todas las locuras de la imaginación, de todos los caprichos que, como la hidra de la fábula, renacen todos los días, no hay fortuna que los pueda sufragar, y llenarémos nuestra existencia de agujeros por donde se escape el dinero, y nuestro espíritu de penas, y acaso algún día de remordimientos, en justo descargo de la conciencia.

## VIII

### PEQUEÑAS CAUSAS DE RUINA

Así como nos asusta un gran gasto, una deuda exorbitante ó el perder una cantidad de importancia, miramos con indiferencia las cuentas pequeñas, descuidando hacernos cargo de ellas y mirarlas con atención.

—Es cuestión de una ó dos monedas de cobre—nos decimos;—y sin embargo, algunas monedas de éstas, tan poco importantes, pueden aliviar una gran miseria, porque forman una peseta, y muchos infelices desearían una moneda de cuatro reales en días de grande angustia.

Es verdaderamente fastidioso, sin duda, el su-

jetarse á escribir en un libro de cuentas hasta el valor de un céntimo; pero hay también una lección preciosa en todas y en cada una de esas líneas, que nos reprochan, cada vez que las miramos, nuestras prodigalidades y nuestros caprichos.

Un libro de cuentas minuciosamente llevado es un juez severo que con frecuencia nos hace avergonzar, y que no quisiéramos mostrar ni á nuestra mejor amiga.

Si nos obligamos á escribir en él todos los gastos ocasionados por nuestros caprichos, si explicamos en ellos el detalle, pronto no tendremos que escribir.

Otra de las grandes pérdidas de que no hacemos caso consiste en los vestidos, cuando son, ó demasiado suntuosos, ó mal cuidados, ó poco usados, por su gran número.

Hay un precepto antiguo, que nuestras abuelas habían erigido en axioma, y que dice:

«Mucha ropa blanca; vestidos, pocos.»

En efecto, la abundancia de lencería fina indica riqueza, abundancia y orden; el exceso de vestidos, vanidad y dispendio.

Cambiando con tanta frecuencia las telas y los colores de los vestidos, el tener muchos es, cuando menos, un gasto inútil.

En otro lugar hablaré del método que se debe guardar para vestirse, y del modo de conservar los trajes y todas las prendas del atavío: por ahora

diré que el acumular telas y encajes es tener mucho dinero empleado sin producto alguno, y estar gastando eternamente en modistas y costureras.

Sigamos analizando las pequeñas causas de la ruina de una casa.

Nada hay que más concluya y deteriore la ropa blanca, que el poco cuidado que se tiene con ella; dejarla mal repasada, sin zurcir, descosida, es el medio más seguro de quedarse al instante sin ella.

No se puede tampoco dejar amontonada cuando está sucia, sino que debe tenderse en cuerdas en un departamento ventilado; el lavarla mal, y sobre todo, las aguas fuertes y sulfurosas que algunas criadas echan en el lavado, abren el lienzo y le desgarran, dejándole inútil para el servicio.

Es, pues, muy esencial vigilar el lavado que se hace dentro y fuera de la casa; en este último pierden la ropa blanca las lavanderas, la cambian, la golpean en vez de estregarla, y la retuercen para quitarle el agua.

Como en todo, se ve en esto que es imposible que nadie más que nosotras cuide de lo que nos pertenece, y por lo mismo, nosotras somos las que nos tenemos que cuidar, si no queremos salir muy perjudicadas.

Hay también un cálculo ruinoso en desdeñar la compostura de los muebles que se rompen un poco, y en seguir usándolos sin mandarlos componer al instante, pues es seguro que de no hacerlo

quedan muy pronto fuera de servicio; hay que garantizarlos cuidadosamente de polvo, y de vez en cuando hay que hacerlos restaurar para que estén siempre limpios, barnizados y agradables á la vista.

El número excesivo é innecesario de luces; el renovar cosas que aun no han concluido de gastarse; el descuido de los muebles, de la ropa, de las cuentas, de todos los detalles del gobierno doméstico, en una palabra, quebrantan la fortuna más sólida: lo mismo y aun más hacen los caprichos del lujo, la modista cara en extremo, los viajes y los teatros.

Hay personas que por la pasión de lucir y de ser más que sus amigas en fausto y elegancia, arruinan á su familia, sin que el remordimiento, sin que una idea salvadora de equidad y de moderación llegue á contenerlas en su deplorable ceguedad. Compadecemoslas, mis queridas lectoras, y no las imitemos, pues nada hay más grato al corazón que el mirar por el bienestar de los que amamos.

## IX

## BUSCAR Y FORMAR BUENOS CRIADOS

Se acostumbra á tomar mucho trabajo para admitir, y antes para buscar buenos criados, y no tomamos ninguno para formarlos.

Si queremos que nos complazcan, debemos enterarles de nuestros gustos, pues ellos no pueden adivinarlos, ni podemos exigirles que los sepan en seguida.

Tened presente, mis queridas lectoras, al admitir una criada, que, por hábil que sea, necesitáis formarla; pues aunque sepa bien su obligación de cocinera ó de doncella, nada sabe de lo que os agrada, y tenéis que tener la paciencia de educarla.

Pensad también que, aunque sean sus cualidades muy relevantes, ellas tienen también, como nosotras, los defectos de sus cualidades, y no hay otro remedio que soportárselos.

Y sea dicho de paso, entre la señora y la criada, ¿creéis que sea la primera la que tenga más que sufrir?

Convencéos de que si la criada es activa, ha de ser á la vez irascible.

Si se interesa por el bién de la casa, será colérica y quejumbrosa.

Si es prudente, tendrá muchos ratos de humor sombrío.

Si es dulce y de buen carácter, será pesada, lenta é inhábil.

Si es inteligente y bien dispuesta, no tolerará la menor observación.

Si toma cariño á la casa y á la familia, se estará plañendo siempre de que la tratáis duramente y con poco afecto, de que cerráis las puertas y los armarios, de falta de confianza en ella.

Para evitaros malos ratos, no demostréis demasiado que conocéis sus defectos.

Cuando se toma para criada una muchacha á la que hay que enseñárselo todo, la tarea es no solamente difícil, sino ruda y pesada.

¡Dichosa la joven que al casarse puede llevar á su casa una criada enseñada en la de sus padres! ¡Dichosa mil veces, pues se evita mucha pena y muchas impaciencias!

Enseñar sin cesar, acostumbrar, es muy enojoso y arrebatata todo sosiego.

Vamos á hablar aquí de algunas reglas prácticas, mis queridas señoras, que yo creo os han de ser de suma utilidad, y así lo deseo.

Pagad á vuestros sirvientes con la mayor exactitud, y si lo desean, ayudadles á emplear su dinero, pero sin encargaros totalmente vosotras mismas.

No les hagáis nunca confidentes ni de vuestras diferencias de familia ni de vuestras decepciones; pero que lo sean alguna vez, aunque sin ostentación, de vuestras obras de caridad.

No les hagáis nunca dueños de vuestros secretos, por pequeños que sean, pues podéis temer que os tengan bajo su dominio desde el momento en que los enteréis de alguno.

Sabed conservar siempre vuestra independencia, y para esto, evitad cuidadosamente esta familiaridad que va creciendo todos los días, que hace de una criada una compañera con la que agrada reirse, á la que se le abre el corazón, y delante de la cual se muestran hasta las pequeñas debilidades morales.

No les pidáis nunca más que aquellos servicios que no podáis prestaros vosotras mismas: dichosas las que pueden servirse en todo, pues su inteligencia, por vulgar que sea, ha de estar muy por encima de la que pueda tener la mejor criada.

«Privar á los niños, hasta á los más ricos, del servicio de los domésticos (decía M<sup>me</sup>. Campan), es hacerles un eminente servicio.»

Las que tenéis la dicha de poseer una hermana, poco más ó menos de vuestra edad, contáis con un bien inestimable; ayudáos la una á la otra, y que lo más raramente posible éntre una criada en vuestra habitación: el cuarto de una jovencita es un santuario donde sólo su madre y sus hermanas deben penetrar.

No escuchéis nunca las narraciones que una criada quiera haceros, ni le pidáis nunca noticias de ninguna clase.

Desconfiad de ella cuando os hable de alguna

cosa con aires de misterio, y sobre todo, si os encarga que *no digáis á nadie* las noticias que ella os trae ó la relación que os haga.

Vigilad sin tiranía á vuestras criadas, pero de manera que no se os oculten ni sus relaciones ni su correspondencia.

Exigid rigurosamente todas las cuentas, pero sin demostrar avaricia.

Ocupadlas sin causarles fatiga, y tened en esto gran cuidado: cuando estén enfermas es cuando deben comprender que son de la familia.

Tenedles reglas fijas para el alimento, y que éste sea abundante sin llegar á la saciedad; esto les disgustaría y les volvería exigentes: que el alimento sea variado, y de vez en cuando más suculento.

Que los criados tengan un día de fiesta y de descanso, y se adherirán más á vuestra casa, y que hasta el domingo sientan los beneficios del reposo.

No les fatiguéis con exigencias inútiles y con impertinencias interminables; defecto dominante en las jóvenes que, recién casadas, disfrutan de su primera libertad. Por cualquiera cosa insignificante abruman de reproches á una pobre camarera que ha tenido un instante de olvido; vuelven cien veces al mismo enojo, y hacen su servicio insoportable.

Sed siempre buenas y dignas, dejando pasar desapercibidas una multitud de pequeñas faltas

que se corregirán poco á poco. ¿Cómo exigir que las que nos sirven no olviden nunca nada, cuando nosotras mismas carecemos de memoria?

Desde que demostramos mal humor delante de una criada, bajamos de nuestro sitio, y por poca sangre fría que demuestre ella, nos domina y se eleva; no hay nada tan humillante como tener que avergonzarse ante sus inferiores.

Precisad vuestras órdenes, y no déis muchas á la vez, pues así seréis mejor obedecidas.

No ultrajéis á vuestras criadas con reproches dirigidos en público; la humillación amarga, pero jamás corrige; y en particular, que vuestras reconvenciones no lleven el sello ni de la acritud ni de la precipitación.

Dirigidles palabras que las alienten delante de los extraños, y hacedles de vez en cuando un pequeño regalo poco dispendioso para vosotras, pero que sea valioso por la manera con que lo hagáis.

Probad por combinaciones que no son para indicadas aquí, á interesarlas en vuestra prosperidad, haciéndoles participar de algún beneficio; es una cosa fácil, y sobre todo, cuando se pasan en el campo algunos meses de verano.

He conocido una señora que prometía dos pesetas de gratificación cada mes, pero que de esta cantidad cobraba los objetos que se perdían ó se rompían por incuria ó aturdimiento de la cocinera.

¿No era este un medio excelente de hacerla cuidadosa y atenta, sin exponerla á ocultar los perjuicios que ocasionaba?

Una frase resumirá, queridas señoras, todos estos consejos: Hacéos amar, y estaréis bien servidas.

## X

## DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO

Cuando se tienen horas fijas para todo, cuando se observa un orden inalterable en las ocupaciones de cada día, el tiempo da mucho de sí, y nunca hay atrasos ni angustias en la casa.

El levantarse temprano es un gran medio, además de ser muy sano, como probaré en la sección de Higiene; pero además de éste hay otros varios medios para que las horas sean tan largas como los quehaceres, ó como éstos necesitan.

La mañana debe ser lo más larga posible, levantándose temprano y á una hora fija: en seguida de levantarse, una ama de casa celosa del buen orden de la suya debe activar á sus criados, presidir á la limpieza y hacer, aunque sea ligeramente, su tocado de mañana, dando á su rostro una frescura y un encanto desconocidos á las señoras que se levantan tarde.

Como remedio para el alma, como escudo para el eterno combate de la vida, os aconsejo, mis

queridas señoras, que al levantaros elevéis vuestro corazón á Dios en una breve plegaria.

No olvidemos jamás á nuestro Padre celestial: la oración para las almas buenas es una necesidad y un apoyo, activa la voluntad, dobla las fuerzas y multiplica las horas.

«Que tenga tiempo de orar—decía San Vicente de Paul—y luego me sobraré para todo.»

La oración fortifica para la lucha y pone al abrigo de muchos peligros; no aseguraré que nos ponga al abrigo de las pérdidas de la fortuna ó de los dolores físicos; mas os aseguro, mis queridas señoras, que preserva de caídas mil veces más dolorosas que la pobreza y las enfermedades.

No dejéis nunca, á no ser por muy graves razones, vuestro cuarto de dormir sin haber hablado un rato con el cielo por medio de la oración; este saludo á Dios y á su Madre os traerá la dicha, ó á lo menos, la conformidad y la fortaleza para todo el día.

La tarde y la noche están y deben estar consagradas á las visitas, á la correspondencia, á los trabajos manuales, á los estudios que se continúan por gusto ó por deber. En las visitas que hagáis por la noche, ó cuando las recibáis de familia ó de intimidad, no olvidéis nunca una labor manual: las labores bonitas y delicadas ocupan cada día más á las damas, y están admitidas hasta en los salones de la más alta nobleza. Las agujas, el dedal y las tijeras son adornos de buen gusto para

unas bonitas manos, aunque éstas sean muy delicadas y estén embellecidas con los más ricos brillantes.

No hablo de las horas de las comidas, porque cada familia tiene sus costumbres, que es preciso respetar.

La velada debe dedicarse al descanso y á las dulces expansiones de la vida de familia; la música, los juegos, la conversación, las lecturas agradables deben ocuparlas. De esto volveremos á hablar en otro capítulo más extensamente.

Hablemos ahora del fin del día, y terminémoslo por otro rato de comunicación con el Padre celestial, que no nos desampara nunca; una corta plegaria se lleva toda la amargura que durante el día han dejado en el alma los múltiples y amargos cuidados de la vida.

Todo lo grande, todo lo bueno cuesta esfuerzos, y una mujer no se vence constantemente para ser afectuosa, prudente, conciliadora y bondadosa, sin que su orgullo y hasta su corazón sufran rebeliones dolorosas, aunque no salgan á la superficie.

La oración despues del combate de todo el día serena el alma, la cura de todas sus heridas, le da nuevo valor y la dispone para la lucha del día siguiente.

Diré, como regla general, que es una gran economía de tiempo el hacer cada cosa á horas fijas é invariables, el dejar cada cosa escrupulosamente en su sitio, para no tener que buscar na-

da, y el tener días señalados para recibir y para visitar, para lo cual la costumbre de quedarse un día en casa y poder disponer de todos los demás es un arreglo que trae grandes ventajas.

La economía de tiempo es también economía de dinero, pues que aquél se puede ocupar útilmente, ya en vigilar la casa, ya en labores primorosas que la embellecen, ya en costuras y bordados que ahorran grandes gastos.

## XI

### DE QUÉ MODO SE CONSIGUE EL BIENESTAR DE LA FAMILIA

No hay talento más útil para una mujer, que el de saber dirigir bien su casa: todos los demás talentos son más brillantes y dan más gloria; pero aquél, en cambio, le trae la felicidad íntima, tan difícil de lograr en el mundo, al ver que su familia halla por su mediación el sosiego, la dicha y el bienestar.

El cumplir con sus deberes deja además en el ánimo una impresión agradable y plácida, que ninguna otra cosa proporciona. ¿Quién duda que el primer deber de la mujer es conseguir el que su esposo, sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus amigos se hallen bien en el interior de la casa, y no vayan á buscar fuera la dicha, la calma y las impresiones agradables?

Cuidad vuestros hogares, señoras y amigas

mías, y seréis en ellos reinas adorables y adoradas: cuidad y embelleced vuestros hogares, y vuestros esposos no irán á buscar á los ajenos solaz y ventura. Cuidad vuestros hogares, y habrá más moralidad en las familias, más calma en las conciencias y más alegría en las almas.

Venid conmigo á la repostería, al comedor, á la cocina, sin que por eso dejemos de hacer también una visita al tocador, al salón, al *boudoir*: con este libro en la mano hablaremos de economía, porque la economía es hoy una necesidad.

La ciencia de dirigir bien una casa se apoya desde luego en la experiencia, y es preciso, por consiguiente, familiarizarse con los detalles infinitos de que se compone. Aunque esté dotada de las mejores disposiciones, de una voluntad firme, de una habilidad notable, una joven, colocada desde el día de su matrimonio al frente de una casa, perderá en vanos ensayos un tiempo precioso, si no ha adquirido ya en la casa paterna algunos conocimientos de la misión que va á ejercer bajo su propia responsabilidad.

Al jefe de la familia pertenece generalmente el deber de adquirir los medios de subsistencia; mas sus esfuerzos serían vanos, insuficientes, y por decirlo así, inútiles, si la madre ó la esposa desdeñasen ó ignorasen la gran ciencia de la economía.

Porque esta ciencia es la que constituye el ahorro, y la que distribuye los gastos del modo

más ventajoso para todos los individuos de la familia.

La economía es la que enseña los medios de obtener el bienestar manteniendo el orden, y la que da á todas las cosas el aspecto elegante, que es la necesidad legítima de todas las organizaciones delicadas.

La economía es, en fin, la que indica el punto preciso donde se debe llegar para evitar dos defectos igualmente reprobables: la mezquindad y la prodigalidad.

Una de las necesidades de nuestros días—necesidad muy agradable por cierto—es la compañía en la mesa de algunos amigos: aunque se trate de una comida íntima ó de toda confianza, los preparativos deben hacerse de antemano: una dama distinguida evitará siempre á sus convidados, aunque sean personas de su propia familia, la vista de las ruedas que se mueven para el bienestar de todos; nada es más desagradable que el ver á la señora de la casa afanada y aturdida dejar la mesa para reparar un olvido, buscar llaves, revolver los armarios y ocuparse, en una palabra, delante de sus convidados de los detalles que deben estar previstos.

Es también de un efecto deplorable el oír la dirigir á los criados observaciones, recomendaciones, y sobre todo, reconvenciones. La previsión activa é inteligente debe abrazar todos los detalles, así los importantes como los más ínfimos, y esta

es la primera y la más necesaria de las cualidades de un ama de casa.

Todos los objetos que componen el servicio de la mesa, es decir, la vajilla, el cristal y la plata, se limpian de antemano y se colocan en el comedor sobre las mesas de los ángulos preparadas y destinadas á sostener estos objetos, Aunque tenga un gran número de servidores, la mayor parte de estos cuidados pertenecen al ama de la casa; ella es la que debe preparar los postres, arreglar las frutas sobre el musgo, entrelazarlas y rodearlas con hojas verdes y frescas, disponer los dulces secos y colocar los *hors d'œuvres* en los ángulos de la mesa. No puede dispensarse de examinar con detención si está todo perfectamente limpio, ni puede fiar de nadie tampoco en absoluto el cuidado de las luces; á lo menos examinará éstas detenidamente, para evitar que ardan mal ó que se apaguen, lo que sería de un efecto ridículo.

Estos cuidados están también en relación con la economía, pues los objetos frágiles y costosos pecen en las manos de los criados; una taza de porcelana rota, una pieza de cristal ó de plata hecha pedazos ó abollada, suponen una suma no despreciable, é inutilizan los esfuerzos hechos durante algún tiempo por una prudente economía.

La señora de la casa, pues, ó sus hijas, deben sacar de los armarios, preparar y volver á guardar después de limpios, todos los objetos delicados del servicio, revisando y contando cuidadosamente

todas las piezas y haciendo buscar al instante si falta alguna.

Como medida general é infalible de buen arreglo y economía interior, debe darse la siguiente:

Entregar á los criados todo anotado, ó contado cuando ménos.

Recibirlo del mismo modo, y si falta alguna cosa, buscarla sin pérdida de tiempo y sin dejarlo para otra ocasión.

Los platos que han quedado intactos, ó poco menos, de la comida, se pueden utilizar perfectamente al siguiente día, evitando una gran parte del gasto de la mesa.

No teniendo un cocinero de primer orden, hay precisión de encargar algunos platos al *restaurant*, donde son muy caros: en la parte quinta de este libro hallarán mis amadas lectoras un número de recetas de confitería y de repostería, que les proporcionarán una considerable economía, si se toman el trabajo de ejecutarlas, en vez de encargar los platos que las constituyen fuera de su casa.

Yo les aseguro, para animarlas, que en las grandes capitales de Europa muchas damas de la más alta clase no se desdeñan de leer á su cocinera la receta de un plato delicado, y que yo he presenciado en Londres y en París cómo algunas señoritas muy distinguidas iban á la cocina, preservando su elegante traje de casa con un delantal blanco de linda forma, para dictar un plato de postre ó una entrada apetitosa que debía figurar

en una comida dada en la casa de sus padres.

¡*Bienestar!* ¡Qué deliciosa palabra! *El bienestar* es no sufrir, es reposarse en el seno de la dicha, es gozar! Triple aspiración que todos sentimos, que todos abrigamos en nuestro corazón, y que no es posible realizar por completo en esta vida, pero que es permitido intentar en los límites del deber.

No es posible hallar el *bienestar*, es decir, no es posible *estar bien* sino en el sitio en que la Providencia nos ha colocado; en nuestra casa, en ese asilo que Dios señala á cada uno como único lugar de paz y de reposo.

¡Oh! si se supiera amar este asilo, si amásemos nuestra casita, ¡cuántas faltas, cuántos remordimientos y cuánto hastío nos evitaríamos!

Mas para amar este oasis del desierto de la vida, para hallarnos bién en él, es preciso cuidarle y no dejarle despojar de sus flores y de su verdor; no amáramos á la naturaleza si los árboles no nos presentaran jamás otra cosa que un ramaje árido y seco.

Es preciso que nos agrade, que el corazón se sienta en él más feliz que en ninguna otra parte, que el espíritu encuentre encantos, que hasta los sentidos hallen todo lo que les causa una impresión favorable. Es preciso embellecer, en una palabra, nuestra casa, nuestro puerto de paz, el asilo donde hallamos el descanso, la compensación de todas las penas, las ternuras de la familia y los

dulces recuerdos de las horas de dicha que ya pasaron.

## XII

### CONCLUSIÓN

Termino aquí la segunda parte de este volumen, titulada *La Vida práctica*, y que es, á mi modo de ver, una de las más importantes.

Todo lo que es exterior, todo lo que no tiene conexión con la vida de familia, cansa muy pronto: se desea la armonía, el afecto, la confianza dentro de la propia casa, y para lograrlo hay que saber, no sólo cumplir escrupulosamente con todos los deberes domésticos y de familia, sino hacer agradable la vida interior; y nada de esto sabrá la que no posea nociones claras y seguras de la vida práctica, que la guíen en su camino.

El primero de los embellecimientos del hogar depende del buen carácter de los que componen la familia, de su humor dulce y alegre, y de su fortaleza para soportar las pequeñas miserias de la vida, y sobre todo, de la vida en común; y esta paz, esta alegría, este *temple* tibio y dulce del hogar, dependen, sobre todo, de la mujer que Dios ha colocado en él, de la esposa, de la madre, de la hermana.

Convencida de esta gran verdad, he dado aquí, y he reunido en colección, reglas claras y concisas que, si bien algo difusas, serán, acaso por lo mismo, de una completa utilidad para la mujer, de

cuya educación práctica tan poco caso se hace en nuestra patria.

No quiero decir, ni aun supongo, que estas reglas sean invariables; cada familia, cada posición tiene sus exigencias, de las que no es posible prescindir; pero hay principios fijos de delicadeza, de laboriosidad, de dulce firmeza de carácter, de los que es un bien inmenso no separarse.

La vida práctica no ofrece, á la verdad, poéticos encantos; como todo lo que es grande y bueno, tiene sus asperezas, sus luchas y sus dolores; y no hay nada mejor y más elevado que la tranquilidad del alma, cuyo origen celeste es el cumplimiento valeroso, estricto, del deber.

*¡El deber!* Hé aquí el fantasma terrorífico que se pone sin cesar ante los ojos de la mujer; y, sin embargo, el deber, aunque rudo, no es inhumano; aunque severo, tiene recompensas dulces y consoladoras; conocerlo es amarlo; y ya que, aunque se os exige su cumplimiento, nadie se cuida de dároslo á conocer con lealtad, yo he procurado describirlo y ponerlo al alcance de vuestra inteligencia en la medida de mis débiles fuerzas.

La segunda parte de este libro—que aquí queda terminada,—creo, mis amadas lectoras, que os hará mucho bien, porque disipará en vuestros espíritus muchas dudas dolorosas y hará nacer en ellos alguna dulce esperanza.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

## PARTE TERCERA

### HIGIENE DE LA FAMILIA

#### I

#### VIGILANCIA MATERNAL.—CAÍDAS DE LOS NIÑOS

¿Qué hay en el mundo que una madre ame más que á sus hijos?

¿Qué hay para ella más caro, más precioso, más adorable?

Nada, y eso está en la conciencia de todos; hay malas hijas, esposas infieles, hermanas desnaturalizadas, y aun puede asegurarse que existen muchas; pero una mala madre es una horrible anomalía de la naturaleza.

Existen, sin embargo, muchas madres que por ignorancia, ó por ser demasiado descuidadas, se olvidan de sus hijos y de las atenciones que el bienestar y la salud de éstos exigen; hay madres que, adorándoles, los confían á las niñeras para que los paseen y distraigan, lo que no deberían hacer, para evitarse sinsabores muy terribles, y acaso remordimientos eternos y muy amargos.

Una madre prudente debe abrigar siempre el temor de los accidentes graves que pueden resul-

tar de una caída ó de un golpe que no se haya atendido desde el instante en que la criatura lo haya recibido, y cuidado con inteligencia y esmero y con todas las precauciones más delicadas.

Una niñera deja caer una criatura, sea por torpeza, sea por descuido, sea por travesura del mismo niño, ó bien le ve caer ante sus ojos, ó darse un golpe jugando, y es casi seguro que calla este accidente á la madre, á menos que una señal visible la obligue á hablar, pues teme que la riñan ó acaso la despidan por su falta de cuidado.

De aquí resultan una multitud de enfermedades que parecen caer de repente sobre la pobre criatura, y cuya explosión sería muy fácil precaver atacando el mal en su nacimiento.

Muchas veces una fiebre cerebral arrebatada á un niño en pocas horas, y el origen de esta muerte cruel es un golpe recibido en la cabeza.

Otra vez se advierte repentinamente que se le ha torcido el talle á una niña, que su espina dorsal se ha encorvado, que se le ha desencajado un hombro, y estos desarreglos espantosos tienen por origen una caída sobre las caderas, que no se ha mirado al instante mismo y cuando el mal podía repararse fácilmente con la ayuda de algunos cuidados.

Lo mismo sucede con los pobres niños que cojean, pues la causa de esta deformidad son las caídas sobre las rodillas, ó los golpes en las mismas, que no se han atendido prontamente.

Hay, pues, que vigilar á los niños con un cuidado constante, y esta vigilancia pertenece á la madre; jamás se les debe dejar ir á paseo con las niñeras ó criados, sin que vaya también con ellos una persona de la familia que libre á las pobres criaturas del maltrato y descuido de los sirvientes, pues es una verdad dolorosamente probada que, en ocasiones, hasta son golpeados los niños por sus niñeras.

En casos de accidentes es absolutamente preciso atender á los niños de modo que se eviten las consecuencias del mal, para lo que siempre debe haber en casa tintura de árnica, harina de mostaza y aguardiente alcanforado.

En caso de golpe ó caída en la cabeza, si el lugar herido no sangra—lo que es frecuentemente mucho más peligroso que una herida—se hace beber inmediatamente al niño un vaso de agua azucarada con unas gotas de tintura de árnica, que podrán ser en número de seis á diez, más ó menos, según la edad y robustez del niño.

Se pone en seguida una cucharada grande de tintura de árnica en un vaso de agua fresca, y en ella se empapa una compresa de lienzo usado y de hilo, y se aplica sobre la parte herida. Si la digestión de la última comida del niño está bastante adelantada, se le dan unos baños de piés con un poco de mostaza, y si no, se le acuesta, arrojándole moderadamente, sobre todo los piés, que se procurará tenga con un calor dulce, poniéndole.

si es invierno, una botella de agua caliente junto á ellos.

Si la caída ha sido de espaldas ó de lado sobre alguna de las dos caderas, es de toda necesidad desnudar al niño y darle fricciones con aguardiente alcanforado, acostándole al instante y teniéndole con tanta quietud como sea posible durante veinticuatro horas.

Si no tiene dolores, se le puede dejar libre al cabo de este tiempo; pero si se queja ó llora, es indispensable que permanezca acostado en tanto que se envía á buscar á un médico especialista en esa clase de dolencias, y renovar las fricciones hasta que llegue el facultativo; el niño deberá estar, no sólo acostado, sino extendido en el lecho, sin permitirle que se siente ni aun para tomar alimento, el que deberá ser muy ligero, ó mejor dicho, deberá guardar dieta absoluta, pues nada hay más peligroso que ocupar el estómago de una criatura cuando tiene atacado ó en peligro el cerebro.

Estas reglas están tomadas de un excelente *Tratado de Medicina* del doctor Corvisart, el médico por excelencia de los niños.

Este hombre eminente encarga también que en los niños se cuide por lo menos tanto de la parte moral como de la física; que se les enseñe á ser razonables en sus afecciones, moderados en sus sentimientos, y valerosos cuando se ven contrariados. «La resignación, añade, es el mejor sostén de

la salud en todas las ocasiones de la vida, y debe enseñarse á los niños desde muy temprano: generalmente los centenarios son personas virtuosas ó profundamente egoístas, y en todo caso, poco dominadas por las pasiones, las que matan más pronto y más seguramente que las enfermedades: es, pues, preciso que hagáis á vuestros hijos dueños de su imaginación, si queréis que tengan larga vida.»

Una existencia arreglada, según la misma respetable autoridad, es muy necesaria á los niños; el método y la sobriedad en las comidas les dan firmeza al estómago; las madres deben estudiar la constitución de sus hijos y observar qué alimentos les son provechosos ó nocivos, conformando su régimen á este procedimiento.

Desde que una criatura puede comer, debe acostumbrársela á una cantidad de alimento razonable y que no sea ni demasiado corta ni excesiva: las niñas no pueden usar trajes demasiado escotados, ni llevar descubierto el antebrazo, porque la impresión del frío en este sitio, en el pecho y en el estómago de las criaturas muy tiernas puede ser mortal en el invierno, y lo mismo en la primavera y durante el otoño, épocas en que ya el aire es sutil y frío.

No se debe oprimir á las niñas con el corsé ó los vestidos; esto perjudica á todas las funciones importantes, como la digestión, la respiración, etc., y les quita además toda su gracia nativa; pero

tampoco debe dejárseles desabrigado el estómago, cosa que les sería en extremo perjudicial; para los niños de ambos sexos, de uno á cuatro años, hay formas de corsés muy cómodas, muy holgadas y muy higiénicas, que dejan al cuerpo de los niños la más completa soltura y la más adorable esbeltez.

Dejad á los niños un poco de reposo después de cada comida: el ejercicio es una cosa excelente, pero haciéndolo con prudencia: nunca debe llegar hasta la fatiga, ni puede hacerse durante el tiempo de la digestión: es un error creer que el andar después de comer es bueno á la salud: el instinto enseña á los animales á acostarse después de cada comida, y no sería malo que tomásemos la lección que nos dan.

Acostumbrando á los niños á acostarse temprano, madrugan, lo que es muy sano para ellos: el fresco de la mañana les reanima y comunica vigor á sus tiernos organismos: son como flores, que necesitan aire puro, brisas y aromas: un baño frío en verano, y templado desde el otoño, les conserva en perfecto estado de frescura y de salud, y de esto nos ofrecen un ejemplo incontestable los niños ingleses, tan robustos, sonrosados y hermosos, y que se bañan todas las mañanas al salir del lecho.

La suavidad de carácter influye más de lo que se cree en la salud de los niños, porque las criaturas sujetas á cóleras y á raptos de ira se hacen biliosas desde muy temprano, y tienen los nervios

destemplados é irritables: para snavizar el carácter de un niño, debe tratársele constantemente de un modo afectuoso, pero sin demostrar con él debilidad de carácter: que sepa amar el bien y huir del mal; que sepa que lo malo le está prohibido siempre y sin apelación, y que el ser bueno le hará amable y amado de todos.

Terminaré este ya largo capítulo con algunas prescripciones de reconocida utilidad para los diferentes casos de caídas, relajaciones, etc., que pueden experimentar los niños.

*Contusiones.*—Cuando son ligeras, se curan sin hacer nada. Si son algo notables y no hay desolladuras, ceden aplicando una compresa empapada en agua sedativa del doctor Raspail. Sostén-gase aquélla con un pañuelo ó con una venda. Á falta de agua sedativa, úsese el agua blanca, aplicada igualmente en compresas, pero añadiendo antes unas gotas de bálsamo del Comendador. Ni en uno ni en otro caso hay que temer consecuencias.

*Torcedura ó esguince.*—Si el niño se tuerce un pié por encima de la articulación, puede descomponerse ésta; en tal caso le es imposible andar. Acúdase sin pérdida de tiempo al cirujano. Pero si la torcedura no tuvo más resultado que relajar de una manera muy pronunciada algunos músculos; si no se manifiesta el dolor inmediatamente después del mal paso dado, entonces cederán los efectos del mal al cabo de cuarenta y ocho horas,

haciendo lo siguiente: se ponen en un perol dos botellas de heces de vino tinto, un puñado de flor de malva, y la cantidad de salvado precisa para dar á la mezcla la consistencia de puches. Cuando haya hervido por espacio de diez minutos, se la saca del fuego, añadiendo una vela de sebo, que se dejará derretir. Tómese de esta mezcla la cantidad bastante para hacer una cataplasma, que se aplica inmediatamente sobre la parte dolorida. Renuévese aquélla por mañana y tarde, y guarde cama el enfermo por espacio de dos ó tres días.

*Relajación.*—Consiste en la distensión de los músculos del pié ó mano, acompañada de hinchazón dolorosa sin luxación. Estas son raras en los niños. El reposo absoluto si la relajación fué del pié, ó un simple suspensorio si fué del brazo, y algunas compresas de agua fría, vuelven la parte á su estado normal. Cuando en los niños de temperamento nervioso se pronuncia y sostiene mucho el dolor, suele presentarse la fiebre. En tal caso, déseles antes de la hora de dormir una taza de infusión de hojas de lechuga.

*Heridas superficiales.*—Después de bien limpias, póngase sobre ellas una planchita de hilas empapadas en aceite común, y cúbranse bien. Al cabo de veinticuatro horas ya estará cicatrizada la herida. Cuando ésta fuere pequeña, y el sitio lo permitiese, póngase un pedacito de tafetán inglés, ligeramente humedecido por la cara donde tiene el barniz.

*Cortaduras.*—Si la sangre no se ataja tan pronto como se desea, échese sobre aquéllas un poco de trapo quemado, que se preparará encendiendo al aire libre unos trapos viejos, sobre los cuales se pasa una plancha cuando están en plena llama. Debe aplicarse del todo frío sobre la cortadura ó cortaduras. Detenida la sangre, se pone encima un poco de tafetán inglés, é bién un trapito de hilo doblado, sobre el cual se echa una pequeña cantidad de agua con unas cuantas gotas de tintura de árnica.

## II

### LA SALUD DE LA INFANCIA

Ya que de la infancia me estoy ocupando, por ser la suya la principal y más importante de las higienes, puesto que con una infancia endeble y enfermiza no es lógico esperar larga y tranquila vida, trataré este delicado asunto hablando de otro género de miramientos relativos también á la niñez.

Casi todas las madres caen, por exceso de cariño, en un gran error, que es preciso hacerles comprender, porque perjudica mucho á sus hijos: casi todas anhelan desenvolver demasiado pronto la inteligencia de esos pequeños seres, enseñándoles á pensar cuando deben aprender á sentir.

Así es que apenas saben balbucear algunas palabras, cuando ya se desea que conozcan las letras

del alfabeto, á fin de que sepan leer pronto, lo que lisonjea mucho la vanidad maternal, la más santa de las vanidades, pero fatiga enormemente á los niños, cuyo débil cerebro no es capaz de fijarse aún en nada, sino á costa de un grande esfuerzo, que puede traer consecuencias fatales para el porvenir.

Voy á citaros en apoyo de lo que digo, mis queridas señoras, un fragmento que tomo de la obra de un sabio célebre sobre la *educación prematura*. Dice así:

«Siempre sublime en sus operaciones, la naturaleza parece haberse prescrito á sí misma leyes inmutables, que no se puede impunemente forzarla á atropellar. Segura siempre del fin que se propone, marcha hacia él tanto más cierta cuanto más lentamente se aproxima: quererla precipitar es retardarla, es contrariarla en sus planes y en sus medios de ejecución. El tiempo es el primero de esos medios, y es preciso dejarle la disposición entera.

» Trasportados desde la templada Andalucía á las regiones abrasadas de los trópicos, los árboles frutales de que con tanta razón se enorgullece España, no preparados para el cambio, á pesar de la riqueza de su savia, privados del reposo ordinario que la naturaleza les concede, se abandonarían á una vegetación demasiado súbita y demasiado rápida, para que no les fuese funesta.

» Anchas ramas brotarían impetuosamente de

los troncos; los pimpollos se hincharían en seguida; las hojas se desplegarían rápidamente, y el fruto se sucedería como por milagro.

» Precocidad funesta y que sería seguida de desastres, porque absorbida por esta vegetación extraordinaria, la savia se agotaría en las venas de los árboles; no estando preparados los órganos á la elaboración, languidecerían; sus hojas blandas y delicadas quedarían marchitas en breve; las flores brotarían pequeñas, sin colorido y sin aroma, y los frutos apenas formados se secarían y caerían al suelo.

» Sería preciso que lo más pronto posible un hábil jardinero destruyese todas esas producciones prematuras, pues si no, el árbol mismo no tardaría en perecer.

» ¡Padres imprudentes, á los que un amor demasiado ciego extravía, que este ejemplo os evite faltas y arrepentimiento!

» Lo mismo que la bondad, la belleza, en una palabra, la perfección de los frutos del árbol dependen esencialmente del vigor del tronco y de las ramas, así, en el niño, el desenvolvimiento de las facultades intelectuales debe estar siempre subordinado á la edad y á la fuerza física de aquél. Sin esto, podéis comprometer su vida.

» Jardineros del cuerpo como del alma, guardáos de apresurar demasiado una vegetación que puede ser por demás ardiente; porque si obtenéis frutos precoces, esos frutos no tendrán ni aroma

ni sabor, y agostarán quizá el árbol que los haya producido.»

El sabio escritor de cuya obra he copiado los anteriores párrafos, hace ver bien claramente los peligros que ofrece el violentar la tierna comprensión de los niños, y cómo las madres deben dejar á cada edad sus trabajos como sus placeres.

Que en los primeros años piensen sólo en su muñeca ó en sus juguetes: más tarde, cuando aprendan á leer, lo harán sin cansancio y sin fastidiarse.

Cuando sepa leer el niño, no deben dársele tampoco libros que estén fuera del alcance de su tierna inteligencia, á fin de que ésta no se canse en comprender lo que aun no le será necesario.

Mis queridas señoras, dejad á vuestros hijos que sean niños el mayor tiempo posible, y sus cualidades intelectuales se desenvolverán después mejor.

Cuando empiecen á instruirlos, que sea con orden y sin enseñarles muchas cosas á un tiempo; este método les debilita el cerebro y les hace perder totalmente la memoria.

Si es niña, no permitáis que siembren mucha ciencia en su cabeza; esta semilla nace mal y no da buenos frutos.

Hoy se desea que las jóvenes sepan mucho, y después se las acusa de que son demasiado positivas, de que carecen de ingenuidad y de inocencia: esto es un contrasentido, y la culpa no es de

las pobres niñas, sino de las madres que ocupan á sus hijas en estudiar todo el día, y que no reservan ni una hora para desenvolver los sentimientos del corazón.

Todo se desarrolla á su tiempo, y todo debe cultivarse en los niños: el corazón, el alma, la inteligencia, como el cuerpo.

Es, pues, á las madres á las que se debe acusar si sus hijas, en vez de ser amables y buenas, son positivas y egoístas.

Por lo que hace á los niños, existe también la sinrazón de querer que estudien demasiado; y aunque es preciso estimular á los perezosos, hay otros niños de tal modo apasionados por el trabajo, que necesitan se les contenga, porque los estudios serios empiezan cuando el cerebro empieza también á desenvolverse, y á esta edad deben evitarse todos los excesos.

He visto un triste ejemplo en una familia á la que trato hace ya algunos años.

El mayor de sus hijos, joven muy estudioso, iba á pasar los últimos exámenes para ingresar en la Escuela Politécnica de París; estudiaba día y noche, y sus padres, que anhelaban para él los primeros premios, le animaban todo lo posible en vez de contenerle.

El continuo trabajo, la falta de reposo por las noches, inflamaron la sangre del pobre estudiante, que contaba sólo diez y seis años de edad. Pocos días antes de los exámenes cayó enfermo; decla-

róse una fiebre tifoidea, y aunque á costa de muchos sacrificios se le pudo salvar la vida, su inteligencia se apagó para siempre, y las tinieblas del idiotismo sucedieron al brillante resplandor que había iluminado su mente.

¡Qué espantoso ejemplo, y cuánto debe hacer reflexionar á los padres que se esfuerzan en dar á sus hijos una instrucción ó muy prematura ó demasiado extensa!

Las muñecas son un elemento que ayuda á la educación moral de las niñas, y más tarde á la material; la madre puede dar nociones á su hija de lo bueno, de lo justo, de lo bello, hablándola de su muñeca, enseñándola á que la corrija, á que la levante temprano, á que la haga reflexiones: el primer amor de una niña es su muñeca, y en ella repite todas las lecciones de su madre.

Enseñándola á que vista y adorne bien á la muñeca, se le hacen adquirir gustos de decencia y elegancia, afición á todo lo que es bonito; y esto es muy esencial, porque la mujer que posee un alma donde reside el sentimiento de lo bello, no comete acciones culpables, siendo, como es, el mal lo más horrible, y la virtud lo más hermoso, lo más dulce, lo más poético que hay en la tierra.

### III

#### CARTAS DE UNA DAMA FRANCESA

##### Carta primera.

*París 1.º de Noviembre.*

En una de mis cartas anteriores os he hablado, amigas mías, de esa terrible enfermedad llamada el *crup*, que ataca la garganta de muchos pobres niños, y con frecuencia los ahoga en breves instantes; y hoy voy á hacerlo de otra cuyas formas no son menos alarmantes, y cuyas consecuencias son tanto ó más desastrosas; esto es, de la tos ferina.

Desgraciadamente, al hablar de esta singular enfermedad, lo hago por experiencia, pues más de una vez, y en tanto que escribo esta carta, seré interrumpida por las sofocaciones violentas, los espasmos y los gritos agudos de dos de mis hijos, á quienes no he podido, á pesar de mis esfuerzos, sustraer á sus fatales influencias.

No llevaréis á mal que me detenga en examinar esta enfermedad que ataca á nuestros niños, pues mi principal cuidado es la educación de ellos, y la educación comienza cuando están en la primera edad: para que podamos verlos después

hombres, es necesario cortar todas las ramas parásitas que agotan su existencia; hay que combatir los enemigos que les atormentan; hay, en fin, que dar caza á los males que quieren alterar la sangre que les hemos dado, ó infiltrarse en el corazón de ellos, y que es nuestro mismo corazón.

La tos ferina en un principio tiene todos los síntomas de la bronquitis, y por eso es más difícil distinguirla, aunque bien pronto una tos convulsiva, angustiosa y seca, más ó menos comparable al canto de un gallo, caracteriza en seguida la primera de dichas enfermedades, y la ausencia de la fiebre y el bienestar relativo de los niños en el intervalo de los ataques no permite confundir esta afección con el simple catarro de los bronquios.

El número é intensidad de los accesos varía considerablemente en proporción á la constitución de los niños y á la malignidad de la epidemia; esto no obstante, por regla general son más frecuentes de noche que de día, á causa, según dicen, del exceso de ácido carbónico acumulado, pero disminuyen en la cama; el habla, la risa, el llanto, la deglución, una emoción viva, el ir contra el viento, ó un cambio brusco de actitud, bastan á provocar el ataque.

A veces los niños presienten cuándo van á toser, y bien pronto se ven presa del espasmo y de la tos convulsiva: las sacudidas espiratorias se suceden con frecuencia y apenas son interrumpidas por cortas aspiraciones, hasta el punto que la pe-

queña cantidad de aire no puede penetrar á través de la glotis.

Otras es tan fuerte el paroxismo, y la tos tan rápida, que el pobre niño se pone amoratado, con los ojos llenos de lágrimas, como si estuviera asfixiado, y vanamente se esfuerza por apoyar su cabeza en cualquiera parte. La violencia de las sacudidas viene acompañada de evacuaciones, vómitos involuntarios, de ruptura de algunas venas pequeñas de la nariz y de las orejas, y en algunos casos, como yo misma he visto, hacen salir de sus párpados verdaderas lágrimas de sangre. Sin embargo, una respiración silbante y prolongada, un último esfuerzo, mezcla de vómito y de tos, arranca de la garganta del niño porciones de mucosa, lo cual es el fin del acceso.

La duración de los accesos es también variable, pues ordinariamente no ceden antes de seis semanas ó de dos meses, en el caso feliz de que concluya como ha comenzado, por la bronquitis ó el catarro.

Los accesos aumentan en frecuencia hasta que a enfermedad ha llegado á su apogeo, en cuyo momento revisten toda su violencia; varían en número de doce á ciento por día; duran de algunos segundos á un cuarto de hora, y pueden producir efectos tan terribles como son la congestión y la apoplejía cerebrales, y hasta la muerte misma, debida á una suspensión brusca de los movimientos del corazón, y con bastante frecuencia hemo-

rragias, hernias ó la caída del recto en los niños débiles, y ulceraciones en la lengua por el frotamiento rápido de este órgano contra los dientes.

La tos ferina puede llegar á un buen fin, ó dejar huellas funestas, como fluxiones al pecho, ú otros padecimientos que sirven de punto de partida ó de causa á una anemia incurable ó á una consunción mortal.

Pero ¿es posible prevenir esta enfermedad? Ciertamente que sí, teniendo la facilidad de saber si reina en la localidad en que se vive, porque en este caso basta con llevar los niños á otro país donde puedan respirar un aire más puro, eligiendo los valles si uno habita las alturas, y las alturas si uno habita en los valles, y siempre á diez ó doce leguas cuando menos del punto infestado.

Para tener la seguridad de que una población está invadida, basta con saber que hay cinco ó seis casos, que son suficientes para contagiar todas las familias.

¿Y puede triunfarse del mal cuando ya está declarado? O se puede abandonar la localidad, ó no; en el primer caso, el cambio de aire no podrá hacer desaparecer la tos ferina, que seguirá su curso; pero éste será más regular, y los accesos menos largos, más raros y menos frecuentes; y en el segundo será preciso separarle de toda la familia y de los demás niños no atacados, y hacerle salir de casa todos los días.

En uno y otro caso derramad en su cuarto esen-

cia de tomillo, y sobre un platillo colocad brea líquida rociada con amoniaco, bencina y ácido fénico, porque estos vapores constituyen una atmósfera bastante sana y pura. Comprenderéis la necesidad de esta precaución tan pronto como sepais la causa de este padecimiento.

Yo no sabía definir bien esta enfermedad, y he querido estudiarla esta semana, habiéndome convencido de que proviene de un hongo ó parásito vegetal extendido en placas como de encajes ó enfilamentos ramificados sobre las vías respiratorias. Este parásito enrojece la laringe, la inflama, y la inflamación produce las incomodidades que determinan la tos. Los médicos se sirven de grandes términos para describirlas; pero nosotras no somos tan sabias.

Si la tos ferina es debida á la presencia de un parásito sobre las paredes de la laringe, preciso es combatirla como se combate á todos los parásitos; es decir, oponiéndole elementos que le detengan y le impidan desarrollarse; hay que tratarle como se trata á una planta que se quiere matar, esto es, asfixiándolo con un exceso de gas. No hay otro remedio, y todos los medicamentos que empleéis serán inútiles. Esto es lo que yo hago, y me está dando resultados admirables. A la alimentación tónica y de fácil digestión que conviene siempre dar á los niños, hay que añadir, después de cada comida, una ó dos cucharadas de café negro azucarado. Cuando tengan sed, se les da

á beber agua de naranja, de flor de malva ó de culantrillo, y se vigilará en los intervalos de los ataques el estado del enfermo, que será presa de la fiebre ó de una fuerte opresión, en caso de haber alguna complicación grave con el pecho.

Hé aquí dos pociones que me han sido descritas hace muy pocos días por el médico de niños más célebre de París, y que se darán por cucharadas de hora en hora:

1. <sup>a</sup> Agua de tomillo.....	12	gramos.
Alcoholaturo de acónito.....	1	"
Bromuro de potasio.....	3	"
Jarabe de belladona.....	30	"
2. <sup>a</sup> Poción emulcente.....	120	"
Cloroformo.....	1	"
Alcoholaturo de eucalyptus ..	10	"
Jarabe de laurel ó guindas. . .	30	"

Se ha decantado otro gran número de medicamentos, como el azufre, el carbonato de hierro, el óxido de zinc, el sulfato de quinina, etc.; pero en realidad ninguno de ellos tiene virtud específica contra la tos ferina, ni son más que útiles y convenientes auxiliares en ciertos casos.

También está indicado el vomitivo cuando las mucosas obstruyen los bronquios y producen un tormento notable al respirar. A este propósito he de advertiros que yo no he necesitado en caso alguno dar á mis hijos un vomitivo, porque, á mi juicio, si el gran peligro en la tos ferina, como en los grandes catarros, está en dejar ahogar á los niños por las mucosas, cuando el niño es crecido

ya, él solo puede expectorar; mas cuando es muy pequeño, es absolutamente indispensable provocar una evacuación por arriba ó por abajo.

Estos son los consejos que puedo daros, y me alegraría mucho, mis buenas amigas, de que no necesitarais hacer uso de ellos.

CONDESA ANA DE LORENA.

#### IV

#### Carta segunda.

*París 23 de Enero de 1878.*

Mis buenas amigas: El aire es para nosotros el secreto de la vida; cuando la naturaleza nos envía al corazón el primer soplo de aire, comienza la vida, de la misma manera que el último suspiro es el fin de la vida material. El principio del aire nos descubre las regiones del tiempo, y el fin del aire las de la eternidad. El pez tiene el agua, y el hombre el aire; el uno adquiere la vida en las entrañas de la tierra, que informa tantas maravillas, y el otro parece recibir su vida de las entrañas del Dios mismo, de ese gran mundo que comprende todos los mundos. El pez tiene su Océano, como el hombre el suyo, y para los dos el Océano es la vida. Así, pues, es de la mayor importancia colocar á nuestros niños recién nacidos en este gran Océano, por ser el primer bautismo del cuerpo,

y el medio más á propósito para darles una constitución vigorosa y una salud robusta. No es siempre igualmente fácil hacer tomar el aire á los niños; con frecuencia las personas que les sacan á tomarlo no emplean bastantes precauciones, y por esto es necesario hacerlo con gran regularidad.

No se trata de hacer tomar el aire á un niño durante una hora, bien pasándole por las calles, en los salones ó en los cuartos, y sí de dejarles expuestos al aire la mayor parte del día. Hé aquí, á mi juicio, una regla para cada una de las estaciones.

Yo he visto, sobre todo en las grandes ciudades, á los niños criados en los pueblos y en la campiña, tener singular afición á los jardines y á los sitios bien ventilados, donde han pasado muchas horas respirando el aire libre.

Durante el verano, si se tiene la libertad de ir al campo, conviene que los niños tomen el aire el mayor tiempo posible; mas si hay que permanecer en las grandes ciudades, es preciso entrar en algunos detalles. Aunque los negocios de la casa ocupen casi toda la mañana, será muy bueno establecer como regla general que los niños tomen el aire una ó dos horas cada día, si éstos están buenos, y por la mañana, porque este paseo les hace mucho provecho, les agrada mucho, les abre el apetito y les alegra; y para los que tienen costumbre de dormir durante el día, es muy útil hacerles tener algún ejercicio. Al mediodía, ó sea

desde la una á las cinco, los niños deben estar al aire, á ménos que el mal tiempo les impida estar en la calle. Después de comer, ó de seis á siete de la tarde hasta la hora de acostarles, darán otro paseo como preparación para dormir.

En primavera y en otoño no es posible el paseo de la mañana ni el de la noche; pero, sin embargo, no se debe prescindir de tenerlos de paseo de dos á tres horas diarias, y más si el tiempo estuviera bueno.

En fin, durante el invierno, cuando los días están nublados y muy fríos, y el sol se ve solamente algunas horas en el horizonte, conviene también sacarlos un poco de casa, á fin de que hagan algo de ejercicio, y aun puede decirse que hay medio de tenerlos de paseo cuatro horas, desde las doce á las cuatro.

---

Hé aquí algunas reglas que conviene tener en cuenta para estas salidas, y sobre todo cuando los niños son demasiado pequeños.

Créese que no conviene sacar al aire á los niños cuando tienen poco tiempo, lo cual es una preocupación exagerada, pues desde bien tiernos encuentran un gran placer en respirar el aire libre.

En lugar de dejarlos dormir en una habitación bien cerrada, donde no penetre el aire de la ventana, conviene que cuando tenga ocho ó quince

días vayan de paseo en un momento bueno del día, y después de que se hayan acostumbrado á esta impresión del aire, deberán estar fuera de casa durante bastantes horas, llevados por la nodriza. Sin embargo, es preciso preservarlos de la acción directa de los rayos del sol, si bien no hay que privarlos enteramente de ella.

El aire un poco frío no impide sacar de casa á los niños, con tal de que vayan bien arropados y siempre que no se les tenga mucho á la intemperie.

Desde que se haya empezado á pasearles, conviene no dejarles siquiera un día sin tomar el aire, y es muy difícil que en todos ellos, aun en los peores, no haya un momento que se pueda aprovechar.

Una vez establecida esta costumbre, el niño mismo sentirá esta necesidad y se encontrará mal el día en que no se le saque. Los niños mayores y sin costumbre de salir no tienen gran necesidad de estos paseos; pero esto no es natural, y sí sólo el resultado de su educación, que puede llegar á inspirarles una verdadera repugnancia.

Cuando los niños empiezan á andar y á correr solos, conviene dejarlos jugar al aire todo el tiempo compatible con la estación y las exigencias del servicio doméstico, del descanso y del sueño.

El frío, el calor, la humedad, el viento, el sol y las demás circunstancias atmosféricas, cuando no son excesivas, no deben impedir el paseo cuo-

tidiano de los niños, después de que estén habituados á ellas, si bien procurando darles las condiciones necesarias y convenientes de abrigo, pues un día de reclusión en casa los perjudica notablemente, y por otra parte, no conviene interrumpir, al menos sin una absoluta necesidad, esta costumbre que tanto provecho les hace.

Como yo supongo que el sitio á donde se lleva á paseo á los niños ha de tener medios de preservarlos del sol y de la lluvia en caso de mal tiempo, no veo razón alguna para interrumpir estos paseos; no niego que pueda suceder algún día, pero muy raras veces. Los pequeños cochecillos en los cuales se saca hoy á los niños, son muy cómodos indudablemente, pero se abusa de ellos, y no se les debe meter hasta que tengan algunos meses. El niño conducido en los brazos de su madre ó de su niñera está ménos expuesto al frío, y cuando está en uno de estos cochecitos se resfría, los músculos no se ejercitan, ni su inteligencia se desenvuelve.

Jamás deben emplearse estos cochecitos mientras el niño tenga poca edad y haga frío.

Tales son, mis queridas amigas, los consejos que he querido daros sobre la manera de utilizar este gran agente de la vida que se llama el aire. Se ha dicho que el sol es el colaborador del hombre cuando fija la imagen sobre la placa que el artista pone á la acción del mismo; y el aire, más que el sol, es el colaborador de las madres, porque des-

envuelve en sus hijos los gérmenes de existencia y pinta esa bella imagen que admiramos después de haber dado á su sangre el calor de la vida... No me extraña que la antigüedad haya hecho del aire un dios, y que filósofos como Aristóteles, Platón y hasta algunos de la Edad Media, hayan encerrado todos los elementos del mundo en una trinidad que se llama el aire, el fuego y el agua.

CONDESA ANA DE LORENA.

**Carta tercera.**

*Paris, 8 de Febrero de 1878.*

Mis buenas amigas: Yo creo deber consagrar algunas de mis cartas á los niños y á las enfermedades, muchas de ellas graves, que les atacan; así que, aun teniendo otros asuntos de que poder ocuparme, voy á reanudar la serie de mis consejos, ó sea de los cuidados que debemos prestar á estas pequeñas criaturas, que son como una fotografía reducida de nosotras mismas.

*Vestidos de los niños recién nacidos.*—Dos faltas se cometen ordinariamente en la manera de vestir á los niños y consisten en apretarlos demasiado en las mantillas ó en cubrirlos mucho. Cuando un niño tiene libertad, adquiere fuerza y se desarrolla mejor; pero si se les cubre mucho, se promueve un sudor que les debilita; y si se les aprieta fuertemente el pecho, se impide el desenvolvimiento

de esta cavidad, lo mismo que la compresión del vientre favorece la formación de hernias umbilicales.

A los cuatro ó cinco meses, poco antes ó poco después, según la estación y la fuerza del niño, se le pone un pequeño vestido encima de las mantillas, y más adelante se le quitan los pañales, que serán sustituidos por un vestido algo más largo, si bien teniendo siempre en cuenta la largura del cuerpo. En este caso se le ponen medias y chapines de tricot de lana, y al comenzar á andar se reemplazan aquéllos por unos zapatitos bien ajustados á los piés. Es decir, desde que empiecen á andar, los vestidos serán cortos, para no exponerles á caídas frecuentes. Cuando sean mayorcitos no se les pondrá más que una camisa, y encima el vestido.

Deben tener la cabeza poco cubierta, como el medio mejor de preservarlos de enfermedades que afectan á la piel capilosa y de afecciones cerebrales propias de la edad. Un gorrito de tela ó de franela es bastante para este objeto, y cuando empiezan á tener pelo, conviene acostumbrarlos á estar descubiertos, si la estación lo permite.

Es necesario tomar ciertas precauciones para cambiarlos de traje en diferentes estaciones ó cuando se les muda, procurando no quitarles uno de mucho abrigo para ponerles otro más ligero si el tiempo está frío; y sobre todo, es muy conveniente tenerlos poco cubiertos en casa, dejarlos

con la cabeza desnuda dentro de las habitaciones, y reservar las gorras ó los sombreros sólo para la calle.

Hay higienistas que recomiendan el uso de la franela, al paso que otros le condenan; á mi juicio, hay que seguir un tratamiento medio y emplearla con arreglo á las condiciones del niño. Los raquíuticos y muy susceptibles al frío no podrian pasar sin ella; pero hay otros á quienes serviría de mucho perjuicio. Varios son los inconvenientes que se siguen de emplearla sin discreción; de una parte, se hace á los niños demasiado susceptibles, preservándolos con tanto esmero de los cambios atmosféricos; de otra, el vestido de franela, si es favorable en algunas circunstancias, mantiene la piel siempre húmeda, y si el niño es débil, al menor movimiento se ve cubierto de sudor, y el ejercicio y los juegos le fatigan, haciéndolo indolente. Es decir, que para librarlos de pequeñas incomodidades, que no sólo se consigue por este medio, se toman con ellos precauciones que les hacen sufrir, ya porque les enervan á causa de la traspiración incesante, ya por las emanaciones que se concentran en torno de ellos é impregnan las camisas de lana, sobre todo si no se las renueva con demasiada frecuencia.

La limpieza es garantía de salud para los niños. Todos los días debe hacerse *toilette* á los recién nacidos. Al despertar, y después de darles de mamar, la madre se pondrá delante del fuego, si

es invierno, y con una esponja y agua tibia se les lava de piés á cabeza, procurando secarlos en seguida con un paño fino usado y algo caliente y poniéndoles polvos de arroz en aquellos sitios en que la piel es muy fina. Más tarde, esta lavadura diaria se hará con agua á la temperatura de la habitación. Como el agua tiene siempre algo de cal, y la de jabón es irritante, será bueno, después de limpiarle bien, lavarle con agua y unas gotas de vinagre de *Juan Vincent Bully*, que se encuentra en todas partes; no es caro y tiene un perfume natural muy agradable, que comunica á la piel del niño. Una limpieza bien hecha sienta bien siempre. ¡Qué de mujeres ignoran este precepto!

No se les debe limpiar la cabeza con la misma frecuencia que el resto del cuerpo. Cuando se haya formado caspa, se le da con un poco de aceite y se pasa suavemente el cepillo, siempre en la misma dirección de arriba abajo; de tiempo en tiempo se lava con agua y jabón y se le echan polvos de arroz.

Sucede algunas veces que la piel detrás de las orejas se pone como sudosa, y en este caso basta lavarla con agua fría, y después de bien seca poner de día y de noche polvos de madera vieja para que desaparezca completamente, pues si la aplican como suele hacerse equivocadamente, hilas ó un lienzo con manteca, ó bien una hoja de col, se eternizará el mal y se formará en aquel sitio un verdadero vejigatorio.

Las tres cuartas partes de los niños en Francia jamás toman un baño, cuando es una felicidad habituarles á ellos, porque en caso de una enfermedad puede utilizarse esta costumbre. Claro está que es preciso no abusar de ellos.

Diariamente deben darse en casa á los niños baños fortificantes, y para ello se hace una coccion de sal, jabon y plantas aromáticas. No deben permanecer en el baño más que pocos momentos, y después, si el tiempo lo permite, que hagan un poco de ejercicio al aire libre: no debe metérseles en la cama con el fin de provocar el sudor, á menos que el baño no tenga por objeto calmarle, pues empleado como un medio higiénico, debe servir para fortificar mejor que para debilitar.

En todo caso es necesario tener en cuenta dos condiciones para hacer que los baños sean saludables á los niños.

Estos baños deben ser cortos, de pocos minutos, y como si fuera sólo una lavadura general mejor que un verdadero baño. El agua será templada, más bien fresca que caliente, es decir, á la temperatura de 25 á 30 grados centígrados. Cuando los niños no tomen más que uno por semana, podrá dejárseles algo más tiempo, como de un cuarto de hora á veinte minutos, procurando siempre que el agua conserve la temperatura indicada.

Cuando el niño sienta alguna fatiga, conviene darle un baño antes de comer: esta precaución es extremadamente útil para muchos niños; pero sin

olvidar el estado de la atmósfera, pues no es oportuno exponerlos á la acción del aire frío. Igualmente son excelentes los baños cuando los niños sienten alguna agitación, como medio de procurarles un buen sueño.

Hé aquí, mis buenas amigas, algunos consejos sobre los cuidados que debemos prestar á los niños.

CONDESA ANA DE LORENA (1).

## VI

### EDAD ADULTA.—CUIDADOS GENERALES

«Toda persona prudente que ha pasado de los treinta años, debe ser su propio médico», dice Corvisart, ese gran práctico en esta materia; y yo me permitiré añadir que toda mujer de buen sentido debe ser, no sólo su médico, sino también el de su familia.

Las mujeres que deben á la naturaleza sobresalientes cualidades de enfermeras, harían excelentes médicos, si desde su juventud se les hubieran dado estudios serios con este objeto.

Entre los romanos, las mujeres se contaban en el número de los doctores, y podían cuidar libre-

(1) Esta carta y las dos que anteceden están tomadas del periódico *La Época*, pareciéndome que son de gran utilidad para todas las madres.

mente á los niños y á las mujeres que se les confiaban.

Entre los griegos, por el contrario, una ley prohibía formalmente el dejar estudiar á los esclavos y á las mujeres la Medicina, la Cirugia y la Farmacia, tres cosas que entónces hacían una sola.

Pero una mujer ateniense despreció esta prohibición. Agnodice, que éste era su nombre, huyó de casa de sus padres aun en edad muy tierna, se vistió de hombre, y animada de una vocación irresistible, estudió la Medicina bajo la dirección de Hirófilo, el médico más grande de aquel tiempo.

Cuando estuvo suficientemente instruida, confesó su sexo á algunas grandes señoras de Aténas, mujeres á la moda de aquella época, y les pidió, á la vez que su protección, que le guardasen el secreto.

Prometiéronle ambas cosas, y le cumplieron su palabra con la más rara fidelidad; Agnodice fué llamada muy pronto por todas las mujeres de Aténas.

Esta boga del que ellos creían un nuevo confrade, puso furiosos á los otros médicos, que se veían abandonados por él, y para vengarse le acusaron ante el Areópago de seducir á todas las mujeres que le confiaban el cuidado de su salud.

Agnodice se justificó fácilmente, declarando que era ella misma una mujer; pero entónces los médicos le intentaron un nuevo proceso, haciéndole un crimen de haber contravenido á la ley

que prohibía á su sexo el estudio y el ejercicio de su profesión; ya iban á condenarla por este grave delito, cuando las damas más ricas y más consideradas de Aténas acudieron en tropel para defenderla; y tanto hicieron, que consiguieron la libertad de Agnodice, y además un decreto del Areópago, autorizando á las mujeres á estudiar la Medicina y á ejercerla, como la ejercían ya entónces en Egipto.

Como queda demostrado, en nuestro sexo hay aptitud para la Medicina; y si á ella se agrega el amor á nuestra familia, que nos da intuiciones claras de lo que á ésta conviene, no debemos dudar de que podemos aliviar en gran parte los sufrimientos de los que amamos, ateniéndonos á algunas reglas que he ido recogiendo de las opiniones más autorizadas, y que voy á consignar aquí, para conservar ó restablecer la salud.

Para que ésta sea buena, es necesario ante todo cuidar la parte moral: así hay que hacer intervenir á la razón en los afectos, á la moderación en los sentimientos, y al valor en la desgracia; es decir, que debemos hacer nuestra fuerza de la resignación.

«Generalmente las personas centenarias han sido toda su vida prudentes y virtuosas, ó grandes egoistas, como dice Corvisart; en uno ó en otro caso, las pasiones han tenido en estas personas muy escaso dominio, y las pasiones matan más seguramente que las enfermedades.»

Sed siempre, pues, mis queridas señoras, dueñas absolutas de vuestro corazón y de vuestra imaginación, si deseais vivir largo tiempo.

Una vida sobria y arreglada es también muy necesaria; por lo tanto, debe cada uno estudiarse, procurar conocer su constitución, saber cuáles son los alimentos que le sientan bien y los que le perjudican, y conformar su régimen á este conocimiento. Porque una cosa excelente por sí misma puede hacernos mucho daño, en tanto que otras, que generalmente se tienen por perjudiciales, nos sientan perfectamente.

Se debe comer razonablemente; ni demasiado poco, como las mujeres que tienen pretensiones al idealismo, ni demasiado, como los glotones; porque las malas digestiones, no sólo ponen enfermo al individuo, si no que le dan una fealdad notable, pues á esta causa se debe el tener la nariz encarnada y el cutis lleno de barros y de manchas.

Durante el invierno, mis queridas señoras, y en lo más crudo de él, no os pongais demasiado escotadas ni descubrais el antebrazo; porque el frío en éste, en el pecho y en el estómago os puede ser mortal en la estación del invierno y al principiar la primavera y finalizar el otoño.

Aquellas de vosotras que frecuentéis los salones en traje de baile, poned siempre un poco de algodón en rama (*ouaté*) sobre la piel en el hueco del pecho y en el de los hombros, para evitar tan-

to como sea posible la impresión del frío, que sería muy peligrosa.

No os ajustéis demasiado el cuerpo ni con el corsé ni con los vestidos, lo que perjudicaría á todas las funciones importantes del cuerpo, la respiración, la digestión, etc. Un cuerpo demasiado oprimido pierde además toda su gracia.

El ejercicio es una cosa excelente; mas es preciso hacerlo de una manera prudente, es decir, que no le llevemos hasta la fatiga, y que no le hagamos después de comer y durante el trabajo de la digestión; porque en estos momentos el reposo es de todo punto necesario; es, pues, un error el creer que después de la comida es saludable el andar.

Los animales nos dan en esto un ejemplo que no es de olvidar. El caballo, el buey, el perro, después de cada comida se acuestan para reposar: sólo el instinto es quien los guía, y el instinto es el solo médico, la sola experiencia que Dios les ha dado. Sigamos su ejemplo, porque ¡ay! ¡también hay mucho de animal en nuestra pobre naturaleza!

El velar hasta una hora muy avanzada de la noche es muy nocivo; no lo hagais costumbre, y acostaos á una hora razonable y fija: las horas de sueño varían según la constitución de cada uno, y no se puede fijar nada por lo mismo; hay quien necesita dormir mucho, en tanto que otros tienen bastante con tres ó cuatro horas; lo que la higiene recomienda es el no levantarse tarde.

Acostarse y levantarse temprano es uno de los puntos más necesarios para vivir largo tiempo, conservando una buena salud.

No os acosteis nunca con los pies fríos: las botellas de agua caliente dentro de la cama son malas, porque reparten alguna humedad; deben, pues, reemplazarse con ladrillos calientes, los cuales ofrecen las mismas ventajas, sin este inconveniente.

Una de las cosas que contribuyen más á tener buena salud es el hacerse dar por mañana y noche fricciones secas en el cuerpo con una buena franela.

Regla general: las horas fijas para las comidas, para el sueño y para el paseo; los alimentos sanos y sencillos, la tranquilidad del ánimo, la calma serena y dulce de la conciencia y una limpieza escrupulosa, conservan una buena salud; dan vigor, así para el trabajo como para los placeres y diversiones, y hacen durar la vida, en la cual, con buena salud y el alma alegre y tranquila, se hallan días hermosos, por más que digan los fatalistas.

## VII

## MEDICINA DOMÉSTICA

Para poder cuidar y restablecer la salud es muy útil saber hacer en casa algunos remedios, ya porque el médico puede tardar en llegar después de avisado, ya porque á veces puede evitarse el llamarlo, ya, en fin, para aliviar al paciente en tanto llegan los recursos de la ciencia.

Daré aquí, pues, algunas de las recetas más fáciles y más necesarias, á fin, mis queridas señoras, de que las utilicéis cuando os sean precisas, en la confianza de que su efecto es el más saludable y eficaz, y de que las he escogido entre las mejores de que tengo noticia.

*Elixir contra el cólera, la colerina ó cólico, disentería, indigestión y jaqueca.*

Se tiene preparado este licor de antemano para poder disponer de él en cualquiera de los casos arriba expresados, proporcionando un alivio inmediato al enfermo.

Las dosis varían según la edad del paciente y la intensidad del ataque: seis ú ocho gotas en un terrón de azúcar ó en medio vaso de agua bastante para los niños de cuatro á ocho años, y aún menos para los menores de esta edad; la mitad de una copa de licor para los adolescentes y personas

mayores, y una copa entera, en caso de ataque violento, de cólera ó disentería.

Se revuelven durante tres días cinco gramos de ginebra con mil gramos de alcohol, se cuele, y se añade:

16 gramos de simiente de angélica.  
16 idem de simiente de anís.  
16 idem de calamus aromático,  
16 idem de raíz de genciana.

Se deja todo mezclado durante tres días; se filtra con un papel sin cola, y se conserva en un frasco bien tapado.

*Elixir para calmar el dolor de las muelas careadas.*

Se mezclan ocho gramos de éter, veinticinco centigramos de opio y veinte gotas de esencia de clavillo; se empapa en este elixir un poquito de algodón en rama y se le aplica á la parte dolorida, aliviándose esta á los pocos instantes.

*Para curar las torceduras de pié ó mano.*

Este remedio sirve hasta para las torceduras antiguas, y su eficacia es incontestable.

Se toma un vaso grande de vinagre, quinientos gramos de sal gris y la mitad de una vela de sebo; se hacen derretir todos estos ingredientes al fuego durante un día entero; se pone sobre la parte dolorida una compresa tan caliente como sea posible resistirla, empapada en dicha mezcla: se debe permanecer en el lecho durante esta operación.

Si la torcedura no desaparece por completo el primer día, se repite al siguiente el tratamiento: dicho remedio es infalible.

*Pomada para curar las grietas y las quemaduras.*

Se ponen á derretir doscientos cincuenta gramos de tuétano de vaca, y se espuma y limpia, dejándole cocer; se añade medio kilógramo de aceite de linaza y ciento veinticinco gramos de cera amarilla. Se le deja hervir todo junto durante siete ú ocho minutos; se pone todo esto en una cazuela nueva, y no se deja de mover hasta que se enfria.

*Empleo de la pomada.*

Se extiende un poco de este medicamento sobre papel de estraza, y se le expone al calor de una bujía encendida; cuando la pomada se ha derretido un poco, se la aplica sobre la grieta ó la quemadura, y ya no se toca hasta que el papel se cae por sí solo, entonces se renueva la operación si la llaga no se ha cicatrizado del todo.

*Otra pomada para las quemaduras grandes.*

Se toman doscientos cincuenta gramos de manteca de cerdo muy depurada, y ciento veinticinco de cera amarilla; se derriten ambas cosas en un puchero ó cazuela nueva; se añaden ciento veinticinco gramos de albayalde, y la misma can-

tividad de óxido de zinc, tal como se obtiene en los hornillos donde se cuecen los minerales: esta sustancia es un polvo blanco: cuando está todo derretido, se separa del fuego sin dejar de agitarlo, y se continúa moviéndolo hasta que la mixtura se ha enfriado del todo.

*Empleo.*

Se extiende la pomada en una capita lo más delgada que sea posible sobre un trapito, en el cual se han hecho de antemano algunas cortaduras; se renueva la capa de pomada por la mañana y por la noche: el dolor se calma instantáneamente.

*Otro remedio para las quemaduras.*

Incluyo éste como el más facil y el más pronto de todos para aliviar en el primer instante el dolor consiste en sumergir la parte quemada en agua tan caliente como se pueda soportar; el dolor cesa inmediatamente, á condicion de renovar el agua en cuanto empieza á enfriarse un poco.

*Tisanas ó cocimientos.*

Las tisanas, que son las bebidas que con más frecuencia se necesitan en las casas de familia, deben hacerse poco cargadas, y tan agradables como sea posible. Se preparan de varios modos: por *maceracion*, que consiste en tener puestas en agua por algun tiempo las sustancias; con objeto de es-

traer los jugos que contienen, y por *infusion*, que es cuando las sustancias se desprenden de sus principios medicinales. Todo el mundo conoce el modo de preparar el agua de malvavisco, de cebada de achicorias, etc., etc., así como la infusion de tila, salvia, té, etc., y por eso omito describirlo.

*Sinapismo.*

Puede aumentarse la accion de este medicamento añadiendo á la mostaza de que se compone un poco de ajo machacado ó de pimienta en polvo: puede disminuirse mezclando la mostaza con un poco de harina de linaza.

Se hacen con agua caliente y se extienden entre dos trapos claros.

*Bebida antiescorbútica.*

Se tiene en infusion por espacio de media hora en media azumbre de agua hirviendo, una cantidad regular de hojas de berros, y mézclese otra cantidad menor de codearia ó rábano silvestre, cortado en pedacitos; cuélese todo, y endúlcese con tres onzas de jarabe antiescorbútico.

Se administra á cucharaditas.

*Bebida laxante para los niños.*

En media botella de agua caliente se deslinden dos cucharaditas de café de miel; se cuele y se le da á los niños por la mañana con una cucharita de café, hasta conseguir el efecto deseado.

*Otra.*

Se ponen en infusión en medio cuartillo de agua hirviendo, y por espacio de media hora, la cantidad de hojas de sen que caben en el hueco de la mano; se cuelean y se les añade dos cucharadas de jarabe simple. Se les da á los niños, en ayunas, en dos ó tres veces.

*Cocimiento blanco.*

Se pone en medio cuartillo de agua una cucharada de polvos de asta de ciervo calcinada y cuatro cucharadas de polvos de goma arábica; se hace hervir esta mezcla por espacio de cinco ó seis minutos; se le añaden dos cucharaditas de agua de azahar, y se le endulza con un poco de azúcar.

Cada vez que se le da al enfermo, se debe mover. Este cocimiento es excelente para la diarrea, y si esta es muy fuerte, se le añade alguna gota de láudano.

*Cocimiento de líquen.*

En cuartillo y medio de agua caliente se pone un puñadito de líquen de Islandia, y se le hace hervir por espacio de un cuarto de hora; esta primera agua se tira, porque extrae el amargo del líquen; hecho esto, se le añade una cantidad igual á la

primera, se le hace cocer, hasta que el agua queda en un cuartillo; se cuelea y se le pone un poco de azúcar.

Este cocimiento se toma mezclado con leche y siempre templado, sin que llegue á estar caliente; es inmejorable para la tos bronquial ó pulmonar.

*Cocimiento de quina.*

Se toma una onza de quina y se parte en pequeños pedazos, haciéndolos hervir por espacio de un cuarto de hora en un cuartillo de agua: se aparta despues del fuego y se le pone un poco de azúcar.

Este cocimiento se da á cucharaditas, cuando el enfermo lo está de una afección que necesite una medicina tónica ó amarga.

*Aguardiente alcanforado.*

Nada es más fácil de preparar que esta medicina, que en la botica cuesta bastante cara.

En media botella de aguardiente fuerte se pone un pedazo de alcanfor del tamaño de una nuez y se deja tapado; al cabo de algunos días el alcanfor se ha disuelto.

En casos de caídas, golpes, contusiones y dolores reumáticos, las fricciones con este aguardiente, y algunas veces las compresas empapadas en el mismo, producen los más prontos y eficaces resultados.

*Remedio para los sabañones aun no ulcerados.*

Se pone en un cuartillo de agua un puñado de sal; se acerca al fuego, y cuando está tibia, se empapa un pañito de hilo en ella y se cubre con él los sabañones; cuando ya están ulcerados, es imposible aplicar este remedio, pues duele mucho; pero puede usarse antes de que llegue aquel caso.

*Gargarismo dulcificante.*

Se hace hervir cuatro higos secos en medio cuartillo de leche de vacas; se cuele, y se hacen gárgaras cuando está tibia.

Es un remedio sin igual para las anginas inflamatorias.

*Gárgaras calmantes.*

En un cuartillo de agua se ponen á cocer por espacio de media hora dos cabezas de adormideras, se cuele y se le pone una cucharada de jarabe de goma; esta medicina es excelente para los niños que ya saben hacer gárgaras.

*Bebida pectoral.*

En un cuartillo de agua hirviendo se pone en infusión una pequeña porción de flores pectorales

durante diez ó doce minutos; se cuele y se le añaden dos onzas de jarabe de malvabisco.—Sirve lo mismo para adultos que para niños, y á estos últimos se les da á cucharadas, especialmente si hay tos seca é irritación de pecho.

*Bebida contra las lombrices.*

En un cuartillo de agua hirviendo se ponen en infusión por espacio de un cuarto de hora cuatro cápsulas de tanaceto y de ajénjos; se cuele y se le añaden dos onzas de cualquier jarabe.

Se les da á los niños á cucharadas cuando sienten alguna indisposición cuyo origen sean las lombrices; el vino de ajénjos es igualmente bueno para estas afecciones; y así aquella como esta preparación se les debe administrar en ayunas.

*Linimento ó pomada emoliente para unturas y fricciones en los dolores nerviosos.*

Se pone en partes iguales á derretir, en un cacharro nuevo de barro, aceite de almendras dulces, manteca de cacao y enjundia de gallina; se bate con una cuchara nueva de madera, se le pone en un bote y se deja enfriar; cuando hay algún dolor reumático ó nervioso, se dan fricciones con esta pomada, y se aplica después una franela caliente á la parte dolorida.

*Otro calmante.*

Se pone en un bote de cristal ó de loza una onza de aceite de almendras dulces, se le añaden ocho ó diez gotas de láudano, y se agita para mezclar ambas sustancias; se usa para los dolores nerviosos, y es muy eficaz.

*Ungüento para las quemaduras.*

Se ponen en un vaso de cristal dos cucharadas de aceite comun y tres de agua de cal; se mezclan bien, y se agita el vaso cada vez que haya de usarse; la espuma jabonosa que se presenta en la parte superior del líquido se aplica con excelente éxito en las quemaduras de primer grado, es decir, cuando aún no hay llaga.

*Pomada para las escoriaciones.*

En una cazuelita nueva se hace derretir á fuego lento un pedazo pequeño de cera blanca; se le añaden dos onzas de aceite de almendras dulces; se deja enfriar y se pone en un bote.—Sirve esta pomada para las escoriaciones de los labios, de las manos, etc., y quita al instante el ardor y el escozor que se experimenta cuando se padece esta molesta afección.

*Pomada antiherpética.*

Se mezclan seis granos de azufre y media onza de cerato simple; de esta pasta se toma una cantidad como una nuez, y se extiende sobre la parte enferma.

*Otra para el mismo uso.*

Azufre sublimado, medio escrúpulo; igual cantidad de calomelanos; manteca fresca media onza.—Se usa lo mismo que la anterior, pero en casos más graves.

*Polvos contra la coqueluche.*

Se pulveriza un grano de raíz de belladona con cinco pedacitos de malvavisco y dos terrones de azúcar de pilón.—Se puede dar esta dosis una vez por la mañana y otra por la tarde á los niños que cuenten de dos á tres años, y hasta cuatro á los niños que tengan ménos de un año; tres veces al día á los que pasen de esta última edad.

*Otros.*

Se mezclan dos granos de raíz de belladona, cinco granos de polvos de Dower, un escrúpulo de azufre sublimado y media cucharada de azúcar blanca.—Se divide en doce papeles, para dar al niño uno cada dos horas.

*Mixtura contra la coqueluche.*

Se mezclan tres onzas de jarabe de ipecacuana con una onza del de adormideras; se le dará al niño durante su enfermedad una cucharada pequeña todas las mañanas.

*Bebida antiespasmódica.*

Se mezclan en un frasco de cristal bien limpio dos onzas de agua de azahar y media onza de jarabe de sidra; se toma á cucharadas grandes, y á los niños se les da á cucharaditas de café.

*Bebida calmante.*

Se mezclan, como para la otra, dos onzas de agua de tila, medio escrúpulo de tintura de castores y media onza de jarabe de sidra; se administra como la anterior, y su efecto calmante es instantáneo para los nervios.

*Constipado.*

Las bebidas atemperantes, como flor de malva templada, naranja ó flores cordiales, son excelentes, tomándolas al acostarse y procurando un sudor todo lo copioso que sea posible.—Si el constipado ataca mucho á la cabeza, se toma al acos-

tarse un poco de sebo, se calienta á la luz y se frota con él la canal exterior de la nariz y las sienes.

*Catarro.*

Se pone en infusión con agua azucarada que esté hirviendo, una cantidad de hojas de laurel iroqués, llamado *sasafrás*; esta agua adquiere un color encarnado muy hermoso; se la aromatiza con un poco de canela. Hágase uso de esta bebida, que cura radicalmente las afecciones catarrales.

*Otro remedio para el catarro.*

Se cuecen en un cuartillo de agua tres raíces de nabo silvestre, cortadas en pedacitos, y en esta agua se pone en infusión una onza de maná; se cuele, y cada mañana se toman dos tazas de esta agua, dejando entre una y otra el intervalo de media hora de tiempo; una hora después de haber tomado la última puede desayunarse el paciente: se repite este remedio todos los días hasta la perfecta curación del catarro.

*Para resfriado; dolor de costado y pulmonía.*

Se mordan y quebrantan cinco ó seis granos de cacao en crudo, haciéndolos hervir en taza y media de agua hasta que quede en una; á esta

agua se le pone un poco de manteca de cacao, tomándola con azúcar todo lo más caliente que se pueda, metido ya en la cama el enfermo; resultará un copioso sudor, dando lugar á que pueda llegar el médico y salvando el primer peligro.

#### *Indigestión.*

Póngase en una botella de vidrio medio cuartillo de buen aguardiente y una onza de canela partida; en otra botella cuatro onzas de agua de rosa y una de azúcar buena; déjense estas dos mixturas separadas durante veinticuatro horas, agitándolas alguna vez; pasado este tiempo, se mezcla todo en una sola botella, y se toma una cucharada de este licor cinco horas antes de cada comida, para conseguir una excelente digestión.

Cuando hay asiento de alimentos en el estómago, se puede tomar una taza de té con unas gotas de rón fuerte; si continuase la pesadez, se bebe un poco de agua tibia para procurar el vómito, y se guarda media dieta durante dos ó tres días, tomando solamente caldos y chocolate.

#### *Esencia etérea.*

Se toman cuatro adarmes de hojas de salvia, cuatro adarmes de serpentaria de Virginia, seis adarmes de corteza de limón y de naranja, dos adarmes de quina loja y seis onzas de espíritu de

vino.—Se hacen polvos ó se cortan muy menudos estos ingredientes y se ponen en infusión con el espíritu de vino durante ocho días, moviéndolo de vez en cuando; se cuele por un pañito muy espeso y se añaden dos adarmes de éter sulfúrico.

Para la jaqueca se aspira una pequeña porción, pasando por la frente una mano mojada con él; para las convulsiones se toma una cucharadita en doble cantidad de agua.

#### *Vahidos y desvanecimientos.*

Suelen provenir de una afección moral ó nerviosa, pérdida de sangre, ó de una gran debilidad. Se emplean las sales inglesas ú otros olores fuertes, el aire libre, rociar la cara con agua fría y tomar algunos sorbos de agua con éter al recobrar el conocimiento.

#### *Apetito perdido.*

Una tostada de pan mojada con vino y rociada con azúcar y canela en polvo excita el apetito, tomándola una hora antes de la comida.

Es también excelente remedio para la inapetencia el tomar cada mañana una cucharada grande de vino de ajenos.

Cuando la inapetencia y el disgusto por la comida proviene de frialdad y debilidad de estómago, se ponen en un vaso quince ó veinte gramos de los ingredientes que se expresan á continuación

tomados en partes iguales: limón y naranja (corteza hecha polvo); planta sorrieta, menta y planta aromática llamada hisopo; el vaso de vino en que se mezclan estos ingredientes debe tener durante la noche anterior un poco de ajeno en remojo.

Otro remedio muy eficaz es tomar un puñado de hojas de la hierba muy agria llamada agremonia, la mitad de esta cantidad de ajenos é igual cantidad de la planta llamada centáurea; con todo esto se hace un cocimiento en un cuartillo de agua, que se deja hervir hasta reducirle á la mitad; este cocimiento se reparte para tomarle en siete ú ocho días, mezclado con una onza de azúcar.—Si esta bebida excita demasiado el apetito, hay que abstenerse de ella y usar en seguida de manteca, alimentos crasos y buen vino.

#### *Náuseas.*

Se cortan con algunas cucharadas de vino de Málaga ú otro cualquiera vino generoso.—Las personas propensas á ellas deben comer poco.

#### *Picadura de abeja ó avispa.*

El dolor que causa la picadura de estos insectos dura en tanto que permanece clavado el aguijón; por consiguiente, hay que sacarle lo antes posible con el auxilio de un alfiler ó la punta de unas tijeras finas; después se comprime suavemente la llaga y se moja con aceite común ó de láudano.

#### *Dolor de oídos, y ruidos en los mismos.*

Se mezcla una pequeña cantidad de aceite de almendras dulces con un poco de ámbar; se empapan en esta mezcla unos hilas y se aplican á la parte dolorida; si se hubiere introducido algún insecto, se dejarán caer en el conducto auditivo una ó dos gotas de aceite de olivas ó de almendras, y cesará el dolor al instante.

Para los ruidos, tan molestos y tan frecuentes en las personas débiles, se cocerá un poco de jugo de ruda puesto en el hueco del casco de una granada, y se inyectarán algunas gotas en el oído, hallando alivio en el momento.

El humo de cocimiento de sanieta ó de la hiedra terrestre hervida, trasmitido al oído por medio de un entonador, produce igual efecto.

#### *Dolor de muelas.*

Proviene generalmente de tener alguna muela careada, y lo más conveniente en este caso es impedir el contacto de los alimentos y del aire con los nervios, que son los causantes del dolor; se introducen en el agujero de la muela algunas hilas empapadas en aceite, para interceptar la comunicación del aire; si no bastase esto, se cambian estas hilas por otras empapadas en éter, solo ó mezclado con un poco de láudano; también se puede ta-

par el agujero de la muela con cera ó con un granito de incienso. Cuando nada de esto bastase, lo mejor es ir á que extraiga la muela un dentista acreditado.

Para las inflamaciones de la boca se debe hacer uso de buches ó enjuagatorios compuestos de un cocimiento de hojas de malva, adormideras y malvabisco; si la inflamacion no cede, se aplica á la mejilla una cataplasma hecha con los mismos simples y con harina de linaza; en último caso, y si el dolor siguiese rebelde, será precisa una sangría, que se consultará con el médico.

#### *Bilis.*

En un cuartillo de vino blanco bueno se pone en infusion una onza de raíz de celedonia, cortada en pedacitos si es tierna, ó hecha polvo si es seca; se toman tres cucharadas todas las mañanas de esta preparacion; el uso de las achicorias es tambien muy saludable para las personas biliosas.

#### *Para cortar los vómitos de sangre.*

En una cafetera pequeña se cuece una ramita de la planta llamada *lotris* en Botánica, y vulgarmente *mil granos*; se añade á cada taza lo que cabe en una peseta de polvos de extracto de ratania; debe tomarse en ayunas y por la tarde, tres horas después de comer; este remedio es efficacísimo cuando los vómitos no provienen del pulmón.

#### *Reumatismo.*

En una sartén sin agua se cuecen poco á poco tres puñados de rábanos cortados en ruedecitas; se extienden unas hilas del grandor de la parte dolorida, se pulverizan con incienso y se extienden encima los rábanos, y esta cataplasma se aplica donde está el dolor, estando el enfermo acostado y bien caliente. Se reitera este remedio siete ú ocho veces.

#### *Otro remedio.*

Se mezcla onza y media de aceite de almendras dulces, tres dracmas de agua de carmelitas compuesta y media draema de láudano líquido de Sydenhan: se echan de esta composicion dos ó tres gotas en el hueco de la mano y se frota la parte dolorida hasta que el líquido se haya evaporado, para hacerlo entrar en los poros.

Se repite dos veces por tarde y mañana todos los días hasta el completo alivio.

#### *Asfixia por el frío.*

Se desnuda al enfermo, se le envuelve en una manta gruesa y se le mete en una cama sin calentarla; se le meterá al poco rato en un baño de agua tibia al principio y que se irá calentando poco á poco, añadiéndole agua caliente hasta que tenga

un calor regular; este aumento gradual de calor deberá tener lugar en el espacio de media hora. Mientras el enfermo esté en el baño se le rociará el rostro con agua fría, secándole con un lienzo enjuto, cada una de las ocho ó nueve veces que se repite esta operación.—Se le aplicará á la nariz un frasco con vinagre muy fuerte ó con álcali volátil, y al mismo tiempo se le harán tragar cucharadas de agua fría mezcladas con agua de azahar; cuando la libertad de tragar sea completa, se dará al paciente un caldo ligero ó un vaso de vino aguado; si continuase en su letargo, se le administrarán lavativas irritantes, y desde que vuelva de él, se le tratará como á convaleciente de una grave enfermedad.

*Asfixia por el calor.*

Lo primero que debe hacerse es trasportar al enfermo á un sitio menos caliente, pero no demasiado frío, y sangrarle de la vena yugular; se le dará á beber en seguida agua fría con un poco de vinagre, y se le pondrán lavativas con la misma agua. Si después de estos remedios no siente alivio, hay que recurrir á una aplicación de sanguijuelas á las sienas.

*Asfixia por el carbón.*

Sin pérdida de momento se pondrá al enfermo al aire libre, aunque sea muy frío; se le desnudará

y meterá en la cama boca arriba, colocándole la cabeza y pecho en posición más elevada que lo restante del cuerpo, para facilitar la respiración.—Se le hará beber vinagre, ó zumo de limón, debilitado con tres partes de agua, rociándole la cara y pecho con vinagre en su temple natural. Es de necesidad darle friegas por todo el cuerpo con algún líquido espirituoso, como agua de colonia ó aguardiente alcanforado. Frótese con un cepillo fuerte las plantas de los piés (á las que se deben aplicar también ladrillos muy calientes), las palmas de las manos y todo el espinazo; hecho lo cual se le pondrá una lavativa de agua fría con dos ó tres onzas de sal común y una onza de sulfato de magnesia.—Se le introducirán en la nariz las barbas de una pluma, moviéndolas dulcemente para irritar este órgano, y últimamente, se procurará conducir aire á los pulmones por medio del cañón de un fuelle aplicado á una de las ventanas de la nariz, tapando la otra y soplando ligeramente. Si no pudiera conseguirse así, otra persona aplicará su boca á la del enfermo y soplará con alguna fuerza, ó con el cañón de una pluma.

*Palpitaciones.*

Son los síntomas ordinarios de las afecciones histéricas, ó consecuencias de una pasión violenta, como la cólera, la ira, etc.—Cuando se siente, es preciso abandonar toda clase de ocupación corpo-

ral ó mental, y beber un vaso de agua con mucha lentitud; en el agua que se beba se pondrá una cucharada grande de agua de azahar.

#### *Panadizos.*

Cuando empieza á manifestarse un panadizo, lo primero que debe hacerse es meter toda la mano en una disolución de apio acuoso, teniéndola algunas horas, y repitiendo la inmersión tres veces al día; de esta suerte se impedirá la inflamación, que es la primera cosa que debe procurarse.

Esta inmersión se puede sustituir con unas cataplasmas de harina de linaza con manteca, ó con un cocimiento fuerte de adormideras.—Si el panadizo proviene de alguna punzada, se lavará inmediatamente la herida, exprimiendo todo lo posible la sangre y cauterizándola con ácido nítrico ú otro líquido equivalente. Cuando á pesar de estos medios persistiese el dolor ó se declarase calentura, deberá llamarse al médico. Conviene mucho, para mitigar los dolores y facilitar la curación, guardar dieta, refrescar, darse algunos baños de piés y hacer uso de las lavativas emolientes.

Al empezar á formarse se pueden curar fácilmente poniendo una cucharada de ceniza de sarmientos en un vaso regular de agua dulce, caliente; en esta agua se baña el dedo muchas veces hasta que se cure; este remedio, que se ha empleado

muchas veces con éxito, se recomienda por su facilidad y sencillez.

#### *Baños de piés, calmantes.*

Se hace hervir en bastante cantidad de agua una libra de salvado, un poco de malvabisco, dos puñados de hojas de malvas y la misma cantidad de parietaria; se meten los piés en este cocimiento, empezando por ponerle algo más que tibio, y añadiéndole pequeñas cantidades más calientes; en este baño se debe estar poco tiempo, no llegando jamás á media hora.

#### *Hipo.*

Este molesto accidente se corta comiendo un terroncito de azúcar, sobre el que se hayan puesto de antemano algunas gotas de éter sulfúrico; á veces se corta tambien con sólo beber lentamente un vaso de agua.

#### *Grietas en los labios.*

Se mezclan y baten bien media onza de mirra, media de litargirio de plata, dos onzas de miel, una de cera y tres de aceite rosado; con esta pomada se da en los labios al irse á acostar.—Algunas veces basta la sola aplicación de la miel, guardándose del aire.

*Úlceras en la boca.*

Se cuecen hojas tiernas de zarza en vino, y se hacen gárgaras con este licor; se deben tocar las úlceras con una pluma mojada en bálsamo samaritano, hecho con cuatro onzas de aceite, cuatro de vino y una de azúcar, hervido todo hasta que se consuma el vino; este bálsamo es también excelente para heridas, llagas y cortaduras.

*Purgante.*

Uno de los más suaves y eficaces al mismo tiempo es el siguiente.—Se ponen dos onzas de sal de higuera en dos cuartillos de agua destilada. Se toma en ayunas la mitad de la dosis, y si á la hora y media no ha producido efecto, se bebe la otra mitad.

Suele producir un efecto semejante el cocimiento de polvos de ruibarbo, añadiéndole un poco de maná.

*Pomada para los sabañones.*

Una onza de cera virgen, una de tuétano de vaca y dos de manteca de cerdo sin sal; se pone todo en una vasija vidriada; se le deja cocer un poco y se le cuele por un lienzo fino. Al tiempo de acostarse se extiende sobre los sabañones un

poco de esta pomada y se cubren con un lienzo y una venda; este tratamiento, repetido cuatro ó cinco días, hace desaparecer los sabañones; si se da lugar á que se abran ó ulceren, sólo la primera puede curarlos.

*Modo de aplicar las sanguijuelas.*

Se ponen las que hayan de aplicarse dentro de un vaso sin agua, y se las tiene por espacio de media hora; entretanto se lava la parte enferma con agua caliente azucarada. Se colocan después las sanguijuelas en un pañito limpio de lienzo, y cubiertas con él se acercarán en la parte donde deban morder, procurando no comprimirlas para que puedan hacerlo con libertad, y sujetando el paño alrededor para que no piquen en otro lado. Cuando sean muchas las que hayan de ponerse, se aplican en dos ó más veces, y lo mismo cuando ocupe bastante extensión la parte sobre la cual deban ponerse.

Hay otro método más breve, que consiste en volver el vaso en que están las sanguijuelas sobre el punto en que deban agarrarse, teniendo la ventaja sobre el otro mecanismo de poderse aplicar sobre partes más reducidas y de ver si hay alguna sanguijuela de mala calidad.

Si después de desprenderse conviniera la evacuación de sangre, se favorecerá por medio de lociones de agua caliente.—Para contener la san-

gre y cerrar las cisuras, se las cubrirá con yesca de chocho ó de trapo, y luego se aplicará una cataplasma de miga de pan y leche, que se repetirá hasta que se hallen las cisuras completamente cicatrizadas.

*Cataplasma calmante.*

Se ponen cuatro onzas de miga de pan rayado en un cuartillo de leche, y se le hace hervir á fuego lento, añadiéndole, al retirarlo, media dracma de azafrán en polvo; esta mezcla se extiende tibia sobre un lienzo fino de hilo; es excelente para calmar las inflamaciones, diviesos, erisipelas y la irritación de los ojos, aplicándola sobre los párpados al tiempo de acostarse.

*Otra emoliente.*

Se cuecen raíz y hojas de malvabisco, y se machacan hasta que tengan una consistencia gelatinosa; se añaden dos onzas de flores de saúco molidas, y se mezcla todo con otras dos de harina de linaza.

*Otra para resolver tumores en los niños.*

Se hacen hervir durante algunos minutos en una cantidad proporcionada de vinagre seis onzas de harina de cebada y tres dracmas de hojas tiernas de cicuta, añadiendo, al retirarlo de la lumbré, dos dracmas de azúcar de plomo.

*Sinapismos.*

Se moja un pedazo de lienzo usado en agua templada, y despues de escurrido se espolvorea con mostaza fuerte, y se aplica.—En vez de mojar el lienzo en agua, se puede mojar en vinagre caliente; y del mismo modo se hacen revolviendo con el vinagre una cantidad de mostaza bastante para que haga como una masa; se extiende entre dos lienzos finos y se aplica.

*Tisanas para purificar la sangre.*

En un vaso de vino añejo se ponen en infusión algunas ciruelas pasas; al día siguiente se toma un puñado de paciencia, otro de cebada mondada, doce jujubes ó gínjoles (fruta pectoral) y una jicara pequeña de lentejas; se hace hervir todo esto en una vasija de barro con tres cuartillos de agua hasta reducirse á un solo cuartillo; se cuela y se reparte en seis porciones iguales: todas las mañanas se toma en ayunas una de las porciones, y no se come nada hasta pasadas dos horas.

*Tisana.*

Se limpia y lava bien un puñado de cebada; cuando está seca se hace hervir en dos cuartillos de agua hasta que se queda en la tercera parte; entonces, hirviendo segun está, se vierte en una va-

sija de barro, en la que habrá de antemano media onza de regaliz sin corteza y bien machacado; se deja enfriar y se cuele.

Esta tisana refresca, dulcifica la acrimonia de los humores, atempera la fiebre, modera el constipado, y es muy buena para bebida usual de los enfermos; para hacerla más agradable, se le añade una pequeña cantidad de la hierba llamada *chienden*.

#### CONCLUSIÓN

He terminado esta parte del presente MANUAL, que considero como una de las más importantes; porque, atendida la utilidad que pueden tener para la familia los paliativos ó remedios que encierra para las dolencias que son más comunes, á lo ménos hasta que se pueda hallar un buen facultativo, se puede asegurar que es como un arsenal utilísimo, que encierra los medios de conjurar los peligros materiales, y acaso de prolongar la vida con remedios sencillos para contrarrestar sus achaques.

Muchas más recetas pudiera insertar aquí; pero no veo la necesidad, toda vez que las que ofrezco á mis lectoras están elegidas entre las que son á la vez experimentadas y sencillas.

Dejo además otras muchas de tocador y de repostería, así como de uso doméstico, para colocarlas en sus lugares correspondientes en el trascurso de este libro.

Las madres, sobre todo, me agradecerán—estoy segura de ello—el pequeño tratado de Medicina que antecede; porque no hay nada más doloroso para ellas que el ver padecer á sus pequeños hijos, sin poderles aliviar hasta que llega el facultativo, siempre lento en acudir para su amorosa impaciencia.

Muchas horas de sufrimiento pueden evitar los sencillos medicamentos que anteceden, y quizá la prontitud para aplicarlos prevenga desgracias irremediabiles

Recomiendo eficazmente á las madres, parientes ó tutores de los niños, que se fijen en los artículos de higiene que preceden á las recetas, y que tocan á la parte moral é intelectual de la infancia. A veces el amor de los padres es ciego, y el afán de ver á sus hijos muy adelantados en sus estudios les hace empujarlos demasiado hácia el desarrollo mental; á la vez que el deseo de hacerles completamente dichosos, les obliga á mimarlos de continuo y á complacerles en todos sus caprichos; la evidencia prueba que ambas cosas traen consecuencias muy funestas.

FIN DE LA PARTE TERCERA.

---

## PARTE CUARTA

### LA MUJER EN SU CASA Y EN LA SOCIEDAD

---

#### I

##### EL ARTE DE AGRADAR

La existencia entera de la mujer descansa sobre un arte único y que es su sola fuerza: *el arte de agradar*.

Sea á causa de su organismo físico y moral, sea en razón de las condiciones sociales en que vive y se mueve, la mujer no tiene más que una virtud que practicar y una cualidad que adquirir: virtud y cualidad llevan el mismo nombre, y se llaman, como ya he dicho, dón de agradar; de lo que resulta que la educación de la mujer no debe tener otro objeto.

Ya me parece ver una sonrisa burlona en algunos labios, y la llama de la indignación en algunos ojos; pero yo ruego, hasta á mis lectoras más rígidas, que tengan un poco de paciencia y que vengan conmigo á buscar la prueba de lo que afirmo, á regiones más altas que aquellas á donde las llevaría su enojo.

Para hacerme entender de todas vosotras, mis

queridas señoras, no hallo nada mejor que referiros una pequeña historia, muy sencilla y muy verdadera, que á mi parecer contiene todas las explicaciones que yo pudiera daros.

He conocido á una joven que se quedó viuda á los veintidós años, sin otro bien que un niño de diez y ocho meses, y sin otro amparo que el del cielo: educada la desdichada en medio del lujo y de la más exquisita elegancia, nada podía hacerle prever la grande y doble catástrofe que vino á privarla á la vez del apoyo natural que se había elegido, y de la fortuna que sus padres, ya en una vida mejor, le habían dejado.

Pero esta joven tenía en sí misma el más grande de los bienes, la fortuna más brillante, lo que nadie podía arrebatarle: las simpatías generales; había sabido ganar todos los corazones y cautivar el afecto de cuantos se le aproximaban, sólo con dejar ver las exquisitas, las encantadoras cualidades de su alma.

Buena sin debilidad, justa sin acritud, servicial sin servilismo, graciosa sin malicia, afable y digna, elegante y modesta, sabía agradar naturalmente y sin esfuerzos; su desgracia, pues, excitó en el más alto grado el interés de todos, y cada uno se apresuró á probárselo.

Verdad es que este interés se manifestó alguna vez de una manera demasiado..... viva; la pobre joven tuvo que demandar el apoyo de algunos personajes influyentes para obtener la pensión que

solicitaba como hija de un general muerto en el campo de batalla, y algunos hubo que la propusieron un cambio de afectos para obtener su recomendación; pero entonces se mostró en todo su relieve al mérito de la mujer que sabe agradar y que está resuelta, sin embargo, á no transigir jamás en lo que toca al honor y á la virtud.

Cuando aquellos protectores demasiado vehementes se convencieron de que se hallaban enfrente de una de esas virtudes á la vez nativas y razonadas, ante las cuales las pasiones y el egoísmo humano deben inclinarse, no se volvieron malévolos ó indiferentes, no; el encanto que ejercía la joven era penetrante é irresistible, hasta tal punto, que supo conservar en el número de sus amigos más verdaderos á aquellos mismos de los cuales había sabido destruir con una palabra ó con una mirada las culpables esperanzas; y estas nobles y puras amistades fueron otros tantos apoyos sólidos, sobre los que edificó su vida.

La muerte vino á llamarla cuando ya había cumplido su tarea; cuando ya había hecho de su hijo un hombre digno de ella, y cuando le había dado una carrera honrosa: dejó en la tierra corazones desconsolados por su pérdida y tiernamente adheridos á su recuerdo: he oido evocar frecuentemente su dulce imagen en las conversaciones íntimas de sus amigos, y siempre se les aparecía á éstos impregnada de esa gracia inimitable, de ese dulce encanto, á los cuales debía el ver trocar-

se su vida de mujer, empezada bajo tan tristes auspicios, en una existencia tranquila y casi dichosa en medio de las afecciones que se había creado practicando el arte de agradar.

Creo que he explicado bastante claramente mi pensamiento por el ejemplo, que es la manera mejor de persuadir; el arte de agradar no es solamente el arte de atraer los corazones, es también el arte de fijarlos; nada tiene de común la mujer coqueta con la que posee el arte de agradar, pues éste puede poseerse hasta la edad más avanzada, y la coqueta, ni tiene nunca respetabilidad, ni puede llevar sus atractivos más allá de la juventud.

La coqueta no es más que vanidad, engaño y egoísmo; puede provocar un instante la atención; pero la sequedad de su corazón aleja pronto á los que sus manejos han logrado seducir; la envidia la devora, porque no puede soportar ni la juventud, ni la belleza, ni el éxito de las otras mujeres; la coqueta es fantástica, y muchas veces cáustica y agria; cuenta tantos enemigos como se ha podido crear de adoradores de un día ó de una hora.

La mujer que posee el arte de agradar, es toda caridad, indulgencia y bondad; no es probable que atraiga las miradas; pero si habla ó sonríe, cautiva; en su casa y en la de los otros, ella se ocurece para dejar brillar los méritos de todos; sabe conformarse á los gustos de los demás, sabe lisonjear sus preferencias, y lo hace sin violencia, porque halla su placer más grande en el de los

otros; es amable, indulgente, alegre; por eso no teme nunca causarles disgustos ó contrariedades puesto que es ella quien se ocupa de evitarlos á cuantos la rodean, y esto con el solo fin de ser agradable.

Y ahora, decidme, mis queridas señoras, el arte de agradar, así comprendido, ¿no debe ser la base de la educación de la mujer?

Sí, porque la mujer no es una *acción*, es una *influencia*; no consigue imponer su deseo, su opinión, su pensamiento, más que por la persuasión, porque la naturaleza y la ley le han negado, la una la fuerza que se impone, y la otra, el derecho que manda.

Cuando cada niña llegue á la edad de apreciar y de razonar, su madre debe hablarle de esta suerte:

«Hija mia, la verdadera fuerza de la mujer es la gracia, es la ternura, es el encantar, el hacerse agradable, precisa á los que trata; de nada te servirá el ser bella, espiritual, instruida, artista, tener habilidades sin número, si no añades á esos méritos ese *no se qué* de dulce y de persuasivo que toda mujer debe esforzarse en adquirir, bajo la pena de no tener poder ninguno ni en su familia ni en el mundo.

»Pero no creas que eso es la obra de un día. Yo te ayudaré en la tarea que debes imponerte, con tal de que á tu vez tu me prestes todo el concurso de tu corazón y de tu inteligencia; porque

para llegar al fin que yo me propongo para tí; es preciso sobre todo poseer tres virtudes, cuya practica no es fácil: la caridad, el desinterés y la abnegación.

»Cada nuevo paso que des en la vida debe ser marcado por una victoria sobre el *personalismo*, que sofoca todos los sentimientos generosos; pero si consigues dominar así todos tus instintos egoistas recibirás la más útil y la más dulce de las recompensas, porque habrás hallado el arte de agradar.

»Un día te casarás y constituirás familia; acuérdate de que necesitas *agradar* á tu marido, porque es el secreto mejor para fijar en su hogar al hombre, siempre dispuesto, por su naturaleza, sus instintos y su educación, á distraerse fuera de su casa.»

Si todas las madres hablasen así á sus hijas, habria muchos más matrimonios dichosos de los que conocemos.

Pero las jóvenes sin guía no pueden ser buenas esposas, ni transmitir á sus hijas lo que no han recibido; así, la mayor parte creen que basta tener una bonita figura para fijar el corazón de su marido. ¡Ay! ¡nada es tan fugitivo como la impresión producida por la belleza, y se cansan pronto los hombres de contemplan las mujeres más bonitas!

La conservación de la belleza es ciertamente un deber; pero lo que es preciso sobre todo para agradar á ese dueño, aceptado libremente, es el que no pueda hallar en ninguna parte como en su

casa el reposo, la calma, la dulce y sincera alegría que es el descanso de las preocupaciones y del trabajo; es el que esté seguro de hallar cerca de su mujer, algunas veces un buen consejo, y siempre los simpáticos consuelos de un corazón que no teme prodigarse para el que ama.

La mujer debe recordar tambien que necesita agradar á sus hijos; debe apoderarse de su alma entera, y será más que un guía, su confidente y su compañera preferida; que no vean en el mundo nada tan bueno y tan amable como su madre; sed para ellos la expresion de la belleza y del bien, y yo os respondo de que vuestros hijos serán hombres de honor y de mérito, y vuestras hijas mujeres á la par virtuosas y encantadoras.

No olvidéis tampoco, mis queridas señoras, el agradar á vuestros amigos, y vuestra casa será el hogar elegido por los espíritus distinguidos y las almas elevadas, así como el centro de una intimidad preciosa, que sabrá compensaros de más de una decepción, tan abundantes y repetidas en la vida.

En fin, es preciso que agradéis á todos; que agradéis á la sociedad en general, aunque no sea más que para ponerlos al abrigo de sus bajos celos, de sus venganzas y de sus mezquinos ataques: pensad en el bien que podéis alcanzar así, y cuán dulce es crearse simpatías bastante vivas para disponer del crédito de los unos y del poder de los otros, ya que no en provecho vuestro, en interés de los desgraciados.

No sé, mis queridas lectoras, si os habré convencido de que es la gran fuerza de la mujer el saber agradar; pero creo que sí, y lo deseo en el alma.

## II

### REGLAS DE BUEN GUSTO

No le basta á una mujer bien educada saber vivir y conducirse con tacto y distinción en todas las circunstancias de su vida; es preciso también que en todas las ocasiones pueda hacer formar de ella una buena opinión.

Todas conocemos, lectoras mías, un gran número de mujeres y de jóvenes solteras, que siendo bien nacidas y á la vez muy virtuosas, parecen muy ligeras y muy mal educadas por su modo de vestirse, de hablar y de reír, por sus maneras turbulentas y por el tono libre de cuanto dicen.

Generalmente, estas personas hablan alto, ríen á carcajadas, llevan el peinado llamativo y estrepitoso, los trajes de colores claros, y hacen el mayor ruido posible en cualquiera parte en que se hallan, á fin de que la pública atención se fije en ellas.

Todo esto es completamente opuesto al buen tono, al buen gusto y á las más generales ideas acerca de la distinción.

La mujer de verdadero mérito, la de elegancia nativa, piensa y procede de una manera comple-

tamente opuesta; sólo tiene un objetivo: pasar desapercibida de la multitud, oscurecerse ante el vulgo, y agradar al pequeño número de los que atraen hacia ella las afinidades de carácter y de educación: la verdadera dama evita el ruido y el atraer hacia ella la atención pública por su traje ó sus maneras; en la calle, sobre todo, donde pone el más exquisito cuidado para no hacerse notar; sus trajes son de forma sencilla y de color modesto. En el invierno, el negro ó los matices muy oscuros son los únicos que usa para visitas y paseo; su sombrero ó su mantilla tienen siempre la forma más usual; anda bastante de prisa, sin volverse y sin pararse durante largo tiempo ante los cristales de las tiendas.

Si halla alguna amiga y se detiene con ella, ni habla en voz alta, ni se ríe á carcajadas; cosas ambas perfectamente ridículas en la calle: si contesta al saludo que le dirige un hombre, es con otro saludo gracioso, sin demostrar apresuramiento, y no se detiene para hablar con él si no es de cierta edad ó uno de los amigos íntimos de su casa y de su familia. Una joven que sale acompañada de una camarera, no debe nunca permitir en la calle que un hombre la detenga en conversación ó la estreche la mano con muestras exageradas de familiaridad.

No es ménos importante el tener un aspecto modesto y reservado en visita, en el teatro, en las reuniones de más ó ménos confianza y en los bai-

lés y conciertos: el aire altanero, las maneras libres, la voz levantada, pueden conseguir cierto éxito con los hombres y las mujeres que tengan las mismas maneras; pero serán siempre severamente censurados por aquellos cuya opinión es importante, ya por su buen gusto reconocido, ya por la pureza de una conducta intachable.

Un aire sencillo, sin modestia exagerada ni falsa timidez, el aplomo tranquilo y discreto que da la costumbre del mundo, cierta calma de tono y de maneras, resultado de una educación inteligente, son siempre singularmente agradables y rodean á la mujer de una aureola de encanto y de distinción.

Son, sobre todo, merecedoras de las mayores inculpaciones las madres que dejan á sus hijas conducirse con esa libertad de maneras y de palabras que, lejos de favorecerlas, las expone á la censura de todos y aumenta su edad: nada hay que cause á las personas de buena educación una impresion más lastimosa que el ver á una jovencita bromear libremente, reir á carcajadas y hablar de pié con los hombres, aceptar su brazo para pasar á otro salón, ir al buffet, hablarles con tono de intimidad y con expresiones familiares; en una palabra, *hacer* no sólo de mujeres, sino de mujeres mal educadas. Estoy convencida de que esas cosas, superficiales á primera vista, que son sin importancia real, y que no son en absoluto incompatibles con una naturaleza recta y generosa, pueden perjudicar más

al establecimiento de una jóven, que un defecto serio.

El mundo juzga por las apariencias, y hay pocos pretendientes que no se asusten ante la perspectiva de ser maridos de una señorita que á los diez y ocho años tiene los modales de una mujer de treinta y seis, cuya educación, aun á esta edad, dejaría mucho que desear por lo que toca al pudor y á la reserva.

Sé muy bien que esta libertad de maneras es á veces una gran prueba de inocencia; así, no es á las jóvenes á las que debo dirigirme, sino á las madres, que son responsables de todos los errores de sus hijas.

Nuestros trajes tienen actualmente un aspecto excéntrico, del que no se les puede despojar sin caer en la vulgaridad; es preciso, pues, poner en el peinado, en la elección de las telas y de las joyas un cuidado particular, para que nada en estos detalles cause gran efecto: es mil veces mejor llevar un vestido bueno sin apariencia, que llevarlo de ínfimo valor y de colores vivos y llamativos, de corte exagerado y lleno de encajes falsos.

Es de muy mal gusto en el teatro hablar alto, ni aun en los entre actos, y el dirigir los gemelos con persistencia á una persona; asimismo deben evitarse las manifestaciones ruidosas, los testimonios exaltados de un entusiasmo impropio de la modestia y la reserva, que deben ser siempre, y en todas las edades, cualidades distintivas de la

mujer. No es esto desear que sea insensible, sino decir que debe disfrutar en su interior, sin demostraciones ruidosas; y si se demuestra sentimiento, ha de ser siempre con la moderación que conviene á una mujer distinguida.

### III

#### DE QUÉ MANERA DEBE VESTIRSE UNA MUJER ELEGANTE

Saberse vestir bien es una ciencia muy útil, y hasta me atrevo á decir que es una ciencia indispensable en la mujer.

En el papel todo de influencia y de persuasión que está llamada á desempeñar en su familia y en el mundo, no debe descuidar ninguno de los medios que pueden hacer esta influencia real y eficaz.

Porque un exterior agradable entra ciertamente por mucho en la primera impresión, y predispone favorablemente el espíritu para la generalidad de las gentes: estas se hallan completamente dispuestas á conceder las mejores cualidades de corazón y de inteligencia á una mujer graciosa en sus maneras y vestida con gusto y distinción.

Hay alguna cosa muy justa en esta apreciación, en apariencia poco fundada; porque el sentimiento artístico se revela claramente en ciertas líneas del traje, en el corte en una confección, en la colocación de los adornos del mismo, en la armonía de los colores y de las tintas, y en la elección de las joyas.

La sencillez y la modestia naturales imprimen también su sello en el traje y hacen augurar bien de la mujer, revelando el lado serio de su carácter.

Una exquisita limpieza, un cuidado minucioso de los detalles, indican el amor al orden, el espíritu de rectitud en las costumbres; y si esto es innegable, tengo razón para afirmar, mis queridas señoras, que el arte de vestir debe ser en la mujer objeto de un estudio detenido.

Sin embargo, este estudio no debe absorber un tiempo preciso, en perjuicio de deberes y de ocupaciones más serias, ni conducir como resultado á gastos exagerados y fatales al equilibrio de la casa; pero mis lectoras son demasiado inteligentes para establecer una línea de demarcación entre lo que es justo y razonable, y lo que sería malo y peligroso.

El lujo llevado demasiado lejos en el traje no está verdaderamente autorizado, por otra parte, más que contando con una gran fortuna; toda mujer colocada en una situación modesta obrará prudentemente no afectando ninguna excentricidad, aunque sea notablemente bella y aun cuando deba á su industria y á su destreza la posibilidad de lucir trajes llamativos.

El mundo es despiadado para las mujeres en general, y juzga por lo que ve, sin tomarse la pena de ir á buscar el origen, y sin descender al fondo de las cosas; es, pues, inútil el dar pábulo á su

malevolencia, pareciendo querer imponerle la obligación de admirarnos.

Una mujer de talento debe, por otra parte, ser extremadamente cuidadosa de la respetabilidad completa y absoluta de su casa, hasta en las cosas más pequeñas, y no hay medio mejor para adquirir y conservar esta respetabilidad que ser fiel á las reglas de la prudencia, que prescriben no rodearse más que de las cosas que estén en perfecta armonía con la situación de cada una.

Después de estas observaciones generales, entraré aquí en otros detalles que no juzgo inútiles: he repetido algunas veces que el gran arte de vestir consiste en conocerse y en no adoptar más que las modas que convienen á la edad, á la figura y á la condición social: ciertas observaciones que he hecho en el mundo me han conducido á sacar conclusiones y á formular algunas reglas: la vista de los ridículos que se ignoran me ha inspirado la idea de venir en ayuda de las mujeres que, no habiendo hecho como yo un estudio de estas diversas cuestiones, se alegrarán de hallar aquí principios generales, que las ayuden á evitar escollos que no conocían.

Uno de los más grandes errores, una de las más grandes herejías femeninas consiste en buscar la atenuación de los defectos físicos en la oposición de los contrarios; ántes bien, en materias de modas es lo mejor seguir el sistema homeopático y tratar las imperfecciones por los semejantes,

como el solo medio de hacerlas más soportables y de evitar el ridículo.

Si una mujer demasiado gruesa se pone un corsé muy oprimido y un vestido demasiado estrecho, creyendo hacerse más delgada, parecerá enorme así empaquetada, y viendo que está la tela cerca de estallar.

Si una mujer muy delgada se hace los vestidos muy holgados, parece que anda vagando dentro de su traje, y se cree que en vez de ser delgada es flaca.

Es, pués, preciso usar de un sistema diametralmente opuesto.

Cuando una mujer es gruesa y el talle pesado, es lo mejor llevar el corsé y el cuerpo del vestido holgados para tener el libre ejercicio de los movimientos y de la respiración, y la imperfección será mucho ménos visible, ó cuando ménos, no tendrá nada de ridícula.

Cuando una señora es delgada ó flaca, los cuerpos de los vestidos deben adaptarse exactamente al de la persona; teniendo cuidado de que el corte sea irreprochable, el talle así no tendrá nada de desgraciado.

Sucede lo mismo con los guantes: las manos que tienen los dedos gruesos y cortos y la palma carnosa no pueden encerrarse en guantes que tengan dos puntos ménos que su tamaño, sin que presente el aspecto más ridículo: las manos así oprimidas parecen siempre de lugareña, y cada vez

que se las ve torpes, prensadas en su estrecha cárcel, parece que se ponen los guantes por la primera vez de su vida.

Una mano delgada y diáfana metida en un guante grande parece indicar poco cuidado en los detalles de la elegancia, y además parece mucho más delgada de lo que es verdaderamente.

Se podrían extender estas reflexiones al calzado, al peinado y á los sombreros: nada hay tan risible como una mujer muy alta y muy gruesa, ataviada con un sombrero pequeño y elegido lo más bajo de forma posible con el pretexto de *no hacerse* más alta: únicamente puede compararse en lo ridículo á una mujer muy pequeña que se pone un edificio de terciopelo, de plumas y de flores, encargado expresamente con el fin de elevar su estatura algunas pulgadas.

No quiero insistir demasiado en estos detalles pueriles; he querido sólo dar una idea general, y estoy segura de que mis lectoras me han comprendido y saben que mi deseo es sólo evitarles errores que les sean perjudiciales. Vengamos ahora á un asunto en extremo delicado y nunca tratado con la lealtad que le es necesaria; yo me he propuesto decir aquí la verdad de todo, y la diré con la mejor y más noble intención, como siempre que tomo la pluma.

Como la joven, ya sea casada ó ya sea soltera, que ostenta en su persona todas las extravagancias de la moda llama la atención de una manera poco

halagüeña, del mismo modo, y aún más, la llama la mujer ya entrada en años, que no quiere apercibirse del cambio que se va operando en su persona. En uno como en otro caso, la dignidad sale muy perjudicada; el traje, mejor dicho, la elección de éste y la de los accesorios que le completan, no es otra cosa que la profesión de fe de nuestros gustos, de nuestros sentimientos y tendencias particulares: la muchedumbre que no nos conoce, las relaciones que no tienen tiempo de estudiarnos, los desconocidos y los indiferentes, en una palabra, no pueden juzgarnos más que por nuestro exterior; y esta parte de la sociedad desaprobará igualmente el frenesí irreflexivo de una joven que adopta todos los caprichos de la moda, la anciana cuya indiferencia degenera en incuria y en el olvido de sí misma, y la mujer que, tocando ya en el invierno de la vida, se empeña en lucir las frescas galas de la juventud, se pinta, se oprime el talle, y degenera, en fin, según la gráfica expresión de una persona de gran talento, en *mártir del diablo*.

Conforme va adelantando en edad, la mujer debe no perder nada de su elegancia habitual; pero necesita irse alejando de las exageraciones de la moda, copiándola, si no en todos sus detalles, en su fisonomía general; los adornos de sus vestidos deben ser más sencillos que los adoptados para las jóvenes; pero estos adornos no serán anchos cuando se estilen estrechos, ni vice-versa;

cuando han perdido los cabellos, nada tiene de extraño que los compren al peluquero, no para hacerse peinados voluminosos, no para correr el riesgo de que las ridiculicen, sino solamente para peinarse sencillamente según su edad y según el gusto reinante, el cual tiene siempre acomodamientos con la ancianidad digna y respetable.

Se puede mostrar, y á veces es muy bella, una cabeza blanca; pero no se debe mostrar desnuda de cabellos, ya en todo, ya en parte, porque esto es muy desagradable á la vista; para evitarlo, hay en el arte de peluquería—tan adelantado hoy—remedios fáciles, sencillos y de buen gusto, que he visto adoptar á damas ancianas, singularmente elegantes y distinguidas, pues la elegancia es de todas las edades y de todas las posiciones.

Una buena modista hace además sombreros para la calle, prendidos para tertulia y teatro, y gorras para casa, que no dejan ver más que la cantidad de cabellos indispensable, y que separándose poco de la forma acostumbrada, tienen un aspecto serio y sencillo.

Las pinturas, las cejas y los labios teñidos, el blanco y el carmín, lejos de disimular los años, los aumentan mucho y dan al semblante un aspecto marchito y fatigado, muy penoso de ver en las mujeres que, llevadas de una invencible repugnancia hacia la vejez, quieren disimularla con un triste afán, como si la vejez, cuando es bondadoso,

noble é indulgente, no pudiera estar también rodeada de simpatías y de tiernos afectos.

Terminaré este capítulo asegurando á mis lectoras que nada agrada tanto, que nada inspira tanto respeto, tanta confianza y tanta estimación, como una señora anciana que sepa aliar la elegancia á una sencillez digna, y que huya de las exageraciones, que aun en la primavera de la vida tienen sus inconvenientes.

La que esto escribe tiene aún la ventura de ver á su madre, y se interesa tiernamente en la dicha, en la paz, en la dignidad y estimación de toda señora de edad avanzada.

#### IV

##### TRAJES DE LOS NIÑOS

Nunca como hoy se ha comprendido qué género de vestidos se debe adoptar para la infancia: á los trajes de los años precedentes, ridículas imitaciones de los trajes de las personas mayores, han sucedido los trajes ingleses, largos de talle y holgados, y que dejan á los niños el libre ejercicio de sus movimientos: así ataviados pueden entregarse á su natural alegría sin temor de ajar los volantes y los lazos de sus vestidos. Esta moda inteligente durará largo tiempo, porque nada mejor se puede inventar.

La moda inglesa, adoptada en todo su *rigor*,

exige que el niño tenga los brazos y los hombros desnudos; pero este uso, cómodo y elegante en el verano, debe tener un límite en todas las estaciones: desde luego, los calcetines no deben llevarlos los niños de ambos sexos más que hasta los seis años; pasada esta edad, es ya conveniente cubrirles las piernas con una media elegante y tan fina como la estación lo exija; añadiendo aquí de paso que esta semidesnudez inglesa es muy imprudente en los helados días del invierno, y expone á las pobres criaturas á mil crueles padecimientos y á enfermedades que abrevian su vida ó la amargan para siempre.

Los transeuntes se apiadan de esos pobrecitos seres tan pequeños, á quienes el frío muere tan violentamente, que sus hombros y sus piernas están tachadas de planchas rojas. ¡Cuántas fluxiones de pecho, cuántos ataques mortales del crup, cuántas anginas son el resultado de esa importación inglesa!

Poco me ocuparé aquí de los niños, pues sus trajes sufren muy escasas modificaciones, y cada uno sabe del modo que se visten; bastará decir que no se les debe hacer trajes costosos hasta que acabe su crecimiento, sino de telas de poco valor, aunque de apariencia fresca y bonita; hasta los siete años, el traje blanco es el único que deben llevar; pero desde esta edad, los trajes de cachemira, de lanilla, y aun de paño en el invierno, deberán ser sencillos y con el menor adorno po-

sible, aunque de corte elegante é irreprochable.

Los detalles son de la mayor importancia: el cuello y los puños de la camisa serán de corte elegante y buena tela de hilo; la corbata, el sombrero ó gorra del niño deben ser buenos y estar siempre nuevos y frescos: desde que el niño deja los trajecitos de piqué ó de franela blanca, es decir, desde los ocho años, deberá habituársele á llevar guantes, y á llevarlos con pulcritud y delicadeza relativas en su edad.

En cuanto á las niñas, debe evitarse como un gran escollo el acostumbrarlas al lujo desde temprano. Sin cesar oímos referir, sin cesar vemos los estragos de esta enfermedad endémica de nuestro siglo; y sin embargo, las madres, con una imprevisión que asombra, visten á sus hijas desde muy pequeñas con telas ricas y costosas, con encajes y joyas que no pueden apreciar en su tierna edad, pero que más adelante apreciarán demasiado y serán para ellas de una necesidad absoluta.

¡El lujo! ¿Qué hay comparable á este azote terrible? ¿Qué fortuna, por sólida que sea, resiste á sus ataques? A veces devora, no sólo los haberes, no sólo todos los recursos, sino también el honor de las familias.

Es preciso hacer entender á las niñas desde temprano, que el lujo, no sólo es ruinoso, sino inútil; que el aseo, la gracia, la elegancia valen mucho más y son auxiliares más verdaderos de la mujer.

Para esto se deberán hacer los trajes de las ni-

ñas de telas muy sencillas: en invierno, las lanas de un solo color; en verano el percal, la batista y el foulard bastan para que las niñas estén siempre vestidas con elegancia, si el corte de sus trajes es acertado y los adornos elegidos con sobriedad y buen gusto.

Lo mismo hay que decir respecto de los sombreros: la faya, el terciopelo, las plumas y los relumbrones son de pésimo gusto para las niñas: el fieltro en el invierno, la paja en el verano, es lo que les conviene más, y en ambos casos sencillamente adornados con algunas flores, que son el ornato más bello para la risueña infancia.

A lo que debe acostumbrarse desde temprano á las niñas, es á una limpieza escrupulosa; que aprendan que el aseo es el mayor encanto de la elegancia, y el lujo de los que no tienen otro; en vez de gastar para las niñas en telas de precio, en gran número de sombreros, debe gastarse en su equipo de ropa interior; la lencería buena y abundante, aunque sencilla, es de primera necesidad; no son precisos los encajes, los bordados, los lazos ni la batista; telas de módico precio, pero de buena vista, y sobre todo, de tejido fino, bastarán para darles ideas de elegancia, de esa elegancia íntima á la que se le da escasa importancia, pero que la tiene muy grande, por ser la más delicada y la que indica el respeto de la propia persona; respeto precioso que nos sirve de escudo y salvaguardia para todos los peligros de la vida.

Es de tanta importancia moral el aseo y la estimación de sí mismo, que yo creo que una mujer con hábitos elegantes desde la infancia, vestida con exquisita limpieza y esmero, lo mismo exterior que interiormente, no es capaz de cometer una mala acción, una de esas acciones vergonzosas que manchan la conciencia; porque la pulcritud y belleza del cuerpo hacen amar la nobleza y elevación del pensamiento y la pura diafanidad del alma.

Las niñas, lo mismo que sus madres y que sus hermanas, no deben ir, ni en las primeras horas de la mañana, ni en ninguna hora del día, con vestidos rotos, manchados ó de mala figura, bajo el pretexto de que en esas horas *nadie las ve*: en lugar de permitirles este abandono, es preciso inculcarles la idea de que no deben vestirse por los demás, sino por sí mismas, aunque nadie las haya de ver, y sólo por el gusto de verse bonitas ó mejoradas en su físico.

La idea de toda belleza enaltece el alma y lleva á las acciones más heroicas; por eso desde la más tierna edad debe inculcarse en el alma de los niños de ambos sexos el culto de lo bello y de lo bueno: rara vez entra la maldad, la alevosía, la envidia, la avaricia, ni ninguna pasión bastarda, en el alma que alimenta el entusiasmo de la belleza y de la bondad, en el alma que tiene idealismo y que guarda creencias ó ilusiones.

Nada de lo que dejo dicho, mis queridas seño-

ras, tiende á induciros á que inculquéis en las almas tiernas de vuestras hijas ideas romancescas y exaltadas acerca de la vida; no: ésta tiene una gran parte de prosaico y de material: lo que debéis hallar, y ese es nuestro deber, es el justo medio entre una virtud severa y la gracia inefable, dote encantador de algunas mujeres, que las acompaña hasta el sepulcro y durante los días de la más dilatada ancianidad.

El gasto de los trajes de levantarse y de interior es superfluo para las niñas: basta con que lleven por la mañana uno de los trajes de salir que se haya deslucido ó quedado pequeño; pero este traje, que esté arreglado á su talla, limpio y hasta lleno de piezas, si es preciso; pero jamás roto ni manchado, ni de una hechura ridícula, demasiado pequeño ó demasiado holgado para la figura de la niña.

Acostumbradlas á cuidar sus cabellos con esmero, como una de las mayores bellezas que deben al cielo; enseñadlas á peinarse solas, sencilla pero elegantemente y con cierta apariencia de negligencia artística; lo mismo os recomiendo respecto de la dentadura de vuestras hijas y de sus manos: nunca es una mujer fea cuando sus dientes son regulares y están bien cuidados, cuando sus manos son blancas y finas, cuando sus cabellos son abundantes y están dispuestos con gracia, cuando su talle tiene una forma graciosa y elegante; y todo eso, mis queridas señoras, lo pueden

adquirir vuestras hijas siendo cuidadosas de su persona.

No les consintáis jamás el que lleven el calzado descosido, torcido y en mal estado; aunque gasten en casa el que ya está deslucido para salir, que esté siempre cuidado y en estado de presentarse con él, aunque sea delante de las personas que puedan llegar de fuera: nada hay más ridiculo que tener que ocultarse cuando llaman á la puerta.

En fin, lo importante, lo imprescindible es hacer que las niñas amen el decoro, la elegancia y el cuidado de su persona; primero, porque es bueno; después, porque es bello; y en ultimo caso, porque esta unión admirable constituye el nobilísimo ideal del alma humana.

## V

### DETALLES ELEGANTES

Los perfumes hacen parte integrante de la *toilette* de la mujer, y creo útil decir acerca de ellos mi pensamiento; tengo de este particular una teoría, de la cual la exposición podría parecer parodójica, pero que estoy convencida de que tiene su valor; y es, que todo perfume que revela su presencia es de mal gusto.

—¿Qué es, pues, un perfume—me diréis,—si no un olor adoptado para dar una sensación agradable al sentido del olfato, no sólo al nuestro, sino también al de los demás?

Tendríais mil razones si me dijerais esto, señoras mías, y vuestra definición no está desacorde en ninguna manera con mi apreciación.

El olor más exquisito se hace incómodo y hasta perjudicial para las personas nerviosas, hasta el extremo de producirles un violento dolor de cabeza cuando es tan penetrante, que se comunica á todo lo que toca la persona que está impregnada de él; un perfume gastado con profusión es intolerable, porque al saturar el ambiente, le desnaturaliza y le vuelve sofocante. Para ser aceptable un perfume, debe ser tan sutil, tan delicado y tan ligero, que se concentre absolutamente en la persona que lo usa, sin comunicarse á todo lo que se le aproxima: con esta condición los perfumes son, no sólo una de las cosas más elegantes, sino también una de las más verdaderamente agradables y atractivas.

Es de muy mal gusto, por el contrario, el usar abundantemente uno de esos perfumes irritantes que llenan una habitación y que sobresalen de un modo que enervan aun al aire libre; es decir, que una mujer así *aromatizada* es, hasta en la calle, una vecindad insoportable.

Cuando se abusa de los perfumes, no se percibe la que los usa del efecto que producen, porque se acostumbra á vivir en esta atmósfera viciada; la finura del olfato se pierde, y por lo tanto, no se puede apreciar la intensidad de los olores: es muy posible que entre mis lectoras haya

algunas que me comprendan y me den la razón en lo que digo.

Basta con usar habitualmente un perfume cuya base sea el ámbar ó el almizcle, para no poder darse cuenta del efecto que causa en los demás: estos olores fuertes penetran en los vestidos, los poros de la piel se impregnan de ellos, y se vuelve una dama, sin saberlo, un frasco de almizcle ambulante, lo que es sobremanera ordinario y de mal tono.

Es además un grave inconveniente el hacernos desagradables á las personas que se nos aproximan; una mujer distinguida debe evitar esto con todo cuidado, así como el llamar la atención con motivo de estas exageraciones; la mujer de buen tono no debe atraer la curiosidad general por nada, pues desde que lo hace deja de serlo; la elegancia de su traje, la distinción de sus modales, le atraerán otros homenajes que deben serle mucho más caros, pues procederán de personas de buena sociedad y conocedoras del verdadero buen tono.

Lejos está de mi pensamiento el excluir el empleo de los perfumes en nuestro tocador; los delicados, y lo son todos los que no tienen por base el almizcle, son agradables en sumo grado, como ya dije más arriba: sólo es preciso elegirlos bien y saberlos usar discretamente.

Para dar un olor agradable á la ropa blanca ó perfumar el pañuelo, no es el medio mejor el empapar los objetos con algunas gotas de una esencia

cualquiera; es preferible el empleo de las almoadillas de olor, que distribuidas entre la ropa blanca, bastan para quitarle el olor especial que adquiere con el lavado y el aplanchado, y para comunicarle un perfume dulce y agradable.

Hay otro refinamiento del gusto más delicado, que consiste en poner entre el lienzo ramas de espliego y hojas de rosa ó de violeta, segun la estacion; estos olores, y sobre todo el primero, que respirados en el campo nos parecen vulgares, entre la ropa blanca, sujetos en el fondo de un armario á una desecación lenta, dan perfumes delicadísimos y de una suavidad extraordinaria, deliciosamente agradable para la ropa de cama y mesa, que habla de ideas de orden, de limpieza, de elegancia, y de esos cuidados inteligentes que una buena ama de casa da á todos los detalles de su interior.

Lo mismo que de los perfumes se puede decir de las escentricidades del peinado; nada es más bello que lo que une la sencillez de los detalles á la elegancia de la forma; todo lo recargado es vulgar, pesado y prosaico: es de necesidad tambien comprender que el peinado que es á propósito para el teatro ó para vestir con esmero, es de todo punto inadmisibile para por las mañanas ó para recibir á sus amigas más intimas en un ángulo de la chimenea; en estos casos el peinado deberá ser mucho más sencillo.

No es tampoco de buen gusto el llevar por la

mañana, ni por la noche para quedarse en casa entre la familia y algún amigo, joyas pesadas, vistosas y de gran precio y tamaño; hay pendientes diminutos de la más bonita forma, joyas de concha, de azabache y de cristal de roca, á propósito para los trajes sin pretensiones; un traje de batista, de percal ó de lanilla hace una perfecta alianza con los cabellos recogidos en un retorcido flojo y sujeto sólo por los dientes de un peine de concha, si es negro el cabello, y de azabache si es rubio; una corbata de muselina blanca es preferible á un escote de encajes y á un rico collar de oro, cuando se trata de trajes sin pretensiones. La armonía es la gracia universal, y la sencillez es tan bella y tan atrayente, que las mujeres dotadas de gran inteligencia la usan lo más que pueden, porque saben que es lo más cautivador que existe y lo que atrae todas las simpatías.

## VI

### ELEVACIÓN DE GUSTOS EN EL INTERIOR DE LA CASA

Pudiera muy bien haber incluido el presente capítulo en el anterior, pues casi es el mismo su asunto; pero deseo no ser fatigosa á mis lectoras, y que este libro sea, más bien que su preceptor, un amigo que les dé solaz en pequeños periodos y con el que puedan estar en conversación íntima.

Ya hemos hablado de la casa; ya he descrito

de qué modo deben estar amuebladas todas sus habitaciones, según lo que he podido deducir en lo que he viajado, observado y visto, y en lo que he oído á personas de reconocido gusto.

Pero además del mueblaje y de los objetos que generalmente se necesitan, hay una multitud de detalles á los que se debe atender, y que dan á la casa la fisonomía distinguida que indica ser su poseedora una mujer de exquisito buen tono: la explicación de estos detalles debe, á mi parecer, colocarse en este lugar, y no en el del mueblaje general de la casa; y aun pudiera, como ya he dicho, haberla colocado en el capítulo anterior.

Sin embargo, le doy sitio aparte para mayor claridad y para que forme un período separado que se pueda leer y estudiar de preferencia, si fuese necesario.

El arreglo de una casa depende sin duda de la educación que ha recibido la que es la señora y propietaria de ella; pero la armonía, la elegancia perfecta de los detalles, es, sobre todo, el resultado de cierto tacto que adivina lo que va mejor á la colocación de los muebles y lo que agrada más á la vista.

De poco servirán los detalles más elegantes y el cuidado más perfecto en el traje de los diferentes individuos de una familia, así adultos como niños, si en la casa se halla todo descuidado ó colocado con negligencia y abandono.

Ya que hemos dibujado los más delicados ras-

gos de las figuras, daré ahora las pinceladas últimas del cuadro.

El orden y la limpieza son casi siempre materiales; es posible educar una ó más domésticas, y acostumbrarlas á poner cada cosa en su sitio y á tenerlo todo limpio; pero el arreglo de los objetos tiene armonías secretas con el alma y tiene conexiones invisibles hasta con la virtud.

Se dice de algunas personas privilegiadas, que poseen el instinto de lo bello en los ojos: esta imagen no expresa con verdad el pensamiento de los que la usan: el instinto de lo bello no está en los ojos de esas personas; está en su alma.

Bajo su mano todo se trasforma; estas mujeres tienen el privilegio de comunicar la belleza á cuanto tocan: la cortina que levantan adquiere pliegues más graciosos; la tapicería que han elegido tiene más frescura; los muebles que colocan son más elegantes; las flores tienen más dulce aroma y más bello colorido.

Estas mujeres son más que un tesoro: son la ventura para una familia.

Mis jóvenes lectoras, procurad adquirir esta ciencia preciosa y no tan difícil como á primera vista parece: la lectura, la reflexión, el ejemplo de vuestras amigas verdaderamente elegantes, los cuidados que tengáis con vuestros libros, con vuestra ropa blanca, os iniciarán poco á poco en estos graciosos secretos que debéis desear tanto conocer, y que trasforman en deliciosas moradas

las casas que sin estos cuidados parecerían apenas habitables.

¡Esta habilidad depende de tan poco, y al mismo tiempo de tantas cosas!

No es, por cierto, un mueble, un cuadro, un vaso con flores, lo que la constituye: es una mano que dispone los objetos: es un *no sé qué*, que habla del gusto de la señora de la casa: el instinto de lo bello de una sola persona, aunque esta persona sea la hija menor de la familia, una niña de muy corta edad, imprime su influencia en el arreglo de la casa en que ella pueda tomar parte, en la delicadeza de los detalles que se le confían.

Velad por el bienestar, por el buen gusto de vuestro interior, mis queridas señoras: cuidad vuestros hogares, y los hombres (que son casi todos niños grandes) tomarán caminos más nobles que los que hoy siguen, y el matrimonio recobrá su importancia y su alta misión.

¿Se trata de adornar un salón? No consultéis más que á vuestro buen gusto y á vuestros recuerdos, y pronto sabréis la manera de adornar una chimenea, de colocar los cuadros, de armonizar el color de los muebles con el del papel, de retirar lo que puede chocar á los ojos, de adornar el velador con álbums y libros elegantes.

¿Se trata de la habitación de los que amáis, del cuarto de vuestro padre, de vuestra abuela, ya tan anciana, que sólo puede recibir el placer que vos le proporcionéis?

Consultad á vuestro corazón y á lo que sepáis que es de su gusto.

Cuidad mucho de la ropa blanca de vuestro padre, de vuestro esposo y de vuestros hermanos, y que sepan que sóis vosotras quien la preparáis. La ropa blanca es casi el solo lujo de un hombre, y el que más estima, estimándole mucho más cuando sabe que cuida de él una mano querida.

Asead vosotras mismas el gabinete de trabajo de vuestro esposo, para que los criados no desarreglen sus libros y sus papeles: que vea siempre flores sobre la chimenea, y que el fuego de ésta se encuentre siempre, durante el invierno, bien entretenido: poned sus periódicos siempre en el mismo sitio, y sus trajes de casa donde los pueda tener siempre preparados y prontos á servirle.

Rodead á vuestros padres y abuelos, si aun contáis con la dicha de tenerlos á vuestro lado, de esas atenciones delicadas que tanto estiman las personas de edad, y que no se atreven á pedir: alejad de su cuarto todo lo que les pueda molestar y ocupar el terreno; pero tened al alcance de su mano esas provisiones ligeras, esas dulzuras de capricho que les agradan lo mismo que á los niños: un plato de cristal lleno de dulces, una bandejita con frutas, un frasco de jarabe, puesto con una copa de cristal liso en un plato de porcelana; todo esto, colocado en una mesita en el cuarto de uno de esos ancianos que han consagrado su vida á amarnos, les hace dichosos y les libra de desear

en vano lo que, como ya he indicado, no se atreva á demandar.

Las personas de edad avanzada aman las cosas antiguas de que se han servido durante largo tiempo; poned al alcance de su mano sus libros preferidos; no cambiéis nada de su sitio sin que consientan en ello, y aunque coloquen algún objeto de una manera chocante, respetad esta manía.

Vuestra madre, vuestra abuelita, ¿se imagina que es aún útil para alguna cosa?

Facilitadles cuanto os piñan, elogiad su habilidad, y sobre todo, como medio supremo de agradecerlas, pedidles consejo alguna vez.

Su habitación debe ser la más cómoda y la mejor cuidada.

Hablemos ahora de los aposentos de vuestras hijas, en los que procuraréis se reflejen el candor de su alma, la inocencia y la bella sencillez de su edad cuando son niñas y al entrar en el florido camino de la adolescencia.

Frescas tapicerías de tintas delicadas, cortinas siempre muy blancas en las ventanas y en el lecho; ningún cuadro de precio, pero muchos recuerdos; diplomas de premio en sus estudios, puestos en marcos sencillos; gran cuadro encerrando recuerdos de amistad, retratos de amigas, flores secas, presentes de imágenes, llevando cada uno al pie el nombre de una profesora ó de una amiga, y una fecha que recuerde la dádiva y el cariño que significa; tales son los detalles que dan un as-

pecto encantador á la habitación de una jóven que aun reposa tranquila bajo el ala maternal.

Sobre la chimenea, ó sobre una mesita, si el aposento carece de aquélla, deberá haber una estatuita de la Virgen, y ante ésta, en un vaso de porcelana ó en una copa de cristal, algunas ramas floridas, que se renovarán con frecuencia.

Mis queridas niñas, que haya en vuestra habitación labores hechas por vuestra mano, ó por la de vuestras amigas de pensión que os las hayan dejado como recuerdo de afecto; y que algunos velos ligeros de crochet, hechos por vosotras en las largas noches del invierno, oculten, cubriéndolos graciosamente, todos los objetos que sirven para vuestro tocador.

Sobre el pequeño buró en que escribáis, colocad una reducida biblioteca, *la vuestra*, compuesta de vuestros libros de premios, de los regalados por vuestros padres ó hermanos, y de algunos de esos volúmenes piadosos que alimentan el espíritu y le consuelan en sus tribulaciones.

Vuestro cuarto debe ser un asilo y un santuario; no le dejéis, pues, despojado de lo que hace amar un lugar de reposo: el orden, la piedad, unidos al buen gusto.

Dadle frescura y elegancia, y él os dará pensamientos de dicha y de inocencia.

La ciencia de los detalles es de la mayor importancia.—Nada atormenta tanto como esas pequeñas cosas hechas de una manera contraria á la

que se desea, y como esos pequeños vacíos que nos recuerdan á cada instante que nos faltan muchas cosas, y que impacientan tanto más, cuanto menos se atreve uno á quejarse.

Poco á poco el disgusto de la vida de familia nace en el corazón, crece excitado por la imaginación, y se va á buscar en otra parte el bienestar que no se halla en la propia casa.—Este bienestar el hombre lo encuentra, aunque á muy amarga costa; la mujer no lo encuentra jamás.

¿Queréis fijar á alguna persona cerca de vosotras? ¿Queréis que vuestro esposo, vuestros hijos, vuestros hermanos, se hallen mejor á vuestro lado que en ninguna parte?

Que hallen al derredor suyo todos los pequeños objetos que puedan necesitar, todos los pequeños caprichos que les conocéis, y que no os confesarán jamás por miedo de pareceros ridículos.

Si queréis no perder el tiempo y no sentir nunca accesos de mal humor, rodeaos de todo lo que os es necesario y servíos por vosotras mismas en todo lo posible.

La limpieza, el buen orden, la igualdad de carácter, el lujo y el buen gusto, que sólo exigen algunos cuidados, son el imán que unen á la familia y la hacen hallarse bien en el interior de la casa; el colocar cada cosa en su sitio, limpia y luciente, alegra los ojos y el corazón, y las horas se deslizan embalsamadas de dicha, pareciendo siempre demasiado rápidas.

Los buenos cuadros hacen desaparecer las distancias; los interiores graciosos atraen y fijan en ellos á las familias.

## VII

### INVITACIONES Y CONVITES

No es lo mismo una cosa que otra de estas dos, y aun debo decir que difieren bastante.

La invitación se hace en carta autógrafa ó en tarjetas impresas, éstas de mayor ó menor tamaño, según el carácter de la fiesta ó de la comida, pero siempre por escrito.

Los convites, al contrario, son verbales; á veces un convite se encierra en una sola frase afectuosa; se puede responder al instante, aceptando ó excusándose, ó bien al día siguiente enviar á la persona que ha hecho el convite dos palabras de gratitud con la excusa ó la aceptación.

Las invitaciones para una gran comida se deben repartir con lo menos ocho días de anticipación, y mejor quince, por si acaso las señoras tienen que hacer ó reformar algún traje; esta invitación está impresa en una gran tarjeta de vitela ó de papel glaseado, que tiene doce centímetros en cuadro.

La fórmula es la siguiente:

«Los Condes de X..... reciben la noche del..... á sus amigos.»

En la parte inferior de la tarjeta se pone la mención que indica el objeto de la reunión.—«Se bailará.»—«Se hará música.»—«Se representará una comedia.»

Cuando no hay mención explicativa, se trata sólo de una recepción y de una *sauterie* al piano; sin embargo, las tarjetas de grandes dimensiones indican siempre que la concurrencia será numerosa y la reunión de importancia.

Toda invitación de este género debe ser enviada con bastante anticipación, como queda dicho; la persona que la recibe, ya piense asistir ó excusarse, debe enviar una tarjeta de visita inmediatamente, que es como acusar el recibo de la invitación; no hay necesidad de poner en esta tarjeta que se acepta ó se excusa de asistir el que la envía; si se asiste, la respuesta está dada; si no, á los ocho días se hace una visita y se manifiesta una causa verosímil que sirva de excusa á no haber concurrido; la visita se hace también si se asiste á la fiesta, elogiando, en el curso de la conversación, la brillantez, orden y buen gusto que han presidido en ella.

Las invitaciones para un día de recepción semanal se hacen en tarjetas más pequeñas, con indicación del día de la semana y en esta forma:

«Los Sres. de S. se quedan en casa los lunes, é invitan á V. en ese día á tomar una taza de té.»

(*De confianza.*)

Las invitaciones para comidas dicen así:

«Los Marqueses D..... ruegan á los Sres. W. que les hagan el honor de acompañarles á comer el día..., etc.»

En la parte inferior de la tarjeta se añaden estas letras:

«S. R. L. R.» (*Se ruega la respuesta.*)

La persona ó familia que recibe una de estas tarjetas, debe responder inmediatamente una frase cortés, diciendo si acepta ó no, á fin de que las personas que dan la comida puedan, en el segundo caso, invitar á otra persona.

Se invita para las reuniones pequeñas, almuerzos, tés de confianza, etc., con tarjetas de visita, en cuya parte inferior se pone la invitación manuscrita.—Es del mejor gusto el contestar con una palabra cortés aceptando ó excusándose de asistir.

Los convites son usuales entre las personas de confianza, y, como ya he dicho, se hacen casi siempre verbalmente ó por medio de una esquela; es decir, que encierran mucha menos ceremonia que las invitaciones; se contesta á ellas de palabra.

En el hecho de no contestar á un convite ó á una invitación, está dicho que se acepta; y no debe olvidarse en ninguno de los dos casos el hacer una visita antes de pasar ocho días, á la familia que ha hecho la invitación ó el convite.

Las invitaciones se dirigen también muchas veces á las personas ó familias que, viviendo en la ciudad, pueden hallar placer en pasar algunos días en el campo: si alguna de vosotras, mis queri-

das señoras, tiene una bella posesión rural ó campestre, en la que pasáis desde Mayo hasta Septiembre, podéis invitar á vuestras amigas con sus familias, unas después de otras, á fin de que participen de vuestra agradable y tranquila vida; pero en ese caso, podéis contar con que tendréis que soportar muchas molestias y muchas decepciones.

Si es que sois invitadas, procurad no hacer sufrir lo que os incomodaría ú os ha incomodado á vosotras, y llevad un ánimo sereno y complaciente para tomar parte en las diversiones campestres.

La cuestión de los trajes es un poco difícil para dar reglas fijas; no obstante, las hay, y voy á procurar expresarlas aquí, aunque depende de la localidad y de los usos de cada población.

En las grandes capitales se puede dar como regla fija que está permitido el llevar traje escotado para toda reunión nocturna que se ha hecho con diez días de antemano y en tarjeta grande.

Para invitación de banquete ó gran comida es lo más propio el traje semiescotado, es decir, con escote cuadrado ó en forma de chal, con las mangas que pasen poco del codo, y guante largo.

Para tés, reuniones de confianza, teatros y comidas en familia, el cuerpo alto con gola ó pequeño cuello de encaje es lo más elegante y lo más adoptado, haciendo los vestidos de lanilla muy fina, foulard, y hasta percal francés, si está elegantemente adornado.

Los trajes blancos de muselina durante la primavera y el estío son de la mayor elegancia para las jovencitas, y para las señoras de pocos años: la batista de lana blanca, adornada con tiras de raso blanco también, es lo más bonito que se puede imaginar, tratándose de fiestas de pocas pretensiones.

### VIII

#### RECEPCIONES.—BAILES Y CONCIERTOS

No aconsejaré á ninguna dama que tenga que cuidar del buen orden de un hogar, que reciba con frecuencia en su casa, que tenga siempre la mesa puesta, el piano abierto y una orquesta prevenida.

No; nada hay más caro, más molesto, más ocasionado á disgustos que las recepciones: cada noche que se abre un salón á los amigos de la casa, se presentan en él nuevas personas, conducidas por los asistentes habituales: de aquí las visitas el tener que devolverlas después de recibir las, cuando son señoras, lo que ocasiona una pérdida de tiempo muy sensible para los quehaceres de una casa bien organizada.

Sin embargo, hay posiciones en las que es preciso recibir, y en cualquiera posición hay ocasiones que obligan á lo mismo.

Un traje sencillo y de buen gusto es la primera de las necesidades para recibir, y sobre todo,

modesto, para no demostrar ningún deseo de eclipsar á las damas que asistan: las luces deberán ser abundantes; bien limpias, para que alumbrén con toda la claridad posible, y bien distribuidas en la casa: las chimeneas y caloríferos han de estar llenos de fuego y bien *eniretenidos* ó cuidados por un criado, cuyo solo cargo será la inspección y alimentación de aquéllos.

No es preciso que la casa esté adornada con mucho lujo, para que la estancia en ella sea agradable: las flores, las luces y la comodidad en los asientos son los únicos puntos indispensables: en las recepciones de confianza se suelen servir dulces y té á la mano, y se alterna entre la conversación, la lectura de poesías y la audición de algunas piezas de música; y sin embargo, á pesar de que el movimiento del auditorio no ha de ser grande, deberán retirarse todos los muebles pesados y todas las colgaduras que embarazan los huecos de los balcones y que impiden el paso del aire cuando hay que abrir para renovar la atmósfera enrarecida por los hálitos de muchas personas, por los perfumes de las damas y de las flores y por el humo que siempre se escapa de la sala de fumar.

En las noches de baile es de absoluta precisión retirar todos los muebles y colocar las sillas en doble fila alrededor del salón ó salones: tomáos, ya que recibís, esos mil cuidados indispensables, de los que nadie os puede aliviar: haced colocar

una marquesa (sofá), con un espejo grande encima, frente á la puerta de la escalera; ésta estará adornada con macetas de flores: velad para que el guardarropa esté bien caldeado y para que haya en él dos ó tres mesas con espejos, acericos llenos de alfileres, paquetes de horquillas, dos ó tres cajas de polvos de arroz, con una borla en cada una, y un peine: es lo menos que se debe á las damas que van á honrar una fiesta con su presencia.

Arregladas con cuidado y de antemano las habitaciones, la señora de la casa debe situarse en la puerta de entrada del salón, con su marido, para saludar á las personas que vayan entrando, cuidando sus hijas, hijos ó personas de toda la confianza de la familia que recibe, de que los invitados hallen asiento, así como de que todas las jóvenes bailen; de vez en cuando es preciso ir á informarse de si los concurrentes se hallan bien, diciéndoles algunas palabras amables; sobre todo, si son señoras, acerca de su belleza, de su elegancia ó de sus talentos para la música.

Es necesario que la señora que recibe tenga la vista fija en todo, sin olvidar tampoco las mesas de juego, á las que se sientan los señores de edad avanzada, que ya no se divierten ni con la agitación del baile ni con las armonías de la música.

El papel de ama de casa es tan incómodo y tan difícil, que no se aviene con todos los caracteres; no obstante, para *recibir* hay que hacerlo

después de tener la intención firme de no faltar á ninguno de los deberes que impone.

Casi los mismos cuidados que un baile impone un gran concierto, y quizá más: es preciso cuidar de que todos se luzcan cantando ó tocando el piano, y de que el programa no se altere en nada, para evitar quejas y rivalidades: no es menos preciso cuidar de acompañar al piano á las señoras que cantan, darles el brazo cuando terminan para conducir las á su asiento, y cumplimentarlas cortés y afectuosamente por el buen rato que han hecho pasar á todos con su habilidad y talento.

En las grandes reuniones, sea baile, sea concierto, ó ambas cosas, en que se sirve de cenar, la vigilancia del ama de la casa para atender á todos debe ser incansable: generalmente, no siendo el comedor muy dilatado, los invitados van á él por tandas, y entran unos al salir otros: es esencial que estas tandas sean de pocas personas, y que sólo entren en el comedor aquellas que buena-mente quepan en él, dejando sitio para servir á los criados, y evitando de esta suerte el manchar los vestidos de las damas, empujándolas un brazo ó pasando tan cerca de ellas, que se las moleste y se les cause angustia.

Si en vez de invitar á fiestas en vuestra casa sois invitadas á las ajenas, como no puede menos de suceder en justa reciprocidad, procurad, mis queridas señoras, llevar un espíritu benévolo y complaciente, que todo lo halle bueno y agradable

y haced que vuestras hijas ó hermanas jóvenes procedan de idéntica manera: las burlas, las críticas, el descontento de todo lo que se ve, indica á la vez mala educación, bajeza de alma y mezquindad de espíritu: enseñadles la afabilidad, y que jamás ofrezcan un rigodón ó un vals, si la reunión es para bailar, sin pensar antes en si lo tienen ó no comprometido: la falta de memoria en este particular ocasiona querellas muy desagradables y de muy mal gusto. No permitáis que las jóvenes que os acompañan se separen de vuestra vista, ni que se vayan á dar vueltas por los salones con un caballero que no os haya sido presentado: tampoco deberá bailar con ellas ninguno que no haya llenado este requisito por medio de la señora de la casa.

La sencillez en el traje y en las maneras es del mejor gusto; las palabras mordaces ó satíricas, las carcajadas, las disputas, lo mismo que la exposición de escotes exagerados en los trajes, de joyas pesadas y vistosas, de colores fuertes y llamativos, os robarían las simpatías de las personas verdaderamente distinguidas.

## IX

## CONCLUSIÓN

Pienso que, así en esta como en las otras tres partes de este libro que anteceden, he cumplido fielmente mi propósito de ser útil á mis lectoras.

*Útil y dulce*, como dice el poeta latino, es lo que siempre me he propuesto ser para mis lectoras, y ellas y yo nos hemos comprendido tan bien, que jamás se ha alterado nuestra buena armonía, nuestro mutuo cariño, ni espero se alterará hasta la muerte.

Creo aquí de grandísima utilidad el recopilar todo lo dicho, y el decirlo al mismo tiempo que en nada se opone el que una mujer sea excelente ama de su casa, á que sea la más completa dama del gran mundo y la más distinguida de todas las mujeres.

El aseo, el buen orden, el cuidado de la casa, son partes integrantes del buen gusto y de la distinción, y estas tres cualidades en nada absolutamente contradicen á una prudente economía y á buena administración interior.

¿Qué es el buen tono?

La dignidad sin altanería.

La cortesía sin servilismo.

La confianza sin atrevimiento.

La dignidad sin rigidez.

La gracia sin afectación.

La reserva sin desconfianza.

La alegría sin trasportes ruidosos.

La instrucción sin pedantería.

El talento sin vanidad.

Sin duda á causa de componerse de tantas cosas, de tantos matices delicados, el buen tono es escaso, y muchas personas que creen poseerlo están más lejos de él por su afectación, sus pretensiones y su vanidad, que las personas sencillas y modestas.

Cuanto más está en su casa una mujer, es de mejor tono: el estar como abonada á todas las fiestas, el ir á paseo diariamente, el mostrarse con frecuencia en cafés muy concurridos, el ir á los teatros á malas localidades, el asomarse mucho al balcón, el ir á misa tarde y muy vestida, el asistir á todas las revistas militares, á todas las procesiones, á todas las fiestas que no cuestan dinero, es del peor gusto; y los hombres conocen muy pronto á todas las mujeres que tienen la manía de la exhibición, se cansan de mirarlas, y bien pronto ni las miran, pues según una gráfica expresión, *se las saben de memoria*.

Estas mujeres, sea cualquiera su fortuna y su posición, aunque aquélla sea muy pingüe y ésta muy elevada, adquieren muy pronto el dictado de *cursis*; dictado terrible y que ya nunca pierden, siendo hereditario para sus pobres hijas.

Los cuidados de una familia querida y de una casa bien ordenada dejan además poco tiempo para

las diversiones, y la manía de figurar amengua el caudal más sólido y mejor establecido: nada hay que deje el cuerpo tan fatigado como una noche de baile ó de sarao: al día siguiente la señora de la casa se levanta muy tarde; los criados, fiando en esto y en la laxitud que ha de dominar á la persona que los vigila, no hacen nada, ó lo hacen todo del peor modo posible, para salir del paso: no se toman cuentas aquel día; los nervios tirantes producen el mal humor; nada se halla bueno, y á esta mala disposición del espíritu hay que añadir el disgusto de haber hecho gastos inútiles, y quizá el recuerdo celoso de otras cuyos trajes han tenido un éxito mucho más brillante.

Sed mujeres de buen tono, lectoras mías: sed grandes damas; la mujer tiene siempre el sitio que sabe elegir y guardar; pero á la vez sed buenas esposas, buenas madres, y cuidad el dulce nido doméstico, dejándolo lo ménos posible.

FIN DE LA PARTE CUARTA

## PARTE QUINTA

### LA BUENA AMA DE CASA

#### I

#### CONSERVACIÓN DE ROPAS, PIELES Y ALFOMBRAS

Empezaré esta sección de mi libro con algunas recetas de probada utilidad para el mejor y más económico arreglo de la casa, y después daré al final una sección dedicada completamente al tocador: la perfumería buena es muy cara, y en casa se pueden hacer muchas cosas excelentes por la mitad del precio que tienen los productos extranjeros.

Trataré en primer lugar de la conservación de los objetos de la casa, de la limpieza de los mismos, y del modo de restaurarlos y componerlos cuando se rompen ó se deterioran; porque ¿de qué servirá tener suntuosos muebles, ricas alfombras y preciosos trajes, si se pierden, se manchan y apolillan?

Es, á mi modo de ver, preferible el tener un mueblaje muy modesto, y hasta muy pobre, pero limpio, sano y bien cuidado, á poseer sillones

cojos, mesas doradas que enseñan la madera á pedazos, alfombras apolilladas, y lámparas y candelabros rotos ó desapareados.

La ropa de invierno es generalmente bastante cara, y debe cuidarse mucho para que la polilla no haga su presa en ella, lo que sucede tanto más cuanto sea mejor la calidad de las telas.

Es preciso, pues, acepillar muy bien con un cepillo fuerte todos los vestidos y abrigos de telas de lana; extenderlos sobre una mesa de modo que no cojan arrugas, y poner entre los pliegues pedazos de alcanfor del tamaño de un huevo de paloma.—Hecho esto, se doblan y se colocan entre una sábana de hilo, poniéndolos después en un cofre muy bien cerrado.

Hay otros olores con que sustituir el alcanfor, y que son, como éste, particularmente antipáticos á los insectos; las hojas de alguna hierba de perfume fuerte, como espliego ó salvia, alejan también la polilla, y aseguran que los polvos de almizcle la matan igualmente; pero nada es tan probado y tan seguro como el alcanfor; para que pierda la ropa el olor desagradable de esta sustancia, basta con poner las prendas de vestir un día al aire.

Con las pieles ó prendas guarnecidas de pieles se usa el mismo procedimiento; pero como son aún más delicadas que las telas de lana, es lo más eficaz y seguro colocarlas en un cajón de una cómoda, entre dos papeles rociados ligeramente con

esencia de trementina: el aire libre disipa igualmente este olor.

Las alfombras que se pueden desclavar fácilmente, se sacuden y apalean fuera de la casa, se barren con una escoba de grama mojada, y se enrollan, poniéndoles dentro pedazos de alcanfor ó polvos de pelitre (1); después se las ata, y se las coloca en una pieza ó cuarto donde no haya ninguna humedad.

Por lo que hace á las alfombras que se dejan extendidas y á las sillerías de lana, á las primeras se las barre muy bien y se las rocía con polvos de pelitre, sembrándolas además de alcanfor deshecho en polvo: las sillerías se cepillan bien, se las rocía con polvos de alcanfor y se les ponen cubiertas de lienzo fuerte, bien cerradas con botones y ojales.

A pesar de acondicionarlo bien todo al empezar el calor, debe darse vuelta de vez en cuando á cuantos objetos quedan enumerados, á no ser que se deje la casa para un viaje de verano, en cuyo caso se seguirán las instrucciones siguientes, y que pueden regir lo mismo cuando se deja una casa de campo para volver á la ciudad en la estación de los fríos, que para dejar bien arreglada la residencia de invierno al irse al campo.

La señora cuidadosa de su casa, que deja una bella residencia campestre para ir á habitar algunos meses la ciudad, debe tomar una serie de pre-

(1) *Pelitre*: se conoce también con el nombre de *raíz sativaria*.

cauciones muy necesarias para que nada se pierda en su ausencia.

Cuando no se deja en la casa una persona de confianza que continúe ejerciendo cierta vigilancia, es preciso sacar de ella todo lo que pueda tentar á los ladrones ó rateros: yo aconsejo, pues, llevarse toda la plata y toda la ropa blanca de precio: en cuanto á otras cosas de valor también, pero menos tentadoras, y que quizá se expondrían mucho cambiándolas de sitio, como bronce, relojes de chimenea, cuadros pequeños, bellas porcelanas, cristalería y lienzo ordinario, lo más seguro es encerrarlos bajo llave segura en armarios sólidos, ó en un cofre grande de hierro, que regularmente hay en todas las casas de alguna importancia.—Los objetos del mismo género, tales como quinqués, candelabros, arañas y lámparas del techo, que sería penoso y expuesto el desarmarlas, deberán cubrirse con fundas de tela engomada, ó de cutí de tejido fuerte, cerradas por medio de una jareta y de una cinta bien ajustada.

La araña del salón y la lámpara del comedor deberán cubrirse del mismo modo, cerrando la jareta de la funda por la parte inferior.

Los muebles de seda, de terciopelo y de cuero de Rusia se limpian y cepillan con el mayor esmero antes de cubrirlos con las fundas: yo aconsejaré también que se cubran con cutí ó con percalina verde tupida todos los demás muebles y sobre todo los estantitos, las consolas, los armarios

con ornamentos de cobre dorado, y en general todos los muebles tallados, para evitar el polvo, que los echa á perder de una manera lastimosa: el piano es un instrumento tan caro y tan precioso, que nadie quiere dispensarse de hacerle una funda de lana espesa, á fin de preservarle de la humedad y del frío, que le es muy dañoso.

Las cortinas ó colgaduras de lana gruesa son muy molestas para preservarlas: el descolgarlas, limpiarlas y doblarlas bien para encerrarlas en armarios ó baúles, pide la ayuda de obreros, cuando son muchas: para colgarlas de nuevo se repiten esos cuidados enojosos, origen para el ama de la casa de mil desazones: las señoras que quieran evitárselos, pueden hacer una cosa muy sencilla: dos personas, subidas sobre escaleras dobles, cepillarán las colgaduras con cuidado, y después las enrollarán empezando por la parte inferior, poniendo entre los dobleces polvos de alcanfor: enrolladas hasta la varilla ó galería, se sujetan á ésta con cintas de lana ó de algodón, ó simplemente con bramantes: atadas ya en lo alto, se cubren con una funda de tela, que se ata á los extremos: de esta manera se evita el quitarlas: al volver á la casa, basta con sacar las fundas, dejarlas caer y cepillarlas.

En las casas de campo, los objetos de toda clase que sirven para los juegos al aire libre, hamacas, columpios, aros, volantes, etc., deben ponerse al abrigo, á fin de hallarlos en buen estado

y de evitar un deterioro que cuesta siempre muy caro.

Todas estas cosas se harán á la vista y bajo la dirección de la señora de la casa, que no debe dejar jamás tras ella nada en desorden.

## II

### CONSERVACIÓN DE VAJILLAS RICAS Ó USUALES, Y DE LA PLATA, CRISTAL Y MUEBLES

Todas las cosas de uso doméstico necesitan cuidados, bajo la pena de que se rompan ó de que tomen un aspecto sucio y desagradable, lo que es mucho peor.

La vajilla usual, que es por lo regular mucho más resistente que las de porcelana ó loza fina, es también más propensa á deslucirse, y portanto, debe lavarse en agua que no esté muy caliente y con estropajos que no sean muy fuertes, á fin de que no pierda los filetes, florecitas y pequeños dibujos que, no siendo de colores finos, son poco resistentes.

Esta vajilla no debe frotarse jamás hallándose mojada: se deja escurrir y secar por sí misma, y después se le pasa un paño fino y se la coloca simétricamente en el aparador ó mesa de comer dedicada á este objeto.

El mismo cuidado se debe tener con las piezas de cristal, vasos, copas, bandejas y jarros del uso

diario: el acercar al fuego las piezas de loza ó de cristal, es casi perderlas, pues no resisten un calor fuerte, al que regularmente las someten las criadas, poco interesadas en la conservación de los objetos que manejan: así, hay que vigilar con cuidado la cocina y enseñarlas con paciencia y constancia, á fin de que no estropeen el servicio de la mesa, que aun siendo sencillo, es caro para reponerlo con frecuencia.

El mejor medio de conservación para el cristal es lavarlos con agua fría, en la que se deslie un poco de jabón común, cuidando mucho de que no se resbalen las piezas de entre los dedos, y cayendo al suelo se hagan pedazos: para los vasos tallados se usa un cepillo pequeño y se frotan con él, humedeciéndole en agua de jabón, todas las labores de la pieza de cristal que se quiera limpiar.

Las vajillas y cristal de los días de convite se guardan en escaparates cerrados cuidadosamente con cristales: no obstante, á lo menos una vez cada cuatro meses, hay que sacarlo, poner en una mesa una gran vasija de barro llena de agua, y lavarlos con una esponja empapada en agua clara con un poco de sal, á fin de que los colores, en vez de borrarse algún tanto, tomen mayor fijeza: hecho esto, se deja secar y se les pasa después un lienzo de hilo, usado y suave; se limpia muy bien el aparador ó escaparate, y se vuelve á colocar cuidadosamente.

El cristal de Bohemia y de Bacarat, las dos

clases de cristal más bellas que se conocen, se limpian también con agua clara salada: de esta suerte, ni los dibujos mates, ni los arabescos y estrellitas de oro, ni las cifras, ni los blasones padecen nada, sino al contrario; seco ya, se le pasa un lienzo muy fino.

La plata labrada suele guardarse en cofres ó arcones antiguos, entre dos gamuzas, y cubierta con una manta de algodón cuando no tienen sus correspondientes estuches: para limpiarla se pone en una vasija agua bastante caliente, y se la pasa por ella: después se hace un agua de jabón templada, y se la cepilla suavemente con el cepillo mojado en la misma; y por último, se la pasa por agua fría, secándola en seguida con un pedazo de franela. Si quedase alguna mancha, se frota con lejía hervida y el cepillo.

Cuando alguna pieza de plata se ha descuidado, ó se compra algún servicio de plata antigua labrada, ennegrecida, manchada ú oxidada, es preciso preparar un poco de hollín disuelto en aguardiente muy fuerte, y con un cepillito suave frotarla despacio.

Para dejar la plata tan bella y luciente como si fuera nueva, se hace una mezcla de crémor tártaro y greda en partes iguales; se añade un poco de alumbre; se disuelve todo en agua, y se frota con un cepillito, secando después las piezas de plata con una piel de gamuza.

Aconsejaré, sin embargo, que no se laven con

esta composición las piezas labradas de gran antigüedad y trabajo, pues es mucho más artístico y de mejor efecto el que conserven el color un poco oscuro: estos detalles son de suma importancia en el código, frívolo si se quiere, pero encantador, del buen gusto.

Vengamos ahora á la conservación de los muebles, sobre todo á la de aquellos que son delicados y frágiles; en este número se hallan todos los de laca, y sobre todo, esas elegantes y ligeras sillas llamadas *volantes*, porque se trasladan y mueven á gusto de los asistentes á un salón: son también de la misma familia los veladores más ó menos grandes, y las *etagères* ó estantitos colgados que se destinan á libros ó á juguetes.

Cuando el fondo de estos muebles es negro, toma con el uso, y al cabo de algún tiempo, una tinta amarillenta: para devolver su color y su brillo á estos mueblecitos, basta con exponerlos á la helada fuerte de una noche de invierno, ó bien dejarlos en el balcón cuando nieva: el mismo resultado se consigue cubriendo la parte deteriorada con repetidas capas de nieve.

Cuando los muebles de caoba se manchan de tinta ó de grasa, es indispensable limpiarlos también: cuando las manchas de tinta son recientes, desaparecen cubriéndolas con un poco de sal de acederas: se frotan en seguida las manchas con un pedazo de lienzo mojado: si son antiguas, se humedece un pincel en jugo de limón y se le pasa

sobre las manchas: caso de que aun se resistan á desaparecer, el limón se reemplaza por el vitriolo líquido, con el cual desaparecerán sin duda.

Estos cuidados son propios de la señora de la casa; y si tiene personas en que poder descansar de ellos, bueno sería, á pesar de todo, que se haga ante su vista y bajo su dirección, recordando aquel elocuente refrán que tan grabado se halla aún en la memoria de nuestros padres: HACIENDA, TU AMO TE VEA, Y SI NO, QUE TE VENDA.

### III

#### LIMPIEZA DE MUCHOS OBJETOS ÚTILES

Colocaré en este lugar algunas recetas de reconocida utilidad para remediar los desperfectos que el uso trae á los objetos que se usan con mayor frecuencia, ó que no son del servicio de cada día.

##### *Modo de quitar las manchas de tinta.*

Cuando caen en prendas de lienzo blanco ó de tela cuyo tinte sea tan firme que pueda ir á la lejía, basta humedecer estas manchas con unas gotas de sebo de vela ántes de dar los objetos á la lavandera; la lejía quita á la vez la mancha y el sebo: si queda una sombra amarilla, una segunda lejía la hará desaparecer.

##### *Modo de limpiar los papeles y libros manchados de aceite ó grasa.*

Se coloca bajo la mancha un pedazo de papel secante, y se pone sobre la misma una muñeca de algodón en rama mojada en éter: se puede también empapar el algodón en bencina en vez del éter, y el éxito será más seguro.—Si el papel es blanco, se hace una pasta con agua y magnesia calcinada, se la extiende sobre la mancha, y después de seca se raspa con un cortaplumas.

##### *Barniz para los muebles deteriorados.*

Se puede hacer en casa, y con poco gasto, un excelente barniz que devuelve á los muebles de caoba y de nogal su brillo primitivo.

En un fuego muy lento, y en una vasija nueva, se ponen á derretir treinta gramos de espíritu de cera amarilla y treinta gramos de espíritu de terebinto: cuando la cera está derretida, se limpia el mueble que se quiere barnizar; se toma una muñeca de trapo bastante dura, se la moja en el barniz, y se frota con él el mueble, que no tarda en recobrar su brillo.

Esta misma receta sirve para dar brillo al mármol deteriorado por el largo uso: solamente debe hacerse con cera blanca en vez de amarilla.—Además, una vez al año es preciso frotar el mármol con una pasta compuesta de tripol inglés y de

aceite común. Se toma un pedazo de esta pasta y se le extiende sobre el mármol con una muñeca de lienzo.

*Limpieza de los espejos y cristales.*

Para quitar el polvo de los espejos y cristales, basta con lavarlos con un pedazo de muselina humedecida en una mezcla de agua y espíritu de vino; mas para que queden perfectamente limpios y hermosos, es preciso, después de haberlos lavado con la mezcla dicha, hacer otra del modo siguiente: se pone al fuego como medio cuartillo de agua, y cuando empieza á cocer se le añaden dos cucharadas de vinagre bueno y un pedazo de greda blanca que pese diez y seis gramos: se retira del fuego, y cuando está templada se moja en ella un pedazo de muselina y se frota dulcemente los espejos y cristales.

La misma preparación se emplea para limpiar los cristales tallados; pero después se necesita un cepillito suave para quitar las partículas de greda que pudieran quedar en los huecos de las labores del cristal.

No se puede emplear la greda más que de este modo, pues por purificada que parezca, contiene siempre algunas partículas de arena que pueden rayar los espejos.

*Modo de limpiar el mármol de las chimeneas.*

El humo que se introduce en algunas rajadas que pueda tener la meseta de mármol, forma algunas veces manchas negras y pegajosas: se quitan, así estas manchas como otra cualquiera, haciendo una lejía de potasa muy cargada y de cal viva: con una esponja ordinaria mojada en este líquido se humedece el mármol, y se le deja secar por sí solo: al cabo de veinticuatro horas se prepara un agua de jabón, en la que se lava el mármol, y se le deja secar de nuevo; seco ya, se le pasa un pedazo de lana ligeramente mojado en aceite común, y se frota el mármol con toda la fuerza posible.

*Lavado de las telas de lana blanca.*

Se pone el merino, alpaca, cachemir, franela ó cualquier otra tela de lana blanca en una vasija llena de agua limpia, y después de haber estado un rato se cambian á otra vasija que contenga 45 litros de agua, 100 gramos de buen jabón de Génova y 150 gramos de hiel purificada: se lavan las telas en este baño, y se las aclara muy bien en agua pura y ligeramente mezclada con alumbre.

*Lavado de encajes negros.*

Se pasa una hebra de seda negra en la parte superior del encaje, como si se fuera á fruncir, y se hace una lazada en cada extremo: se enrollan

los encajes de modo que formen uno ó muchos paquetes, que se atraviesan en los extremos con algunas puntadas de hilo blanco fino: se preparará un agua de jabón, y se la deja enfriar hasta que esté sólo tibia: entonces se meten en ella los encajes, se les frota suavemente, y se añade un poco de agua caliente: se sacan de esta agua, y se los pone en otra más caliente, también de jabón: se los echa después en otra agua caliente sin jabón, y se repite esta operación hasta que el agua clara, bastante caliente, no conserve ninguna señal de haber pasado por ella los encajes. —Se dejan escurrir éstos sobre un lienzo blanco, se les sumerge después en una vasija que tenga cerveza, y se les deja allí algunas horas: entretanto se calienta una plancha y se extienden los encajes sobre una tela de lana, poniéndolos todo lo tirantes posible, prendiendo con alfileres las lazadas de seda que se han pasado en la parte superior, y poniendo alfileres también en cada una de las ondas ó picos de la parte inferior, de modo que el encaje no forme ninguna arruga: hecho esto, se cubre el encaje con un pedazo de percalina, sobre el cual se pasan planchas muy calientes; en seguida se quitan las hebras de seda y los alfileres. —Cuanto más mojados estén los encajes, quedarán más aderezados después de aplancharlos: la infusión en la cerveza les comunica brillo, y los encajes, arreglados como queda dicho, parecen completamente nuevos.

Para limpiar un velo ó mantilla se hace lo mis-

mo: se puede también, después de lavado, prenderle con alfileres sobre un paño de lana, mojar un pedazo de percalina en cerveza, extenderlo sobre el velo y pasar una plancha muy caliente.

#### *Lavado de encajes blancos.*

Se los descose, se los enrolla en paquetes pequeños, y se asegura cada paquete con algunas puntadas, como anteriormente dije; después de esto se les mete dentro de una bolsita de tela blanca, que se sumerge durante veinticuatro horas en una vasija con aceite común; se prepara un agua de jabón muy espesa y se la pone á hervir; cuando cuece, se pone dentro la bolsa que contiene los encajes; después de un cuarto de hora se separa del fuego la vasija, se saca la bolsa de los encajes del agua ó lejía, se frotan cuidadosamente y sin sacarlos de la bolsa, aclarándolos después en agua tibia, y en seguida, sin que se sequen, se meten en un agua clara de almidón, ó mejor aún en un agua de goma; después de dejarlos en ella un rato, se los saca de la bolsa, se los extiende y se los deja secar.

#### *Limpieza de los botones de metal.*

La moda de los botones de metal para guarnecer los trajes y los abrigos de las señoras da una utilidad verdadera á la receta siguiente:

Los botones que han estado encerrados en un armario cuatro ó seis meses y cosidos á una prenda de vestir, pierden generalmente su brillo, ya sean lisos ó ya labrados: se les devuelve con un poco de paciencia y de habilidad, empezando por cortar en un naipe ó carta de baraja un círculo por el que pueda pasar el boton que se quiere limpiar; la carta preservará la tela del traje de toda huella, mancha ó desperfecto.

Si los botones son de acero y tienen manchas de orín, se les frota con papel de vidrio, si son de acero ó de otro metal cualquiera; pero si no tienen orín, se les frotará con unos polvos compuestos de 50 gramos de blanco de España y de 5 gramos de mercurio dulce, mezclando el blanco, después de molido y tamizado, con el mercurio.—En el momento de ir á limpiar los botones, se humedece la mezcla con espíritu de vino y se frota con un trapo de lana empapado en la pasta.

Cuando los botones de un traje ó de un abrigo son delicados ó de gran precio, hay que tomarse el trabajo, antes de guardar la prenda, de envolver cada boton con un pedacito de papel de seda, bien sujeto para que no se caiga.

*Modo de limpiar los guantes de uniforme y los de piel de Suecia.*

Los militares llevan para los actos del servicio, cuando pertenecen á algún cuerpo de caballería, guantes de gamuza, de castor y de piel de Suecia,

siendo estos últimos también de uso preferente para las señoras; esta receta es, pues, de gran utilidad.

Se raspa una cantidad de jabón blanco y se la hace disolver en agua caliente; se hacen dos partes de esta agua; después de haber lavado los guantes en la primera parte, se repite el lavado en la segunda; se oprimen los guantes en el sentido de su forma para que escurran el agua, advirtiendo que jamas se deben torcer: si no se tiene una mano de madera—como hay en algunas casas para secarlos,—se les estira suavemente, primero á lo ancho y luego á lo largo, haciendo lo mismo con todos los dedos.

Se prepara despues una mezcla de agua y vinagre y de tierra batán, si los guantes son de medio color, y de ocre con agua y vinagre si son amarillos, y mojando en ella una esponjita, se frotan los guantes en todos sentidos; se los deja secar, pero cuidando de estirarlos con frecuencia, pues de lo contrario se pondrían duros y asperos; cuando están secos, se les sacude para hacer caer el polvo, se les cubre con una hoja de papel y se les pasa una plancha poco caliente.

Los guantes blancos de piel brillante se limpian por otro sistema también muy fácil, entendiéndose que dicho sistema sirve asimismo para los guantes color lila y color paja.

Se toma un pedazo de franela blanca, se le humedece en leche, y después en jabón común

raspado en polvo; se frota en todos los sitios sucios, y en seguida se frota con otra franela seca todos los sitios húmedos: esta operación produce mejor resultado si se lleva á cabo con los guantes puestos, y por lo tanto, extendidos en la mano.

*Lavado de las telas de lana negra.*

Se cuece una cantidad proporcionada de hojas de ortiga con un pedazo de palo de jabón, ó sea madera de encina; las telas negras se dejan un rato en infusión con este cocimiento; se frota después suavemente, se aclaran con agua abundante y se ponen á secar, quedando limpias y del más hermoso negro.

*Lavado de las telas de lana de color.*

Se hacen cocer 250 gramos de hojas de tabaco del más común en tres litros de agua; cuando está hirviendo, se moja en este cocimiento un cepillo fuerte, y se cepilla la tela sucia en todas direcciones, volviendo á mojar el cepillo á medida que la tela absorbe el líquido; en último caso, y cuando ya está limpia, se cepilla al hilo derecho, y se la deja secar; la tela queda nueva y brillante y no conserva ningún olor.

Los cuellos más sucios de las prendas de vestir de los hombres no conservan ni la menor señal de grasa cuando se limpian por este procedimiento.

*Limpieza de las cintas de seda.*

Se las pone en remojo con cerveza y se las deja un rato: después se van sacando y frotando suavemente, cambiándolas á otra vasija que tenga otra cantidad de cerveza limpia; se agitan en este segundo baño, y se sacan á que se oreen al aire.—Aun bastante húmedas, se les pasa una plancha caliente.

Este procedimiento es extensivo á las cintas y corbatas, hasta las de los colores más delicados; el acierto depende del modo de frotarlas y del calor de la plancha, que no deberá ser muy fuerte, pues de lo contrario se perjudicaría mucho al matiz de la cinta y hasta al tejido de la misma.

IV

RECETAS DE USO DIARIO É INMEDIATO

Esta clase de composiciones, en extremo variada y de facilísima ejecución, son de gran utilidad, pues además de servir para la limpieza de todas las cosas del uso más diario y más preciso, sirven también para remediar desperfectos y componer roturas y desarreglos de los muebles.

Forman estas recetas como una sección completa, á la cual puede acudir toda señora en esas ocasiones repetidas, y que se ofrecen en las casas

cuando menos se espera, cuando se trata de la descomposición de un objeto..

*Cemento para componer loza y porcelana.*

Se derriten juntas cera y resina en pequeña cantidad, y se añade un poco de mármol pulverizado muy fino; esta pasta se extiende con un pincel en los dos lados de la rotura que han de unir; se ata fuertemente la pieza rota y se deja secar.

*Barniz para el suelo.*

Esta receta es buena, particularmente para los pavimentos de madera, en el que dura muchos meses.—Se lava cuidadosamente el suelo y se le deja que se seque bien.—Se ponen en una vasija 500 gramos de cera amarilla, cuatro litros de lejía (ó de potasa disuelta en agua) y cuatro litros de agua de lluvia.

Se hace cocer esta mezcla durante una hora en la vasija, que ha de ser nueva ó de estaño; á los tres cuartos de hora que está cociendo, se le añaden 125 gramos de cola fuerte, disuelta en agua de antemano, y se deja cocer todo junto durante un cuarto de hora.

Se le añaden 125 gramos de ocre amarillo, se le retira del fuego, y se le mueve hasta que esté solamente tibio. El pavimento debe estar perfectamente seco; se extiende sobre él este betún con

una brocha, que se dirige siempre en el mismo sentido; se deja secar y se le da una segunda mano; cuando el barniz está seco, se le frota con un cepillo y se vuelve pronto limpio y brillante.

Este barniz sirve asimismo para los suelos de ladrillo ordinario, y aun para los de baldosas finas, poniéndose todo de un color claro y muy agradable, y evitando el lavado, tan fatigoso para los criados.

*Manchas en el pavimento.*

Se mezclan un poco de arcilla en polvo y otro poco de carbonato de sosa, de modo que haya tres partes de lo primero para una sola de lo segundo; se humedece en agua esta mezcla y se extiende sobre las manchas de grasa; al cabo de seis ú ocho horas, la mancha ha desaparecido.

*Conservación del calzado.*

Esta receta es utilísima, pues usándola para el calzado de piel fuerte de invierno, le conserva toda su elasticidad sin permitirle secarse, y por consiguiente, ponerse duro y molesto: debe usarse también cuando durante el invierno se gasta calzado fuerte, pues preserva el pié de toda humedad.

Se pone á derretir en el baño-maría un poco de cera amarilla, y se le va añadiendo aceite, hasta que haya dosis iguales de ambas cosas; se mo-

ja un pincel en este líquido y se le extiende sobre el calzado, metiéndole después en un saquito de tela.

Esta preparación, puesta en un bote tapado, se conserva indefinidamente: antes de servirse de ella se la acerca al fuego para liquidarla: cada vez que el calzado absorbe una capa, se le pone otra nueva.—Este procedimiento se emplea sólo con las botas de piel fuerte; pero pueden humedecerse con ella las suelas de todo el calzado y los contornos donde están las costuras.

*Betún excelente para el calzado.*

La economía de esta receta la hace muy recomendable para una casa de familia: el criado á quien se encarga la limpieza del calzado hace un gasto exorbitante de betún para el mismo, sobre todo si hay varios individuos del sexo fuerte, y el hacerlo en casa es de gran utilidad.

En medio litro de vino blanco común se ponen 20 gramos de miel de Gales, 125 gramos de goma arábica, 40 gramos de palo de campeche, 20 gramos de sulfato de hierro, 30 gramos de sulfato de cobre y 30 gramos de azúcar cande: la goma, la miel de Gales y el palo de campeche deben estar quebrantados.

Se colocan todos estos ingredientes en una olla nueva durante cinco días, y se les mueve por tarde y mañana cen una espátula de madera: se cuele

en seguida por un pedazo de tela fuerte, y se embotella, tapándolo cuidadosamente: se pueden doblar ó triplicar las dosis indicadas, pues este betún se conserva durante mucho tiempo.

Es preciso saber la manera de barnizar el calzado para que quede brillante y hermoso: se le frota lo primero con una esponja y un poco de agua limpia, enjugándolo después con un lienzo fino y dejándolo secar; se le frota en seguida con un pedazo de lana, extendiendo sobre él una gota de aceite común; después se le lava una segunda vez, se le enjuga y se le deja secar.—Hecho esto, se extiende el betún con un pincel, se le deja secar durante un cuarto de hora al abrigo del polvo y sin acercarle jamás al fuego; seco ya, se le pasa un cepillo que no sea muy fuerte.

*Cola para pegar el papel que se separa de la pared.*

Sabida es la facilidad con que se despega de las paredes el papel en los pasillos, las antesalas, los pabellones de jardín, etc.: después de muchas investigaciones, se ha descubierto al fin una composición sólida para volverlo á pegar.

Se toman diez y ocho partes de tierra y se deslien en una cantidad de agua suficiente; se deja aposar la tierra, y se vierte sobre ella un poco de cola derretida en agua de antemano, y el doble de yeso: se mezcla bien, y después con una brocha se hace pasar todo por un tamiz: se deslie todo en agua hasta dejarlo como engrudo común.

*Clarificación del aceite de terebinto.*

Esta sustancia, excelente para sacar todas las manchas de grasa, no sirve sino á condición de estar muy depurada. —Para conseguir esto se la pone en un frasco de cristal con dos terceras partes de espíritu de vino muy fuerte: se agita el frasco, y después se le deja reposar; las materias grasas se precipitan al fondo del frasco; se le saca despacio y por decantación, y se repite lo mismo: este aceite, depurado así, se guarda en un bote cuidadosamente tapado.

*Lamparilla económica.*

En una botellita de vidrio ó cristal blanco y límpido se pone un pedazo de fósforo del tamaño de un grano de guisante: se la hace calentar despacio para que no estalle, y después se la llena hasta la tercera parte de aceite común y que esté cociendo, hecho lo cual, se tapa cuidadosamente la botella. —Cada vez que ha de servir, se la destapa y se deja penetrar un poco de aire; se tapa de nuevo y se obtiene una claridad que permite distinguir la dirección de las saetas de un reloj. Si la luz se apaga, basta con destapar la botella para reanimarla, tapándola de nuevo. La experiencia ha probado que esta lamparilla puede durar seis meses sin renovarla.

*Licor insecticida.*

En un litro de agua clara se ponen una cucharita de café llena de guasia en polvo y 30 gramos de jabón; se hace hervir todo junto durante quince minutos; se toma después una esponjita, se empapa en esta agua, y se van mojando con ella las plantas atacadas de insectos: instantáneamente quedan éstos destruídos, y las plantas y los árboles recobran el vigor.

*Conservación de frutas.*

Cuando no se dispone de un local especial para guardar las frutas, hay que contentarse con adoptar la combinación conocida con el nombre de *Frutero Dombasle*.

Se compone de cajas de madera de pino más ó menos largas, más ó menos anchas, según el sitio de que se puede disponer, y teniendo la profundidad necesaria para contener las peras, las manzanas, los membrillos y las uvas sin oprimirlas.

Los bordes de estas cajas deben estar perfectamente unidos, de manera que la segunda sirva de cobertera á la primera, sobre la cual se la coloca, y así sucesivamente toda la pila, poniendo solamente tapa á la última: en la parte delantera de cada caja se pega con cola una inscripción que designe la especie de fruta que contiene.

Se pone la fruta dentro de la caja, *sola*, pues la paja que le ponen algunas personas sólo sirve para apresurar la madurez y la descomposición en seguida: el cuarto donde se coloquen las frutas no debe estar ni calentado nunca con fuego, ni expuesto á un frío demasiado intenso: la principal condición para conservarlas es preservarlas cuidadosamente del contacto del aire, y la experiencia ha probado que el *Frutero Dombasle* es el que da mejores resultados.

Antes de alinear las frutas en las cajas se las pone á orear un poco, es decir, se las colocará en una habitación expuesta á muchas corrientes de aire, dejándolas así durante tres días; la humedad que se desprende siempre de las frutas recién cogidas se evapora y no las descompone: no hay que destapar las cajas, una vez arregladas, sino á medida que se va gastando la fruta, dejándolas siempre perfectamente tapadas.

## V

## LIMPIEZA DE ALHAJAS

En el momento en que se opera la reinstalación de una casa para la estación del invierno, hay una multitud de objetos que reclaman cuidados particulares para recobrar una parte de su brillo.—De este número son las alhajas, olvidadas durante el estío, y que toman en sus estuches

un tinte oscuro: una señora hábil puede limpiarlas por sí misma á poca costa y sin tener que recurrir á un joyero, y voy á indicar de qué manera.

Se necesita un cepillo pequeño muy suave, un poco de jabón raspado y una vasija llena de agua caliente: se moja el cepillo en el agua, se le apoya después sobre el jabón en polvo, y se cepilla la joya en to los sentidos durante algunos minutos, humedeciendo el cepillo de vez en cuando y volviendo á tomar jabón raspado con tanta frecuencia como sea necesario: en seguida se sumergen las alhajas en agua clara, y se las enjuga con un lienzo muy suave; un pañuelo viejo de batista es lo más á propósito: se toma después hollín hecho polvo ó pan quemado y pulverizado cuidadosamente: este detalle es muy esencial, y debe pasarse por un tamiz muy fino, porque si no, se corre el riesgo de rayar las joyas; con este polvo, y empleando otro cepillito suave y bien seco, se frotan de nuevo las alhajas en todos sentidos.

*Joyas de oro.*

En un litro de agua se ponen 64 gramos de sal de amoniaco: se hace cocer esta mezcla durante media hora, teniendo dentro de ella las joyas que se han de limpiar; cuando se retiran han recobrado todo su brillo.

*Limpieza de los grandes servicios de plata para comidas de ceremonia.*

La conservación y limpieza de las grandes piezas de plata, como vajilla, candelabros, jarros, bandejas y *surtouts* para la mesa, exigen el empleo de los objetos siguientes:—Un cepillo muy suave para los lugares lisos; uno más fuerte para la parte cincelada y en relieve: dos ó tres pedazos de piel blanda y dos pequeñas esponjas finas: no se servirá de éstas sino después de haberlas lavado en un agua de jabón que esté caliente.

Todos estos objetos deberán servir únicamente para el cuidado de la plata: la conservación de ésta lo exige así.

Se pueden preparar en casa los polvos para limpiar, con la siguiente sencilla fórmula: Se toman 92 gramos de blanco de España, y se les muele en un mortero hasta que se haga muy fino, pasándole después por un tamiz: se añaden 16 gramos de mercurio dulce: en el momento de emplear este polvo, se le humedece con aceite, ó bien con alcohol; se toma en seguida un pedazo de franela, se moja en la composición, y se frota después las piezas de plata, dejándolas secar: secas ya, se frota con los dos cepillos, y después se repasan cuidadosamente todas las piezas que se han limpiado, pasándolas una piel de gamuza muy flexible.

Cuando se limpian objetos pequeños de plata sólo con agua de jabón, deben enjugarse con la piel de gamuza.

El blanco de España, ya se limpie con él en seco, ya humedecido con alcohol, debe emplearse en pequeñas partes, es decir, dándolo á trechos pequeños y frotando tan pronto como se seque; pero en todo caso debe pasárseles á todas las piezas de plata la piel susodicha, para dejarlas perfectamente secas.

Los huevos dejan en los cubiertos de plata manchas amarillas; desaparecen al instante frotándolas con un poco de sal común; pero inmediatamente hay que meter los cubiertos que se limpian en un agua caliente de jabón, frotándolos con una esponja.

La vajilla que se emplea pocas veces, se suele manchar de sombras negras; se quitan haciendo una muñequita de muselina llena de cal, que se pasa por las manchas, frotándolas en seguida con la piel de gamuza; después de bien limpias y bien secas las piezas de plata, se envuelve cada una en un papel de seda y se las coloca, para guardarlas, en el armario ó cofre destinado á este uso, cuidando siempre de colocarla en una habitación bien seca.

*Conservación de flores naturales.*

En toda gran vajilla de plata que sirve para comidas de ceremonia, hay uno ó dos grandes jarrros cincelados para ramos de flores, que después se utilizan en el salón; estos ramos son por lo regular de gran mérito y belleza, y se siente cuando hay que retirarlos por estar marchitos; para conservarlos, pues, el mayor tiempo posible, se tiene una vasija con agua hirviendo, y se meten en ella los ramos hasta la tercera parte de los tallos; hecho esto, se corta toda la parte que ha estado en contacto con el agua cociendo, y se las coloca en un vaso lleno de agua fresca: de este modo viven muchos más días.

*Limpieza de los marcos dorados.*

No se les debe limpiar jamás con pedazos de tela, sino con un pedazo de *ouaté*, ó sea algodón en rama; si el dorado es bueno, se puede limpiar con un lienzo muy fino mojado en agua limpia; cuando el dorado no es de lo mejor, hay que limitarse á limpiarlo con *ouaté* ó con un pedazo de gamuza.

*Limpieza de los broncees dorados.*

Las gotas de esperma de las bujías manchan mucho los candelabros dorados, y se convierten

muy pronto en manchas verdes. Se quitan humedeciendo una esponjita en agua tibia, se la pasa por un pedazo de jabón, y se frotan con ella las manchas: cuando las gotas de esperma caen sobre la madera de los muebles, hay que quitarlas con un pedazo de franela mojado en aceite.

*Objetos de acero.*

Se mezcla un poco de aceite común con una cantidad de hollín pasado por tamiz; en esta pasta se humedece un cepillito, y se frota el acero, que queda pronto hermoso y brillante.

*Hojas de los cuchillos.*

Un tapón de corcho se humedece en agua, se moja en cal hecha polvo, y se frotan las hojas de los cuchillos, que se quedan lucientes, dejándolas secar muy bien.

*Tubos de quinqués.*

Ya se sabe que estos objetos se cubren de manchas que parecen de aceite quemado y que salen con dificultad; para sacarlas pronto, se moja un lienzo en agua caliente y se le cubre después de polvos de piedra pómez; se frota el tubo con esta composición, y todas las manchas desaparecen.

*Manchas de bujía sobre los trajes.*

Se raspa la gota de bujía, cuando ésta se seca, con la uña; cuando ya no queda esperma aparente, ó queda solamente la señal de la mancha, se coloca encima de ésta una hoja de papel secante ó de papel de seda; se ponen dos ó tres brasas en una cuchara de plata, y se la coloca sobre el papel, renovando la operación hasta que ya no aparece grasa ninguna sobre el papel: una plancha caliente hace el mismo efecto.

*Manchas de la ropa blanca.*

Las de tinta y orin salen cubriéndolas con la mixtura siguiente.—Se unen 32 gramos de cré-mor tártaro con 16 gramos de alumbre en polvo, y con este polvo, mezclado y extendido durante un rato, no queda ni señal de ellas, teniendo la ventaja de no estropear la tela.

Las manchas de humedad, de vino y de frutas desaparecen por el medio que sigue: Se raspa un pedazo de jabón y se le hace cocer en agua de lluvia hasta que llegue á la consistencia de un caldo espeso: se extiende sobre las manchas, se añade en seguida un poco de potasa, se extiende sobre la pieza de tela y se le deja así durante veinticuatro horas.

*Modo de calcar los dibujos.*

Se humedece con bencina por medio de una esponja una hoja de papel ordinario, el que con este procedimiento se vuelve por lo pronto perfectamente trasparente: se coloca sobre el dibujo que se quiere copiar, y se trazan todos los contornos con lápiz, pasándolos después con tinta china; la bencina se evapora y el papel recobra su natural opacidad; el dibujo original no se echa á perder nada con este procedimiento, y en cuanto al olor se puede quitar del papel en el espacio de algunas horas, cuidando de airearlo primero y después de exponerlo al calor del fuego ó del sol.

*Modo de dibujar sobre la tela.*

Se calca un dibujo sobre una hoja de papel, se pican todos los contornos con una aguja fina, y se quitan todas las prominencias del picado, pasando por el revers del picado una piedra pómez ó un papel de lija.

Se pone sobre una mesa la tela sobre la cual se quiere dibujar, y se coloca el dibujo sobre la tela con la ayuda de algunos alfileres; se prepara una muñeca de paño ó de gamuza, y con ella se extiende por todos los contornos que han sido picados una capa de polvo impalpable de bálsamo

de Judea, frotando suavemente; cuanto ménos polvo se pone, más claro sale el dibujo; se levanta éste con ligereza, se coloca otro papel sobre la tela, y se pasa una plancha medianamente caliente.

El bálsamo de Judea se vende en todas las farmacias y en casa de todos los comerciantes de colores; pero se puede reemplazar con una mezcla de goma arábica y de azúcar en polvo; si se dibuja sobre tela blanca ó de color muy claro, se le añade un poco de añil hecho polvo, y queda perfectamente visible.

#### *Receta para dorar.*

Se ponen á derretir 48 gramos de elemi ó resina de América, y se añaden 32 gramos de mercurio crudo y 64 gramos de sal de amoníaco; se colocan todos estos ingredientes en un frasco de cristal, que se pone en una vasija llena de ceniza; se tapa el frasco con una mezcla de tierra arcillosa y de clara de huevo; se deja derretir todo al calor de la ceniza; se le añade después un poco de óxido de arsénico sulfurado amarillo y limaduras de latón; se mezcla bien y se sirve de esta mixtura con un pincel.

#### *Servilletas para la limpieza.*

Cerraré este período con la explicación de un objeto de la mayor utilidad y de un aspecto agra-

dable, aunque esté destinado á la limpieza de los muebles, y sobre todo, de los objetos pequeños y delicados que llenan los gabinetes de las señoras.

Hoy que la belleza de la forma es el todo, hasta los objetos de uso más prosaico tienen un aspecto agradable: las servilletas de que voy á hablar están en la actualidad siempre á la mano, colgadas detrás de una puerta, metidas dentro de un cajón ó en otra cualquier parte, para limpiar el polvo que incesantemente cae sobre los muebles, los bronce dorados ú oscuros, los bustos de yeso, los juguetes de porcelana, etc. Las señoras limpian con ellas el piano, las mesas, los espejos y todo aquello que ven empolvado, sin tener que llamar á un criado ni echar mano ellas de los lienzos con que limpian los sirvientes, siempre en estado deplorable.

Para hacer estas servilletas ó paños de limpieza, se compra algodón grueso muy laso y dos agujas de madera delgadas; se empiezan 80 á 100 puntos, y se trabaja yendo y viniendo á punto liso, hasta que se ha hecho un número de vueltas igual al de los puntos, es decir, hasta que haya un cuadro perfecto; se hace en seguida todo alrededor un lista de vueltas lisas, formándole como una cinta que rodea el centro.

Terminado este trabajo, se le guarnece con dos vueltas de bridas al crochet, hechas con lana encarnada ó azul, que forman una pequeña puntilla.

Este facilísimo trabajo puede ser ejecutado por

las niñas pequeñas y por las señoras ancianas de la familia, en la seguridad de que no puede fatigar su vista.—El algodón laso empleado en este punto de media, limpia perfectamente todos los objetos delicados, como los marcos de los cuadros, los dorados, los espejos y cristales, sin rayarlos; se introduce en todos los intersticios de las esculturas, y penetra en ellas para absorber el polvo, que se pega á sus mallas flexibles; no se puede emplear nada mejor que estas servilletas para limpiar el polvo de los pianos, ya en su interior, ya exteriormente.

## VI

## LAVADO Y APLANCHADO

La limpieza de la ropa es una cosa tan esencial y necesaria, que debe preferirse el gastar algo á tenerla mal cuidada.

Sobre todo, la ropa blanca de los hombres merece un cuidado especial, y nunca me cansaré de recomendar para ella el más grande esmero; el único lujo permitido á las personas de buen gusto es la intachable blancura y la riqueza de la camisa.

*Ropa blanca en lejía.*

Se lava lo primero con agua clara y un poco de jabón; se coloca después en una vasija de barro crudo, llamada *cuenco* en algunas provincias de España, ó bien en una cubeta proporcionada á la

cantidad de ropa: la boca de la cuba ó vasija se cubre con un lienzo ordinario, en el que se pone una cantidad de ceniza bien limpia: se echa de rato en rato agua caliente sobre la ceniza, y por un agujero practicado en el suelo de la vasija va cayendo el agua en otra vasija colocada debajo: ocho ó diez horas después se saca la ropa y se la lava de nuevo con jabón y agua clara; se le dan aguas hasta que no sale nada de jabón; en la última se pone una muñequita de añil, se la tuerce y se la tiende, quedando blanquísima y con un delicado tinte azulado.

Las señoras que posean ropa de cama de precio, guarnecida de encajes y bordados, harán muy bien en no fiarla á las lavanderas y en hacerla lavar en su casa por este sencillo procedimiento.

*Jabonado común.*

La ropa que se compone de objetos pequeños, como pañuelos, chambras, cuellos y puños, etc., no necesita lejía: se pasa primero por un agua clara; se lava después con jabón, que se le quita frotándola sin romperla: se le da otra agua de jabón, se vuelven las piezas del revés y se las deja veinticuatro horas, pasadas las cuales, se frota pieza por pieza y se las aclara en dos aguas.

La ropa de cocina y mesa, y en lo general todo lo que tenga manchas, debe ponerse en colada ó lejía para que quede mejor.

Hay que cuidar con el agua que se emplea, pues no todas son buenas para todo: las impregnadas de sustancias térreas no sirven para la colada, y las ferruginosas suelen dar á la ropa cierto tinte amarillento muy desagradable.

*Lavado de las telas de seda blanca.*

Se disuelve jabón en agua caliente, calculando para cada azumbre de agua una onza de jabón: el agua no debe estar hirviendo cuando se metan las piezas de seda, pues se encogerían: se les da tres aguas de jabón, frotandolas con suavidad; en la última agua se mezcla un poco de aguardiente: se enjuagan las piezas con agua fría, se dejan secar, y con un cepillo suave se las frota siempre en la misma dirección. — Para darles un blanco azulado se las sahuma con un poco de azufre, evitando que forme pliegues la tela, para que quede igual el color por todos los lados.

*Lavado de las telas negras.*

Se disuelve una hiel de vaca en una pequeña cantidad de agua hirviendo, y se impregna con esto la tela con una esponja suave, pasando esta por ambos lados: se escurre luego la tela, y se la lava en agua clara hasta que quede el agua pura: se la pone á secar al aire libre, extendida en un bastidor, y se le da por el revés una disolución

de cola de pescado por medio de la misma esponja, bien levada y limpia de antemano: ha de procurarse que este apresto no cale al lado exterior de la tela: cuando está seca, se la pasa un cepillo suave, siempre en la misma dirección.

*Lavado de telas de seda de color.*

Se jabonan de la misma manera indicada para las blancas, aclarándolas con agua tibia, pero con toda la rapidez posible, para que no pierdan el color.

Las de color castaña, carmesí ó color de oro se meten en agua de río, en la que se hayan echado de antemano unas gotas de ácido sulfúrico. — Después de bien aclaradas y oprimidas con la mano, se extienden sobre un lienzo desplegado en una mesa, sin torcerlas y se arrollan con él para que se sequen.

Para los colores rosa, carne y carmesí claro se usa el zumo de limón ó el vinagre destilado, en vez del ácido sulfúrico.

El mismo procedimiento se seguirá para las encarnadas; pero se pondrá menos ácido, y se echará además en el agua una cantidad pequeña de la sustancia que los tintoreros venden con el nombre de *composición escarlata*.

Para el verde aceituna se usará de agua en que se haya disuelto de antemano un poco de sulfato de cobre.

El lavado de las prendas de seda azul es más difícil: por tanto, conviene probar antes en un retazo: se añade á la disolución de jabón una pequeña cantidad de buena potasa blanca, y si no quedase bien, será lo más prudente darlas á lavar á un tinte.

En general, se avivan todos los colores sobre la seda con el engomado de cola de pescado, aplicado según queda dicho.

*Lavado de las medias blancas de seda.*

Se las lava lo primero en agua clara, principiando por los piés: después se las lava en otra agua de jabón muy caliente; se las pone al sol durante un cuarto de hora; se las aclara después con dos aguas, y se ponen á secar.

Mientras se olean, se colorea agua caliente con una pastilla que se compra al efecto y un poquito de goma arábica: esta agua se pone de un color de rosa subido: se vuelven las medias del derecho, se exprimen con la mano, sin retorcerlas, y se ponen á secar á la sombra: cuando están todavía húmedas, se las prende en la punta, en el talón y en el borde superior, y con una media de hilo enrollada por el revés se las frota de arriba abajo para sacarles lustre. Si se les quiere dar un viso azul, en vez de la pastilla rosa se les pondrá un poco de añil.

Las medias de seda negra basta lavarlas con

espuma de jabón, aclararlas después con agua caliente, y luego con fría.

*Lavado de percales, pañuelos, cretonas y toda clase de telas de algodón de color.*

Lo primero que se hace es darles una agua clara: se tiene salvado cocido con agua, se cuele ésta, y se lavan con ella y jabón hasta que queden bien limpias: se aclaran con dos ó tres aguas, echando en la última algunas gotas de ácido sulfúrico ó de vinagre blanco fuerte.

*Lavado de telas de lana.*

Se descose la falda y cuerpo del traje, suponiendo que se trate de un vestido, y se le quitan todos los forros: se deshace una hiel de carnero en agua caliente bien limpia, y se lava: se la enjuaga luego en dos ó tres aguas, y se la pone en un bastidor muy tirante, para que se seque.

*Manchas.*

Para quitar las de grasa en los tejidos de hilo, algodón ó lana, no hay más que frotarlas con jabón desleído en agua caliente, y luego con fría: el jabón puede ser común ó compuesto, mezclando para cada libra de jabón media hiel de vaca ó de carnero: se deslien ambas cosas al fuego, se

mezclan bien, y cuando cuece se saca, dejándolo enfriar.

*Para las mismas manchas en telas de seda.*

Se frota con un lienzo blanco mojado en esencia de trementina, hasta que estén secas: luego se frota de nuevo con yema de huevo fresco ó hiel de vaca, lavándolas en seguida con agua fría.

*Otro procedimiento.*

Se extiende sobre la mancha zumo de la hierba llamada *jabonera*; se deja dos horas al sol; se lava con agua tibia y después con fría, repitiendo la operación si no hubiese salido la mancha.

Para las manchas resinosas ó de barniz se usará el alcohol, solo ó preparado con agua de la reina de Hungría, lavándolas después con agua clara.

Las de tinta de escribir sobre prendas de lienzo blanco salen al momento con sal de acederas, ácido nítrico muy debilitado ó zumo de agraz: si son recientes, basta frotarlas con un poco de leche.

La tinta de imprenta sale con jabón amoníaco, y también con el común, lavando después la ropa.

La pez, el alquitrán y la pintura al óleo desaparecen frotando la mancha con aceite común, ó por medio del aceite volátil ó trementina.

El orín, con el hidrosulfato de potasa, lavando después la ropa.

*Almidonado de la ropa blanca.*

No se puede aplanchar bien la ropa si no se almidona antes con cuidado: para esto se emplea el almidón de flor, y mejor aún la fécula de patata ó el agua de arroz, que es lo que las planchadoras usan para la ropa de más precio. de cualquiera de estas sustancias que haya de servirse, se le añadirá una pequeña parte de cola de pescado disuelta, para lo cual se cortará la cola en pedacitos pequeños y se tendrá en agua fría durante veinticuatro horas, disolviéndola después en el bañomaria: sea almidón, fécula ó arroz lo que se emplee, deberá estar bien disuelto y colado por un tamiz ó lienzo fino.—La ropa es de precisión que esté bien seca para que el almidonado quede por igual.

Cuando se adereza la ropa con almidón solo, se le añade una pequeña cantidad de jabón común raspado, lo que le comunica un hermoso brillo y mucha flexibilidad.

Para humedecer bien la ropa, sea con agua las piezas grandes, como ropa de cama y mesa; sea con almidón, como enaguas, chambras, cueillos, etc., se emplea una brocha, que se humedece en el líquido y se sacude sobre la ropa; se enrollan después las piezas y se dejan embeber un rato.

Conviene que el hornillo en que se coloquen las planchas esté siempre bajo la campana de una chimenea, evitando el ponerlo cerca de la persona

que plancha, porque el calor que despiden el hornillo, unido al de las planchas, es muy perjudicial.

La mesa en que se planche debe ser bastante alta, de modo que la planchadora pueda tener la cabeza levantada y no tenga que echarse sobre la mesa, lo que es muy malsano. Cuando la plancha no corre bien, se frota en la superficie con un poco de cera, limpiándola bien antes de pasarla por la ropa.

Cuando se ha hecho algún mal pliegue, se remedia pasándole por encima un pañito limpio ligeramente mojado y volviendo á planchar.—Para las costuras se usa una plancha más fría que para lo demás de la pieza, pues de lo contrario sacan un lustre demasiado fuerte, ó se ponen amarillas por tener que apoyar demasiado la plancha.

Sucede muchas veces que, por estar la plancha demasiado caliente ó por apoyarla con exceso, produce unas manchas rojizas, que son un principio de quemadura: el remedio más seguro es humedecer alternativamente la mancha con agua de Javelle, con agua clara y con lejía alcalina suave, haciendo el procedimiento con constancia. Cuando la alteración que ha sufrido el tejido con la plancha es muy notable, podrá suceder que no se quite con el procedimiento anterior, y entonces es preciso ocultarla, lo que se hace del modo siguiente:

Se deslie en agua de goma espesa yeso en polvo muy fino, y con un pincelito suave y mo-

jado en esta mezcla se impregna esta mancha todo lo posible; se deja secar; se frota en seguida con un pañito enrollado y se alisa con un cuchillo de marfil: se da rápidamente con el pincel limpio una capa muy ligera de goma, y cuando la mancha está casi seca, se pasa la plancha caliente, poniendo intermedio un papel ó tela fina.

## VII

### TOCADOR

El ramo de perfumería, cuando ésta es buena, es sumamente caro, y tiene además el inconveniente, por buena que sea, de ignorar de qué se compone, la persona que la gasta.

Yo he creído que en esta parte de mi *Manual*, dedicada sobre todo á la economía y buen arreglo domésticos, no estarán demás algunas recetas para el tocador, que son á la vez sumamente higiénicas, económicas y de reconocido mérito para embellecer á la mujer, cuyo principal cuidado debe ser poner en relieve su mérito y adquirirlo nuevo todos los días, así moral como físicamente hablando.

*Coldcream, ó pasta para blanquear el rostro y las manos.*

Se ponen en un mortero de piedra ó de madera, y se muelen muy bien, 250 gramos de almen-

dras después de mondarlas con cuidado; se ponen después en una vasija nueva en el baño-maría, y se les añade 64 gramos de esperma de ballena y 16 gramos de cera blanca, 32 gramos de agua de rosas, 8 gramos de agua de colonia y algunas gotas de benjuí: después que está todo derretido y bien mezclado, para lo que se mueve muy bien con una cuchara de madera, se deja enfriar, se vuelve á moler todo junto, hasta que se hace una crema que se coloca en botes tapados. Después de lavarse con agua clara, se extiende una ligera capa de esta pasta sobre la cara, quitándola con un paño fino al cabo de una hora, siendo inútil llevarla más; pues en ese espacio de tiempo produce por completo el efecto de refrescar la tez y dejarla muy bella.

*Pasta excelente y económica para blanquear las manos.*

Se ponen á cocer algunas patatas muy blancas y harinosas, después de bien mondadas, en agua de salvado: se deshacen y se las mezcla leche hasta que se hace una pasta: las manos adquieren con el uso de esta composición una blancura y una suavidad sorprendentes.

*Agua de belleza.*

Se ponen á hervir en dos cuartillos de vino blanco hojas de rosa y flores de romero; al cabo

de hora y media se deja enfriar, se cuele y se la guarda en una botella tapada. Es excelente para echar unas gotas en el agua de lavarse y en la que sirve para enjuagar la boca.

*Leche de rosas.*

Cuatro onzas de potasa, cuatro de agua de rosas, dos de aguardiente y dos de jugo de limón se mezclan con un azumbre de agua.

Se ponen dos cucharadas de esta composición en el agua de lavarse, y conserva el cutis fresco, suave y rosado.

*Glicerina excelente.*

Todas las señoras saben lo cara que es la glicerina, sustancia de nueva invención, y que es incomparable para la conservación del cutis: la siguiente prescripción enseñará á mis lectoras la manera de confeccionar una de primer orden con muy poco gasto.

Se ponen en un bote de cristal cuatro onzas de aceite de almendras dulces, dos de aceite de tártaro debilitado, dos gotas de aceite de rodia y una onza de aceite de jazmín; se mezcla todo, se agita, y á las doce horas puede usarse, siendo admirable su efecto para que el cutis adquiera pureza, transparencia y suavidad.

*Polvos de arroz.*

Hoy que son de uso general, es muy útil y muy económico el hacerlos en casa, sabiéndose además que no contienen ninguna sustancia nociva.

El mejor medio de usarlos es lavarse primero con la leche virginal, cuya receta va á continuación, y después cubrir la cara con el polvo de arroz por medio de una borla de cisne: se conserva durante un cuarto de hora, y después se pasa por la cara el revés de un pedazo de ouata, quedando el rostro aterciopelado.

Se preparan dichos polvos lavando una cantidad de arroz de la mejor calidad; se le coloca en un perol sobre el fuego con un poco de agua y se le deja cocer hasta que haya absorbido aquélla: se le retira, se le extiende sobre un papel blanco y se le deja secar al sol; cuando está bien seco, se le muele en un mortero de piedra en pequeñas cantidades y con bastante paciencia para reducirlo á un polvo impalpable: después se le pasa por un tamiz muy fino y se le guarda en una caja de cartón poniéndole algunas gotas de esencia de lirio.

Algunas personas añaden un poco de carmín en polvo, á fin de hacer rosado el polvo de arroz.

*Leche de tocador para refrescar el cutis.*

Se ponen en agua caliente 20 gramos de almendras dulces y 8 gramos de almendras amargas: se las monda y se las deshace en el mortero, añadiendo poco á poco 140 gramos de agua de rosas: se cuele después por un pedazo de muselina, se le añade un gramo de benjuí y se guarda en una botella.

Antes de poner en la cara los polvos de arroz, debe lavarse—como ya he dicho—con esta composición.

*Blanco inofensivo del cutis, para teatro ó baile.*

Se ponen cuatro onzas de albayalde de plata á cocer al fuego, en un vasija nueva: en cuanto cuece un poco, se le quita el agua y se le pone otra; así se repite hasta siete veces: al cambiarle la última, se le añade lo que cabe en una jicara, de arroz bueno y perfectamente lavado.

Se tienen preparadas cuatro onzas de manteca de puerco fresca y muy limpia, derretida ya al baño maría: se quita el agua de la vasija donde han cocido juntos durante media hora el albayalde y el arroz: se pone un poco de este último y el albayalde en el mortero, y se muele muy bien hasta que se haga una pasta; si resulta demasiado dura, se le añaden unas gotas de agua de rosas:

cuando ya está bien deshecha, se deja enfriar la manteca á medias, se mezcla todo en una vasija, y se bate fuertemente con un tenedor grande de madera, añadiéndole un poco de esencia de benjuí: después se le guarda en un bote de porcelana ó de cristal.

Este blanco puede hacerse también líquido para usarlo en los brazos, hombros y cuello, cuando el traje es de etiqueta, pues las cremas ó pastas sólo sirven para la cara: para aquel uso bastará, cuando se deshace el albayalde en el mortero con un poco de arroz cocido, añadirle agua clara hasta dejarlo como una leche espesa: se guarda después en frascos de cristal, sin colarlo; el blanco se aposa en el fondo, y el agua queda clara; pero cada vez que se usa es preciso agitarlo para que se mezcle.—Se usa mojando en él una franela encarnada y pasándola por la cara, cuello ó brazos; cuando se seca, se pasa un paño fino y se vuelve á dar una segunda mano, y cuantas se quiera, según el grado de blancura que se desee; antes de que se seque por completo, se pasa la borla con los polvos de arroz por el cutis.

Cuando este blanco está en crema, se pasa una cantidad pequeña por la epidermis y después se pasa suavemente la borla con los polvos; éstos se adhieren muy bien al cutis.

Hay que advertir que si se usa este blanco en forma de crema, deberá lavarse antes la cara con un poco de coldcream ó de glicerina, y lo mismo

usándola en agua, para quitar todo el mal efecto del albayalde, ya muy inocente por la mezcla del arroz y de la manteca.

Como todos los blancos que se venden, aun los más caros, tienen sustancias minerales, aconsejo encarecidamente á mis lectoras que usen sólo el que dejo explicado, pues aunque lleva blanco de plata ó albayalde, es empleado de la sola manera que no puede hacer daño.

De paso diré á mis lectoras que todos los blancos y carmines, *absolutamente todos*, hacen daño al cutis y lo queman más ó menos; pero que, como preservativo ó remedio, deben ponerse todas las mañanas, durante una hora, como ya dije, una capita de la pasta cuya prescripción dejo hecha, ó bien de la glicerina que también queda indicada: estas composiciones dulces y emolientes borran hasta el más ligero estrago de los blancos, cuyo empleo es imposible eludir, porque el uso los ha consagrado como necesarios.

#### *Horchata para el cutis.*

Nada más fresco, más útil y más barato que la siguiente composición:

Se pone en remojo una jicara de arroz durante doce horas; se pica después muy bien; se le deslíe con agua hasta la cantidad de un cuartillo; se cuele por un pedazo de muselina claro, y se la pone en una botelia; se le añade la clara de un

huevo y un pedacito de alcanfor; se la muele muy bien, y cada noche al acostarse se pasa una esponjita fina por el rostro, empapada en esta horchata: nada da al cutis un sonrosado más hermoso ni mayor tersura.

*Crema para la cara.*

Debe hacerse en pequeña cantidad, para que esté siempre muy fresca.—Sobre un botecito de porcelana ancho de boca se pone un pedazo de muselina ó lienzo tupido, y sobre éste se van echando 15 gramos de aceite de almendras dulces, 15 gramos de esperma de ballena y 4 gramos de cera blanca.—Sobre esta sustancia se echa con una cafetera agua hirviendo, poco á poco y hasta que fundiéndose pase á traves de la muselina; se las mezcla con una cuchara de madera: cuando se ha enfriado el agua, y la crema lo esté también casi por completo, se vierte aquélla por decantación y se tapa el bote cuidadosamente: al acostarse se lava la cara con agua y buen jabón, y al levantarse se extiende por la cara una ligera capa de la crema: al cabo de una hora se quita con un paño fino.

Esta crema, que se puede perfumar con agua de rosas, no debe usarse más que dos veces por semana: así pone el cutis liso y terso, y usándola más lo pondría amarillo.

*Polvos para los dientes.*

Treinta y dos gramos de magnesia inglesa, 6½ gramos de quinina roja en polvo, un gramo de esencia de menta, un gramo de carmin: esta receta es una de las mejores.

*Otros.*

Se reducen á polvo 8 gramos de carbón de madera de tilo, 8 gramos de la raíz llamada *acorus calamus* y 8 gramos de hojas de salvia, y se mezcla todo: estos polvos son excelentes para fortalecer las encías, prevenir las caries y mantener los dientes en buen estado: son muy poco costosos y muy fáciles de preparar.

*Otros.*

Carbón lavado y reducido á polvo, 20 gramos; quinina en polvo, 20 gramos; tanino puro, 20 gramos; calamus aromático, 20 gramos: se mezclan bien estos ingredientes, y se les añade un poco de esencia de menta.

*Elixir para los dientes.*

Se mezclan á 500 gramos de alcohol de á 36 grados, un gramo de sulfato de quinina, 4 gramos de esencia de menta inglesa y 69 gramos de tintura de cochinilla.

*Otro elixir para la boca.*

Se mezclan 32 gramos de alcanfor en medio litro de alcóhol: se pone todo en un frasco grande de cristal, y éste dentro de una vasija con agua que se hace cocer; cuando el alcanfor se ha disuelto, se retira del fuego esta mezcla y se pone en una botella bien tapada.—Cada vez que se quiere enjuagar la boca, se echan en el agua algunas gotas: debe usarse á lo ménos una vez al día, y constituye uno de los mejores preservativos del dolor de muelas, fortaleciendo todos los tejidos de la boca.

*Agua de Botot.*

Este elixir es el mejor de todos los conocidos para el cuidado de la boca.

En un litro de aguardiente se ponen en infusión 4 gramos de aceite esencial de menta pimentada, 32 gramos de simiente de anís estrellado, 8 gramos de clavillos, 8 gramos de canela, 4 gramos de cochinilla, 32 gramos de raíz de pyrethre y 4 de quinina roja.—Se tiene la infusión sin tocarla durante diez días en un frasco herméticamente tapado; después se filtra y se conserva en un frasco bien tapado.

*Agua de Colonia superior.*

Se preparan doce onzas de espíritu de vino de á 36 grados, una onza de esencia de bergamota, veinte gotas de esencia de canela, dos dracmas de esencia de limón, un adarme de esencia de espliego, doce gotas de esencia de clavillo, una dracma de esencia de azahar, cincuenta gotas de esencia de romero, tres onzas y media de agua de melisa y una onza de agua de lavanda.

Se ponen todas estas sustancias en el espíritu de vino, y se deja todo junto por espacio de veinticuatro horas, agitándolo con frecuencia y con bastante fuerza: al día siguiente se toma un embudito de cristal, se le tapa la parte inferior con algodón en rama, y por la boca del embudo se va echando la infusión, para que filtre gota á gota en el frasco donde se ha de guardar: es también un filtro excelente el papel de estraza. Dicha operación debe hacerse en una habitación cerrada, para que las esencias no se evaporen: esta agua de Colonia es exquisita como agua de tocador y comò medicinal para la jaqueca nerviosa.

*Agua de tocador.*

En medio litro de alcohol de á 33 grados se ponen en infusión 6 gramos de vainilla y 60 gramos de agua de azahar doble; se filtra, se le añe-

den nnas gotas de cochinilla, y queda un agua de un perfume suave y delicioso.

*Agua de lavanda.*

En un litro de aguardiente bueno se ponen en infusión durante tres días 500 gramos de flores frescas de espliego; se filtra después, se le añaden 33 gramos de ámbar ó de esencia de rosas, y se conserva bién tapada: es un agua delicada para el pañuelo.

*Perfumes.*

Es muy fácil para una señora el prepararlos por sí misma, de la manera siguiente:

Se reúne una buena cantidad de hojas de rosa frescas, ó de jazmín, ó de violetas, del perfume, en fin, que se desee tener: se pone en una vasija de vidrio ancha de boca y abombada, una capa de las flores y otra de azúcar en polvo, alternativamente, hasta que se llene. Cuando la vasija está llena, se la tapa cuidadosamente y se la coloca al sol durante ocho días consecutivos: pasado este tiempo, se cuela el líquido por un pedazo de lana, se le oprime y se le pasa á un bote elegante, que se tapa muy bien y con mucho cuidado.

*Almohadillas perfumadas.*

Son excelentes para colocarlas en los armarios de la ropa blanca y en los cajones que contienen

ropa de invierno: se hacen más ó menos elegantes, de raso, de tafetán liso ó bordado, ó bien de muselina: el aroma que reparten es muy suave é igual.

*Almohadilla á la rosa.*

Se mezclan 129 gramos de hojas de rosa secas á la sombra y hechas polvo; 64 gramos de madera de sándalo, también hecho polvo, y 2 gramos de aceite de rosas: se tienen juntos estos ingredientes durante un cuarto de hora en una caja bien tapada, se mueven bien y se ponen luego en una almohadilla cosida por los cuatro extremos y rellena de algodón.

*Al heliotropo.*

Se pulverizan y se mezclan 125 gramos de raíz de violetas, 64 gramos de hojas de rosa, 16 gramos de vainilla en rama, 4 gramos de almizcle, y se añaden algunas gotas de aceite de almendras: se mezcla bien y se hace la almohadilla.

La flor del heliotropo es tan escasa, que apenas puede decirse se hace esencia de ella, siendo, por lo tanto, artificial la mayor parte del perfume que lleva ese nombre, y que se hace como queda dicho.

*Parisién.*

Se mezclan, pulverizándolos reunidos, 32 gramos de polvo de iris, 32 gramos de acore, 4 gramos de corteza de naranja seca, 16 gramos de

benjuí, 8 gramos de madera de sándalo amarilla: se le añade á esta mezcla un poco de ámbar y otro poco de almizcle, y se hace la almohadilla.

*De lavanda.*

Se mezclan 250 gramos de flores de lavanda ó de espliego, 64 gramos de esencia de benjuí, 16 gramos de aceite de lavanda: bien pulverizado todo, se hace la almohadilla.

*Jabón de tocador.*

Se cortan en pedacitos 500 gramos de jabón blanco de Marsella y se les derrite en el baño-maria con algunas gotas de agua de rosas y de agua de flor de naranja y un poco de sal: cuando el jabón está derretido, se le pasa por un tamiz. Se le deja enfriar durante veinticuatro horas; se le corta en pedazos pequeños y se le deja secar al sol, sin que le dé el aire. Cuando está bien seco se le hace derretir otra vez, echándole agua de rosas y agua de flor de naranja; se le tamiza una segunda vez, y se le deja secar de la manera que queda indicada.—Este jabón es tan bueno, que se puede usar hasta para lavarse la cara, sin miedo de que perjudique al cutis.

*Manchas encarnadas en la cara.*

Se quitan con la preparación siguiente: se mezclan dos gramos de sal de soda con dos gramos de espíritu de lavanda y 180 gramos de agua de lluvia; se lava el rostro dos ó tres veces al día con esta mezcla, y las manchas desaparecen al cabo de poco tiempo.

VIII

CONCLUSIÓN

La parte quinta, que cierro, como todas las otras, con unas cuantas líneas que son como el resumen de lo dicho, es acaso la más útil de todo este *Manual*; todas las prescripciones de arreglo de casa, muebles, ropas, alhajas, tocador, etc., se han experimentado; todas son de poco coste y de grandísima utilidad; su conjunto constituye un verdadero curso de limpieza, elegancia, utilidad y economía.

No basta tener ricos trajes, mobiliario suntuoso, espléndidas joyas y soberbios encajes: si todo esto no se cuida, no se tiene limpio y no se conserva con cuidado, de nada sirve más que de hacer más visible y más deplorable la incuria de las personas que poseen todas estas ventajas.

La limpieza es la primera y más indispensable condición de la elegancia: sin limpieza, de nada

sirve el lujo más deslumbrador, y la limpieza exige continuos cuidados, que no por ser pequeños dejan de ser molestos.

Creo, pues, hacer un verdadero servicio á todas mis lectoras ofreciéndoles las instrucciones que, seguidas al pié de la letra, les darán, á no dudar, excelentes resultados.

El cuidado de las alfombras, tapices, muebles y plata hace que estos objetos caros tengan una duración infinitamente más larga que cuando yacen en el abandono: evitando el tenerlos que renovar, se evita, ó el carecer de ellos, ó grandes gastos; esas sumas economizadas por un cuidado atento é inteligente se pueden emplear en abonos para los teatros, en carruaje, en flores, en libros, esos fieles amigos del hogar, ó bien en alguna alhaja ó mueble que sin una prudente economía acaso no se llegaría á poseer por falta de medios para adquirirla.

¿No es mejor añadir al nido doméstico algunas comodidades, alguna belleza á nuestro equipo, que gastar sin lucimiento en renovar prendas de vestir, teniendo que renunciar á otras de la misma clase, inservibles por lo descuidado de su aspecto, y que aun pudieran haber servido?

El aseo da además á todas las cosas un aspecto elegante y fresco que agrada aun á los ojos más prosáicos: nada hay demasiado viejo, demasiado malo, cuando está primorosamente cuidado; los muebles más vetustos se ocultan entre dos peque-

ñeces bonitas, y sólo á medias se ven, pero hacen un efecto elegante y á veces hasta rico en la casa. ¡Librenos Dios de vender esos viejos amigos, y procuremos más bien cuidarlos con todo esmero para alargar su vida!

No encareceré la utilidad de las recetas de tocador, todas excelentes y económicas; mis lectoras saben ya que mi opinión, tratándose de la mujer, es que debe procurar ante todo el agradar, y que uno de los medios de conseguirlo es realzar sus naturales gracias por medio de los cuidados que debe dar á su persona.

FIN DE LA PARTE QUINTA.

---

## PARTE SEXTA

### GOCES Y ESPLENDORES DEL HOGAR

---

#### I

##### SERVICIO DE MESA

La sexta y última parte de esta obra, que empieza en esta página, es una de las más interesantes: la compañía en la mesa es una de las necesidades de nuestra época, que aunque parezca muy material, anhela también los goces morales, como dulce lenitivo de los cuidados que rodean la vida.

Hay además personas obligadas á dar banquetes por su posición oficial, y hay también días en que las comidas de familia son un goce consagrado por la costumbre.

Hablemos, pues, de la mesa en todos estos casos, y de lo preciso que es tener arreglado á las circunstancias un servicio más ó menos rico, pero siempre apropiado y elegante, porque la elegancia es el más poderoso atractivo de la mujer: es preferible á la belleza misma, y su grata influencia debe extenderse á todos los detalles del hogar.

Hablemos ante todo del comedor, y después lo harémos del servicio.

El comedor es una de las tres principales habitaciones de una casa: es un lugar de reunión para hacer todas las comidas del día con la dulce y sosegada intimidad de la vida de familia: los extraños que son admitidos en el comedor, participan de esta intimidad: un almuerzo ó una comida bien ordenados, y servidos en un comedor amueblado con gusto, es una verdadera fiesta.

Repetiré aquí, pero sólo de pasada, lo que ya dije en la primera parte de este libro al tratar del mueblaje de una casa: el comedor debe ser espacioso, bien ventilado, y durante todo el año—excepto cuando los rigores del invierno lo impidan en absoluto—debe tener las ventanas guarnecidas al exterior con cortinas de flores y hojas verdes, formadas por enredaderas sujetas en cordoncitos de algodón blanco.

En casa de una persona de posición elevada, donde hay costumbre, gusto ó necesidad de dar comidas de ceremonia, son necesarios tres servicios de mesa: el de los grandes banquetes, el de las comidas de confianza y el usual ó un poco más esmerado para las comidas de familia; porque es inútil decir que, cuando se dan los banquetes de etiqueta, con mucha más razón se darán comidas de confianza y de intimidad.

En ningún caso la mesa del comedor debe tener la forma completamente redonda, á no ser para la comida de familia ó diaria: por poco aumento de personas que haya, debe alargarse su forma

con la ayuda de una ó dos tablas que se colocan en el centro por medio de un mecanismo ya dispuesto al hacer la mesa.

El lienzo de mesa para las grandes comidas debe ser todo blanco, de exquisita finura y grandes dibujos arrasados: generalmente las ricas mantelerías que vienen de Alemania tienen ya los dibujos á propósito; el mantel, largo hasta el suelo, debe ostentar bordadas en las dos cabeceras ó lados principales las cifras del dueño de la casa, con el escudo y corona si los tiene: estas dos cifras deben colocarse exactamente una al frente de la otra. Aunque la moda ha traído desde hace ya tiempo el uso de las marcas de colores vivos, y hasta mezclados en las sedas el oro y la plata, lo más elegante es y será siempre el bordar las cifras del lienzo rico de mesa con algodón blanco, realzando algunos perfiles con negro, grana y azul vivo, pero de manera muy leve y delicada: este detalle es de la mayor importancia.

Las marcas de las servilletas—un poco más pequeñas que las del mantel—se colocan en uno de los lados, en el centro y bastante altas sobre el dobladillo: estos pormenores cambian con la moda, pero hace ya largo tiempo que en nada han variado.

Antes de poner el mantel se cubre la mesa con una espesa cobertura de algodón, que puede ser de inglesina ó bombasí afelpado blanco: en los bordes de dicho tapete se cosen de antemano al-

gunos cordones blancos, que se atan con los del lado opuesto, á fin de que no se mueva: esta precaución tiene por objeto el preservar la mesa y el de evitar á los cristales, plata y vajilla rica el contacto demasiado duro de la madera.

En toda estación las comidas por invitación ó de ceremonia deben servirse con luz artificial: si aun es de día en el momento de sentarse á la mesa, se bajan las persianas y las cortinas: la mesa es más bella y más alegre á la luz del gas ó de las bujías, á condición de que la luz sea abundante y muy clara. Para una comida de doce á diez y seis personas, el comedor estará alumbrado por una lámpara suspendida del techo, y rodeada de nueve á doce bujías, y por dos grandes candelabros de ocho bujías cada uno, puestos á los lados de la mesa.

En el invierno el comedor se habrá calentado de antemano, sin que haya que alimentar el fuego durante la comida.

No hay adorno más seductor que las flores, ni que se alie mejor á los cristales de Baccarat y de Bohemia, y á las ricas porcelanas, ni que embellezca más una mesa; si ésta es bastante grande para permitirlo, se colocará en el centro una corbela ó canastilla oblonga de mimbres dorados llena de flores naturales, y de ninguna manera artificiales, porque así como nada hay de gusto tan exquisito como lo primero, nada hay tan ordinario y vulgar como lo segundo. Los *surtouts* ó gran-

des piezas del centro, de plata, guarnecidos de flores artificiales, se han abandonado á los restaurantes de segundo orden para los convites de encargo.

Si la mesa no es bastante ancha para colocar la corbela en el centro, se la reemplazará por cuatro canastillas, asimismo oblongas, pero más pequeñas, que contengan en el interior un receptáculo de estaño ó zinc, lleno de arena mojada, en la cual se ponen flores dispuestas con gusto, cortadas con los tallos muy cortos, y éstos clavados en la arena, muy cercanos unos de otros: los huecos se llenan con hojas verdes largas ó con el musgo.

La sopera no aparece en estas comidas: la sopa está servida ya en los platos, al entrar los convidados, y la primera entrada ó *releve* se halla colocada en la mesa: este plato debe ser un pescado de grandes dimensiones, tendido en una fuente de plata de forma larga: sobre la fuente se coloca una servilleta doblada y muy fina: sobre ésta un lecho de verdura, y encima, tendido, el pescado: á cada lado de la gran fuente se ponen dos hornillitas de plata, en cuyo centro arde un pedazo de bujía, y sobre éstas, otras fuentes de plata con las demás entradas: estas hornillas, hoy indispensables en los banquetes, se llaman *réchauds* y sirven para conservar calientes los manjares; no debe haber ménos de cuatro, pero en las grandes comidas será de muy buen gusto poner seis, aunque ya

haya pasado la moda de servir un número interminable de manjares; estos platos ó entradas deben ser dos fricandós, dos *vol-au-vent*, dos salsas y dos frituras, que constituirán el primer servicio: el segundo constará de aves asadas, jamon y de un plato frio: en los huecos de los *réchauds* se colocan los platitos alargados con anchoas, salchichon, manteca, aceitunas y demás *hors d'œuvres*.

El servicio á la rusa es el más elegante y el más propio de las grandes comidas: consiste en colocar los postres en la mesa de una manera armoniosa, y servir los manjares trinchados, pasándolos por la izquierda de los convidados.

Delante de cada persona se colocan cuatro copas de tres distintos tamaños, y la destinada al Champagne: la más grande está destinada al agua pura: la mediana, al vino de Burdeos: la pequeña, á los vinos de Madera, Jerez, etc.

Para una comida de doce á diez y seis personas debe haber en la mesa ocho botellas de agua y otras tantas de vino.

Desde que se retira el segundo servicio se trae el de los postres, que debe ser distinto al de la comida: para ésta, la vajilla más bonita es la de porcelana con medallones ó con filetes muy finos, uno azul ó rosa pálido, y otro oro: la de los postres debe tener guirnalda: es también muy bonita la porcelana del Japón, cuyos dibujos frescos son muy alegres y decorativos.

El servicio de los postres se dejará sobre una

de las mesas del comedor destinada á este uso: un criado pasará por el mantel un cepillo encorvado, con el que hará caer en una bandeja todas las migas de pan y restos de éste que haya en el mantel, hecho lo cual, se distribuirá el servicio: los postres para la comida de que voy hablando se componen de dos grandes compoteras abombadas con tapa y plato iguales; de dos corbellas destinadas á las pirámides de frutas, que se entremezclan con musgo y hojas verdes y frescas; de seis ú ocho platos montados ó de tres cuerpos, en los cuales se disponen las frutas y los dulces secos, los macarrones, bombones y bizcochos; de dos platos de queso de Chester y Roquefort, cubiertos con campanas de cristal; de una gran bombonera de cristal, colocada sobre una bandeja de plata ó de porcelana, que está llena de frutas heladas—clase la más elegante de dulces—y que se coloca delante de la señora de la casa, que debe ofrecerlos á sus convidados, como una muestra particular de afecto.

Los vinos se sirven por el orden siguiente:

Después de la sopa, Jerez ó Madera.

Con las ostras, vinos franceses, como Arbas, Chablis ó los llamados de Sauterne, de Grave, etc.

En el primer servicio, todos los vinos secos de España y de la baja Borgoña.

En las copas medianas, vinos de Volnay, de Burdeos y de Loville.

Después del primer servicio, vinos de Madera y de Constanza.

Terminado el segundo, vinos Clos-Vougeat, Chambertin y Romanée, Chateau-Lafitte, Latour y Chateau Margot: se sirven también los vinos blancos de Ermitage, Jurançon, del Rhin y de Portugal. El vino de Champagne acompaña á los asados.

Para los postres se sirven los vinos de Borgoña espumosos; se sigue sirviendo el Champagne, á la vez que los vinos dulces de Lunel, Rivesaltes y Frontignan, la garnacha y la malvasía españolas, y los vinos almibarados, también españoles, de Canarias, Málaga y Alicante.

Al terminar la comida, y en el instante en que se va á dejar la mesa, se sirven los bols ó enjuages para las abluciones: son de cristal rosado, azul claro ó blanco, y se preparan con agua tibia y aromatizada con algunas gotas de agua de menta: aun es más elegante el servir en cada vaso un pedacito de corteza de limón que sobrenade en el agua.

Después de las abluciones ó enjuagatorios se pasa al salón, donde estará servido el café sobre la gran mesa del centro: debe hallarse un buen fuego en el invierno, fresco en el verano, y mucha luz en todas las estaciones: la caja de los licores estará preparada en una mesa especial: el café debe servirlo la señora de la casa: los licores los ofrece su marido, su hijo, su hermano, ó en fin, la persona que hace de jefe de familia.

## II

## COMIDAS DE CONFIANZA

Cualquiera que sea el número de los convidados que se espera, todos los preparativos concernientes á la comida deben hacerse de antemano, á fin de que la señora de la casa pueda ocuparse de sus huéspedes: todos los objetos necesarios al servicio de la mesa, vajilla, plata, cristal, etc., deben tenerse limpios con antelación y dispuestos sobre una mesa desde por la mañana.

A ménos de no tener un gran número de criados, estos cuidados pertenecen al ama de la casa: ella es quien debe prepararlo todo, colocar las frutas en los platos cubiertos de musgo, y disponer el arreglo de los postres en los platos destinados á este objeto.

La ropa de mesa ó lienzo para estas comidas debe ser tambien blanca y fina, pero no de tanto precio como la de las comidas de ceremonia: las marcas tendrán también un poco más de color, ó serán de variados matices, aunque las completamente blancas son de mejor gusto: con los platos de postres se pone á cada convidado una servilleta pequeña y franjeada en los extremos, que sirve para el enjuague, y que ya es de rigor en todas las comidas.

Las comidas de confianza se componen sola-

mente de cuatro ó diez personas y se sirven sencillamente: los criados pasan las viandas trinchadas alrededor de la mesa, presentando el plato á la izquierda de cada convidado: uno de los domésticos empezará por la dama sentada á la derecha de la señora de la casa, y el otro por la persona sentada á la izquierda, terminando los dos á la vez en el frente opuesto de la mesa.

Se sirve en estas comidas una sopa suculenta á la rusa, de tortuga, de rabioles, etc.; un pescado entero, con dos salsas, la una verde y la otra mayonesa, que pasarán los criados en dos salseras iguales; un frito, un plato de legumbres y un asado; los postres serán de seis á ocho, siendo el primero un dulce caliente ó de cuchara. Aunque la comida sea de toda confianza, debe servirse por lo menos un vino extranjero, y otro dulce del país para los postres.

La vajilla puede ser de porcelana de Sevilla, ó blanca del todo, ó con ramajes de un color claro sobre fondo blanco.

El café no se toma jamás en el comedor, sino en el salón ó sala de recibir de la casa.

Lo mismo en las comidas de ceremonia que en las llamadas de confianza, se pone á la derecha de cada convidado, con la cuchara y el cuchillo, una tarjeta con el nombre de la persona que ha de ocupar aquel sitio, y con la lista de los platos escrita en el anverso: el tenedor se coloca á la izquierda: el pan, sobre el plato y bajo la servilleta

doblada en picos y semejando la forma de un bonete.

Los dobles saleros estarán al alcance de los convidados, y tendrán cada uno dos cucharitas: una en el lado de la sal, otra en el de la pimienta: en cada plato de entremes ú *hors d'œuvre* se pondrá un tenedor pequeño, ó bien una cuchara con agujeritos, para que escurran el vinagre ó el aceite, si están en conserva; en el plato de la manteca se colocará una palita de plata. Debe evitarse mucho el dejar ningun liquido en los platitos de los entremeses, porque, destinados á pasar de mano en mano, puede derramarse sobre el mantel ó los trajes de los convidados.

Debe siempre figurar en toda comida un queso, colocado en una bandeja ó plato de cristal y cubierto con una campana de lo mismo: este plato ocupará, al servir los postres, el centro de la mesa: cada plato de postre debe tener su *pendant*, porque la simetría es condición indispensable.

Para las comidas de confianza se ponen tambien flores en la mesa, pero se colocan en una copa elegante en el centro de la misma: si el jarro es de forma oblonga, será mucho más bonito; pero en ningún caso deberá estar lleno de agua, sino de arena fina mojada, y allí enterradas las flores en forma de haz y de una manera á la vez negligente y bella: los ramilletes hechos son mucho menos bonitos; si el jarrón ó la corbella son redondos, las flores se introducen una á una en la arena mo-

jada: este procedimiento las conserva más que el agua y les hace resistir el calor de las luces.

### III

#### COMIDAS ÍNTIMAS, DE FAMILIA Y CAMPESTRES

Para las comidas de familia no se necesita más que los objetos de diario y el servicio de mesa que se acostumbra siempre, si bien un poco más abundante.

Suponiendo que se coma con una decencia indispensable á la dignidad de una familia bien nacida y bien educada, no hacen falta mayores primores para las comidas íntimas ó de familia: en aquéllas, los convidados no pasan de dos ó tres: en éstas, aunque los invitados sean muchos, sólo se necesita una gran limpieza y una vigilancia sostenida para que los manjares estén bien condimentados y dispuestos.

En nuestra patria, el clásico cocido es aún irremplazable, y con la sopa supone los dos principales platos de toda comida de familia: después del coci lo se sirven generalmente tres platos, que son: un frito, una salsa y un asado. Como el hacer platos sería un quehacer improbo para una sola persona, es más acertado que un criado ó dos—según sea mayor ó menor el número de los comensales—sirvan alrededor de la mesa.

En las grandes comidas, y cuando la fortuna

de la persona que la da no permite los esplendores de la plata, el ruolz hace un gran papel, y debe ser admitido para los grandes servicios, como *surtouts* ó centro de mesa, fuentes, sopera, jarros, bandejas y muchas docenas de cubiertos; pero en las comidas de confianza y de familia, en las que semejante ostentación sería de mal gusto, la plata lisa y sencilla es preferible á todo.

Para los postres se ponen siempre dos cuchillos pequeños: uno con hoja de acero, y otro con hoja de oro ó de plata para las frutas: las cucharas del café son muy elegantes de plata sobredorada.

Cuando la comida es completamente de familia, se puede servir el café en la misma mesa del comedor y después de levantados los manteles; nunca sobre éstos.

En estas comidas es del mejor efecto, y hasta es una prueba de cariño, el servir algún plato confeccionado ó dirigido por la señora de la casa ó por alguna de las señoritas hijas de la misma: los abuelos, los hermanos, todos los comensales que se hallen unidos por los lazos de afecto, agradecerán vivamente esta amable atención.

Debe procurarse en estos banquetes que reine la mayor cordialidad y confianza: nada afianza y conserva más el cariño entre los individuos de una misma familia, que el comer juntos en épocas dadas del año, los días de santo, de aniversario, de casamiento, etc. Para que estas reuniones sean agradables, deben prepararse con cuidado y con

anticipación el servicio y los manjares: haced, señoras mías, que los vuestros reciban por lo menos las mismas atenciones que las personas de fuera; que la mesa tenga flores, luz con profusión, comodidad y alegría, y cada una de estas fiestas dejará un grato recuerdo entre los convidados.

Hablaré aquí, como de paso, de las comidas de campo; para este objeto la vajilla deberá ser de loza con flores ó guirnaldas de ramaje verde, y el lienzo de la mesa, bordado en colores vivos, y si es posible, de fondo crudo, lo que es de muy buen gusto: la plata y el cristal, lisos, y el número de platos, de servidores y de vinos, lo que se acostumbra en una comida de confianza bien y abundantemente servida.

Si la mesa se puede disponer en el jardín, bajo un toldo sujeto á los árboles, esto dará á la comida mayor alegría y libertad: estas comidas campesinas, al contrario que las de etiqueta, deben hacerse de día: mas si la noche viniese á sorprender á los convidados, deben tenerse prontos grandes quinqués con bombas de cristal en forma de tulipanes, que en todas las casas de campo estarán de reserva, á fin de que las luces no se agiten ni se apaguen.

En todas las comidas campestres la profusión de flores y de follaje en la mesa es la primera necesidad, y las flores más comunes y sencillas son las más á propósito.

## IV

## ALMUERZOS Y CENAS

El servicio del almuerzo difiere algun tanto del de la comida, tanto en la colocación de los objetos de la mesa, como en la clase de los manjares que se sirven.

Todos los platos, incluso los postres, deben estar colocados antes de que los convidados tomen asiento en la mesa: en el sitio principal se colocan tres bandejas, conteniendo un servicio de café, otro de te y otro de chocolate; alrededor, los postres, y en última fila exterior, la más próxima á los platos de los convidados, los manjares de que consta el almuerzo.

Ninguna salsa ni frito puede servirse en un almuerzo de buen tono: sólo figurarán huevos como primer plato, ya en tortillas pequeñas á la francesa, ya pasados por agua; manjares asados á la parrilla, es decir, secos, y pescados frios.

Son tambien del mejor gusto para los almuerzos toda clase de *hors d'œuvre*: ostras, pescados á la mayonesa, *cotelettes*, piés de cerdo trufados, y pastas de *foie gras*, cangrejos, manteca, anchoas y salchichon de todas clases: las ostras, los embutidos diversos y los platos de legumbres secas son platos exclusivamente destinados á los almuerzos.

Hay muchas personas que en esta comida de

la mañana no beben más que tazas de te, á imitación de los ingleses: en previsión de este caso, habrá en permanencia sobre la mesa tazas de esta bebida: en la bandeja que las contenga habrá también una tetera, un jarro con leche sin cocer, la azucarera, y un bol destinado á recibir el residuo que queda despues de haber servido cada taza de te: se tendrá cuidado de pasar unas gotas de agua caliente por cada taza antes de verter nuevo te.

Esta aromática bebida para unos, el café y el chocolate para otros, hacen las veces de los postres principales; por tanto, los postres verdaderamente dichos de los almuerzos no son de gran importancia: se reducen á frutas, bizcochos y algunas pastas, destinadas también á las bebidas antedichas; todas las variedades de queso están admitidas para los almuerzos; son también postres de esta comida pasteles frios.

En los almuerzos se sirven sólo dos, ó á lo más tres clases de vinos, aunque sean de ceremonia los convidados; uno seco del país, uno seco extranjero, y otro blanco un poco más suave, extranjero también.

Las cenas se componen de elementos diversos que los almuerzos; ya se den como complemento, y á veces parte principal de los encantos de un baile, ya se den como banquete de boda, ya, en fin, para obsequiar á una reunión de amigos, los manjares de las cenas son siempre fiambres y muy suculentos.

Las perdices escabechadas, el pavo en galantina, el jamon con huevos hilados, el salmon á la mayonesa, la liebre fria y el pollo frio tambien son platos exclusivamente de cenas, como las lenguas de todas clases, la cabeza de jabalí y los faisanes asados.

Todos los vinos están admitidos en las cenas, todos los postres, desde la variedad de frutas más completa hasta la abundancia más grande de pastas y dulces: el té, el café y el chocolate no pueden faltar tampoco en la mesa, acompañados de tostaditas delgadas de manteca, de bizcochos de todas clases y de bollos de todas suertes.

Así en los almuerzos como en las cenas, mis lectoras pueden adivinar fácilmente qué platos pueden aumentar ó suprimir, segun el grado de importancia que den á sus convidados y á su convite: el número de los manjares puede ser tan corto ó tan dilatado como se desée, y lo mismo se puede aumentar ó suprimir en el lujo del servicio.

Hay cosas que en todos los casos deben ser abundantes: la luz, el fuego en el invierno, las flores naturales en todo tiempo, y el servicio en todas ocasiones.

La señora de la casa debe tener grandísimo cuidado de preparar todos los detalles con anticipación, á fin de evitar el tener que hacer advertencias á sus criados ó dirigirles reproches, lo que sería de muy mal gusto; la tranquilidad más grande es el primer deber de la cortesía de quien convida.

Los servicios y lienzo de mesa para los almuerzos y cenas deben guardar la misma proporción en cuanto á su suntuosidad que en las comidas, aunque para los almuerzos puede ser más sencillo.

## V

## LUNCHS.—TÉS.—REFRESCOS

De pocos años á esta parte se ha establecido en las grandes casas de Inglaterra la costumbre de tomar un refrigerio á las tres de la tarde, para dividir el largo espacio de tiempo que media desde las diez de la mañana, hora en que generalmente se hace el almuerzo principal, hasta las seis de la tarde, que tiene lugar la comida.

Dicha costumbre ha sido imitada al instante en Francia; porque esta nación, si bien provee de novedades y de modas á sus vecinas, tiene, en cambio, el buen sentido de tomar de ellas mucho de lo que tienen de útil, de serio y de agradable.

Las damas de la alta sociedad francesa adoptaron, pues, la agradable costumbre del *lunch*; y particularmente en las espléndidas residencias campestres, donde reciben á sus amigos por cortas temporadas, el *lunch* tiene siempre lugar de dos á tres de la tarde, y hace pasar un rato muy agradable, que divide el día é impide toda pesadez.

En España, y sobre todo en Madrid, el *lunch* se va introduciendo con poco trabajo, como todo

lo que es caro y agradable; porque está sin duda en la pobre naturaleza humana el estimar más lo que nos cuesta á subido precio.

*Lunchar*, como se dice traducido del inglés, no es barato; pero por eso es más agradable hacerlo, y va convirtiéndose en uso, sobre todo en las casas donde durante la primavera y el estío se dan *matinées* musicales; es decir, donde se recibe por la mañana con preferencia á recibir por las noches.

Para el *lunch* se cubre la mesa en el comedor con un servicio ligero y elegante, pero sin más que cubiertos pequeños, y de ninguna manera se usan los destinados á manjares sólidos.

El mantel y servilletas, muy pequeñas éstas y aquél muy grande, deben ser de hilo de Flandes, de fondo crudo ó verdoso, con adamescado blanco, y con las cifras de la casa bordadas en colores vivos; los manjares que se sirven se reducen á té, pastas, dulces, helados, frutas y pastelitos de todas clases; no se servirá otro pan que el francés ó de Viena, y aquél se colocará en pirámide compuesta de rebanaditas pequeñas y arregladas en la forma dicha, en grandes platos planos.

Se coloca en el centro de la mesa el servicio del té; á los lados, bandejas de sandwiches, pasteles salados, y tostaditas de manteca fresca para tomar aquél; alrededor y en círculo, los fruteros y los platos con los dulces y la diversidad de pastas que se quiera; en los dos extremos de la mesa, es de muy buen gusto el poner dos canastillitas de

junco fino ó de búcaro encarnado, llenas de galletas de diversas clases.

Para el *lunch* basta con servir un solo vino dulce; pero se pueden servir más también, si se quiere hacer alarde de esplendidez: en ningún caso se sirven vinos secos ni manjares pesados, como jamón, aves frías, pavo trufado, etc.; únicamente puede ponerse en la mesa, para las personas muy glotonas, una terrine de *foie gras*, que con el té formará el fondo principal del refrigerio.

En el *lunch*, ninguna persona bien educada pasa de tomar una taza de té ó una copa de vino con un bizcocho; para este fin se sirve un *babá*, vulgo *bizcocho-manguito*, que se parte en pedazos pequeños con un cuchillo cuya hoja es de plata; el té se sirve con leche y sin ella, según el gusto de cada uno.

El té por la noche, cuando no es un pretexto de cena, se sirve con las mismas condiciones, y siendo en una velada sin grandes pretensiones, es sumamente elegante.

Los refrescos propiamente llamados así son los que se ofrecen en los bailes antes de pasar al comedor para la cena: hay también *pequeños* bailes donde no se ofrece cena á los convidados, presentándoles toda la noche bebidas á la mano, para lo cual pasan los criados llevando grandes bandejas con dos asas, llenas de vasos y copas que contienen los diversos elementos del refresco.

Después de terminada la primera pieza de mú-

sica, cuando se trata de una noche de concierto, ó después de concluir el primer baile, cuando la noche está dedicada á estas fiestas, dos criados entran en el salón con dos bandejas, llenas la una de sorbetes distintos, y la otra llena de vasos de horchata, naranja, limón y grosella, helado todo: es de notar que las aguas heladas deben servirse siempre en vasos sin pié, sin ponerlas nunca en copas más grandes ó más pequeñas.

Detrás de estos dos criados pasará otro llevando otra bandeja llena de pastas y bizcochos de todas clases, y siguiendo á éste irá otro con una bandeja desocupada, donde irá recibiendo los vasos vacíos.

Una hora más tarde, y en otro intermedio de baile ó de música, se sirven de nuevo helados, y dos bandejas con las mismas pastas que anteriormente—repuestos todos los huecos de la bandeja—y barquillos: estos helados no deben estar ya puestos en copas, sino en conchitas de cristal, hojas de vid ú otros receptáculos planos: el criado de la bandeja vacía debe dar la vuelta para recoger todo lo que la concurrencia ha desocupado.

Se repite el mismo servicio con una hora de intervalo; después de la una se sirve ponche á la romana helado, en copas semejantes á las destinadas al vino de Burdeos, y ponche caliente en vasitos poco más grandes que cortadillos: se sirven con estas bebidas bizcochos de los más usuales, largos y redondos, y la pasta llamada *macarrones*.

Estos refrescos se pueden simplificar cuanto se quiera; los helados no son de rigor en una *soirée* musical, pero no puede dispensarse de servirlos en un baile; se cuenta generalmente doble cantidad de helados que el número de personas; es decir, cien helados para cincuenta concurrentes.

Así como los pasteles salados son una innovación muy reciente y que proviene de Alemania, proviene de allí también, y ha empezado á estar en uso, el servir *bullon* cuando las reuniones se prolongan hasta la madrugada; es decir, que en las tazas destinadas para el té se sirve una sopa muy clara de fideos finos, hecha con caldo de vaca y de jamón: esta moda, por lo refrigerante, está ya muy en uso en París, y lo estará pronto en España.

En las reuniones íntimas se sirve á la vez té y chocolate, éste en tazas más pequeñas que aquél, y no más tarde que de once á doce de la noche: generalmente, media hora después de tomar el té se retiran los concurrentes de estas reuniones, las de menos pretensiones de todas, y quizá por esta razón también las más agradables.

## VI

## REPOSTERÍA.—PASTELERÍA.—CONFITERÍA.

Voy á explicar en esta parte de mi libro, no el modo de disponer todos los platos de una comida: para esto hay excelentes tratados ó libros á propósito; lo que deseo solo es dar la explicación breve, pero clara, de aquellos platos delicados que pueden servir de postres, y que tan caros cuestan cuando se encargan á un *restaurant* de fama.

Igualmente hallarán aquí mis lectoras algunas recetas de los dulces y conservas más delicados, de los helados y de las bebidas frías que se sirven en las recepciones, así como de café, té, ponche y chocolate, ó sea lo que se conoce con el nombre de *bebidas calientes*; de esta suerte, mis lectoras hallarán verdadera economía en los platos más caros de una comida, que son los postres, y en los *lunchs* y tés, siempre malos cuando se traen de fuera los elementos de que se componen.

*Crema frita.*

Este plato, muy delicado, puede servir de dulce caliente en una comida de confianza.

Se deslie en leche, harina de arroz muy fina; se echa azúcar, un poco de sal y raspaduras de cortezas de limón; se pone á cocer hasta que vaya

tomando consistencia, revolviéndole con cuidado; se le echa entonces mazapán reducido á polvo grueso, se deja cocer otro poco, y se le añaden dos huevos batidos; se aparta y se deja enfriar; se parte á pedacitos cuadrados, redondos ó triangulares, y se frien en manteca de vacas ó aceite, pero en cualquiera de las dos cosas que sea, sin estar muy caliente; se dejan un rato, y se les pone por encima azúcar molida y muy blanca. Este postre delicado puede también servirse frío, pero caliente es más elegante.

*Flan de leche.*

Se baten muy bien diez y seis yemas de huevo, y se les pone una libra de azúcar blanca en polvo y una cucharada de almidón, mezclándolo hasta que quede bien unido; entre tanto, en una cacerola pequeña se ponen á derretir á fuego lento cuatro onzas de azúcar, sin echarle nada de agua; cuando está ya reducido á un caramelo blando, se toma una pluma y se baña con esto la parte interior del molde donde se ha de poner el flan; hecho esto, se mezcla á las yemas un cuartillo de leche muy pura, pues si tiene agua, el flan se cortará; se le da vueltas con una cuchara de madera, se le echan unas gotas de esencia de limón, y se le pone á cocer en el baño-maría durante cuatro horas, en fuego bastante activo, tapando el molde y poniéndole encima algunas ascuas: luego que

haya tomado consistencia, lo que se conoce introduciendo una aguja de hacer media, se retira, y cuando está frío, se pone en el plato que se ha de servir. Se puede cocer la leche antes de mezclarla, poniendo en ella una muñeca de café, lo que le da muy buen gusto.

Los flanes de naranja, limon, fresas y otras frutas se hacen del mismo modo que el descrito, con la diferencia de que en vez de la leche se pone igual cantidad de jugo de la fruta, y se aumentan las yemas y el almidon para suplir la consistencia de la leche.

*Gelatinas de ron y licores.*

Para cada ocho vasos de agua de gelatina se necesitan cuatro de ron muy bueno ó de licor, azúcar en proporción y una onza de cola de pescado: ésta se quebranta con un martillo, y se disuelve con facilidad poniéndola en agua á fuego lento; se espuma, se pasa por tamiz y se mezcla el líquido, agitándolo muy bien todo junto; antes de que se enfrie se pone en el molde: estas gelatinas se sirven con jamon en dulce, pavo trufado, etc.

*Pastel frío. Excelente plato de almuerzo.*

La carne que se destine á la composición de un pastel debe estar pasada antes por manteca, ya sea picadillo de ternera y jamon, ya sea de

aves; antes de esto, se cuece muy bien en agua y sal.

Mientras se prepara la carne, se prepara también la masa de la manera que sigue: sobre una mesa limpia se ponen en un monton dos libras de harina, haciendo un agujero en el centro y echando en él media onza de sal, cuatro onzas de manteca, seis yemas de huevos y un vaso de agua; por de pronto se mezcla la manteca con los huevos el agua y la sal, y poco á poco se va incorporando todo esto con la harina; se amasa, añadiendo un poco de agua y dejando la pasta regularmente blanda.

Se hace luégo de esta masa un óvalo, aplastándolo y reduciéndolo al grueso de un dedo sobre dos hojas de papel de estraza, que tengan la forma que se ha de dar al pastel; se le deja á la pasta alrededor un ribete de cuatro dedos; se coloca el relleno ó pasta de carne, y se vuelve el borde, cubriéndolo en lo posible: en el centro se colocan simétricamente algunas lonjas de jamon, dejando un agujero, que se tapa con una cartulina enrollada; se lleva al horno y se le hace cocer durante tres horas; hecho lo cual se saca, se le quita la cartulina y se sirve frio.

#### *Pastelillos de todas clases.*

Se adelgaza con el rodillo un poco de masa de la anteriormente explicada, que se llama *masa pre-*

*paratoria*, y sirve para todo: se hacen hojitas delgadas de tamaño de monedas de á duro: sobre una de las dos hojas se pone un poco de relleno del tamaño de un dedal, sea de dulce de crema, de carne ó de pescado; se cubre con la otra hoja, y se unen las orillas, mojándose un poco los dedos, se bañan con huevo y se ponen en el horno en una lata de hierro: se necesita poco tiempo para que estén cocidos, porque el horno deberá tener bastante calor.

#### *Empanadas de caza.—Para almuerzos campestres.*

Todos los pasteles y empanadas se hacen con la pasta anteriormente explicada: varía sólo el tamaño ó la clase de relleno.

Para la empanada de caza se limpian bien las aves, se las escalda y se las guisa con cebolla, especias y perejil: á la liebre se le quitan los huesos: al conejo se le quebrantan solamente: las becasadas, perdices y demás volátiles medianos se parten en cuatro pedazos: con la molleja y los menudillos se hace un picadillo, que se incorpora al guiso.

Sobre una tartera se pone una hoja de masa del grueso del canto de medio duro; se colocan encima las aves de que se ha de hacer la empanada, dejándolas antes enfriar; se cubre todo con lonjitas de tocino entre gordo y magro: se pone por encima de todo otra capa de masa y se unen los bordes: se mete después en el horno, sin que

esté muy caliente: se saca al cabo de un cuarto de hora, se le hace en el medio de la tapa un agujero para que el humo se evapore, y se vuelve al horno hasta que se acabe de cocer.

*Biscochos de Reins.*

Se baten seis huevos y media libra de azúcar; se echa otro huevo más y se vuelve á batir otro rato: hecho ésto, se llenan hasta un poco más de la mitad unos moldecitos de hoja de lata largos de dos pulgadas y una de ancho, y cuyo fondo es de unas tres líneas, los que de antemano se han untado con manteca y polvoreado con azúcar y harina: se llenan los moldes, se colocan sobre una plancha de hierro, y se cuecen en el horno, que tendrá un calor regular: cuando se enfrían se sacan de los moldes.

*Merengues rellenos.*

Se baten seis claras de huevo y cuatro onzas de azúcar molida, poniéndolo en una cacerola sobre ceniza caliente, y moviéndolo de continuo: se añaden cuatro onzas de almendras dulces hechas pasta y se mezcla con cuidado, moviéndolo siempre al mismo lado: se forma después un merengue redondo ú ovalado, teniendo cuidado de dejar un vacío en el centro de cada uno: se polvorean con azúcar muy fina, y se meten en el horno templa-

do: cuando han levantado, se les saca, se les pone dentro un poco de crema ó de dulce, se cubren con otro poco de la pasta, y se vuelven á meter en el horno durante unos segundos.

*Compotas de frutas.*

Cualquiera que sea la fruta, se la monda, lava y cuece con un poco de azúcar: cuando ya ha cocido un poco, se la pone bastante azúcar, se le añade un poco de agua, y se la pone á cocer de nuevo, hasta que está blanda: se la saca, se la pone por encima azúcar molida, se la tapa con una hoja de lata y se le pone fuego encima, y se sirve fría.

Todas las compotas se hacen de la manera indicada, y se sirven como postres de almuerzos y de comidas de confianza.

VII

HELADOS.—REFRESCOS.—BEBIDAS CALIENTES.

Los sorbetes se pueden preparar en casa; sobre todo cuando se hacen en forma grande para servirlos en una comida, en cuyo caso se ponen en un plato grande de plata, cristal ó porcelana, y se parten con una cuchara de plata en forma de pala, sirviéndolos antes de los asados: el helado se lleva entero, y pasando por la izquierda de

los convidados, se le sirve un pedazo á cada uno.

Estos sorbetes ó helados se hacen generalmente de frutas, y se preparan por medio del hielo ó sal molida, ó en defecto de ésta, con nitro; para esto son necesarias vasijas de estaño, llamadas *garrafas*, en las que se hace una gran cantidad de helado para servirlo en copitas, y *molde*, aquellas que se utilizan para un queso grande que se sirve en la comida.

Llena la garrafa del jugo de las frutas, se meten en un cubo que tenga hielo machacado de antemano y mezclado con sal; con esta mezcla se rodea la vasija de estaño, cubriéndola hasta cerca de la tapa: cuando se desea helar prontamente, se aumenta la sal y se agita el líquido con una espátula de madera: cuando ya está casi helado el contenido de la garrafa, se acaba de cubrir por completo con hielo y sal durante unas cuantas horas, y se llenan las copitas con un cazo en el momento de servir las.

Para hacer quesitos en vez de pirámides, se añade un poco de cola de pescado desleída en agua caliente, y mezclándola, después que se quede fría, el helado, se pondrá en moldes de hoja de lata, y quedarán hechos los quesitos de la forma que se desee, y bastante duros, gracias á la cola de pescado.

Cuando se hayan de servir, se sacan de los moldes, metiendo éstos en agua caliente, pero no hirviendo: cuando han estado un rato, se vuelven

los moldes sobre platitos de porcelana ó de cristal figurando hojas, y se sirven.

Para el sorbete de mantecado y de crema se hace antes la preparación del modo siguiente:

Para una docena de sorbetes se ponen dos cuartillos de nata, doce onzas de azúcar molida, seis yemas de huevo, una clara, la cáscara de un limón pequeño raspada y dos onzas de manteca fresca de vacas.—Se deslíen los huevos y el azúcar, y se incorpora á ellos la nata muy despacio: puede suplir la leche muy buena y pura á la nata: se echan después las raspaduras de limón, se revuelve otro poco, y se pone todo en una vasija de estaño, poniéndolo á cocer hasta que espese en el baño-maría: se aparta, se pone en una cacerola para que se enfrie, y se le mezcla la manteca derretida: cuando ya está frío se pone en la garrafa, rodeándole de hielo y sal.

Se hace otro sorbete, exquisito llamado *de la Reina*, del mismo modo, sin más que reemplazar la manteca con dos onzas de bizcocho molido muy menudo.

Para el sorbete de chocolate se ponen las siguientes cantidades:

Dos cuartillos de nata, doce onzas de azúcar, seis yemas, una clara, una cáscara de limón, dos onzas de chocolate; se hace lo mismo que el sorbete de mantecado.

*Leche amerengada.*

Para cada cuartillo y medio de leche, ocho onzas de nata, doce onzas de azúcar, cuatro yemas, una clara y un poco de corteza de limón raspada: se pone á cocer en el baño-maría hasta que se espesa; se pasa por un lienzo, se deja enfriar, y se pasa luego á la garrafa para helarla como el sorbete.

Hay que advertir que la leche para los helados ha de ser siempre del día: la nata se hace comprando leche pura y dejándola al sereno por la noche hasta la mañana siguiente.

El sorbete de café se hace con los mismos ingredientes, añadiendo solamente para cada seis copas cinco onzas de café de Moka, que metido en una muñeca se cuece con la leche.

Hablemos ahora de los refrescos ó bebidas heladas que se sirven en los bailes y conciertos: todos se hacen con el jugo de las frutas ó de las almendras, y se preparan de la manera siguiente:

Se vierten en una sorbetera de hoja de lata partes iguales de agua y del jarabe de una fruta, sea grosella, naranja, frambuesa, fresa ó agraz: se mezcla y remueve bien y se la rodea de una capa de hielo y otra de sal: los refrescos de cerezas, melocotón, melón, etc., se hacen del mismo modo; es decir, que hay que extraer el zumo y conver-

tirlo en jarabe con azúcar, helándolo después mezclado con agua.

Para la limonada, se deshace para cada dos cuartillos de agua media libra de azúcar y se exprime en ella el zumo de cuatro limones.

La horchata se hace en esta proporción: para cada dos onzas de almendras dulces se ponen cuatro onzas de pepitas de melón: se muele todo junto en un mortero de piedra, rociándolo con agua de vez en cuando: se pone todo en una servilleta, mojándolo en agua y exprimiéndolo bien: se le echan seis onzas de azúcar, un poco de cáscara de limón rallada, y se deja en infusión por media hora en algo más de dos cuartillos de agua: al cabo de este tiempo se agita bien y se pone á helar.

Me resta hablar, para final de este libro, de las bebidas calientes; empezaré por el ponche, y explicaré los que se tienen por los más elegantes.

Se ponen en una ponchera un limón hecho ruedas, media libra de azúcar blanca y medio cuartillo de té verde muy fuerte: se exprime el zumo de medio limón, sin que caiga ninguna pepita, y se echa sobre todo esto media azumbre de aguardiente ó ron superior: se le da fuego, se agita la llama con el cacillo, y cuando se ha reducido el líquido á dos terceras partes, se apaga la llama y se sirve caliente en vasos, y nunca en copas: con las cantidades expresadas hay para dos vasos.

El ponche de vino blanco se hace del mismo modo, pero no se le quema.

Para el ponche de huevo, se pone en un vaso una cucharada ó dos de azúcar, la yema de un huevo y una cucharada de ron: se bate muy bien y se llena el vaso de agua hirviendo.

En el de leche, se llena de ésta, bien caliente y sin dejar de batirlo.

El café será mejor si se tuesta en casa que comprándole ya tostado y molido; pero de cualquiera de los dos modos, debe de hacerse en cafetera de filtro, vertiendo el agua hirviendo sobre el café y dejándolo posar: se deben poner para cada litro de agua 125 gramos de café: se sirve muy caliente, en tazas pequeñas y puro, después de las comidas: el servirlo con leche, á no ser después del almuerzo, es de muy mal tono.

El té se clasifica en dos secciones: negro y verde; el segundo es muy fuerte y excita violentamente los nervios; el primero es mucho más suave; las personas que gustan de tomar té con frecuencia, mezclan los dos en mitades iguales: se pone en la tetera en proporción de una cucharadita de café no muy llena por cada taza de agua, y se echa sobre él una media taza de agua hirviendo; se deja en infusión durante cinco ó seis minutos y después se acaba de llenar la tetera; si se pone toda el agua de una vez, el té sale mucho menos aromático; se sirve después del almuerzo con leche y tostadas de manteca, y en las reuniones, bailes ó lunchs, solo ó de la manera indicada, á gusto de la persona que ha de tomarlo.

Resta hablar del chocolate, que se sirve también en todas las reuniones nocturnas y almuerzos ó desayunos: debe elegirse de buena calidad y hacerse de dos modos: á la española, con agua, y á la francesa, muy claro con leche, y batido hasta que se ponga muy espumoso; se sirve en tacitas de porcelana el primero, altas y estrechas, y el segundo, ó sea el espumoso, á la francesa, en tazas mayores, anchas de boca y bajas.

Para el chocolate á la española se sirven toda clase de bollos de aceite, de manteca, de aguardiente, ensaimadas, roscones de Aragón, tortas y picatostes: el chocolate á la francesa se rodea de tostadas de manteca (*tartines*), bizcochos de todas clases, *babá*, ó manguito, hecho rebanaditas; pan francés, de Viena, de Praga, y cortaditas de queso de Gruyère.

Se sirve el chocolate muy caliente, y á la vez vasos de agua, copas grandes llenas de leche cocida y fría, y esponjados ó panales para el agua.

A cada lado de la mesa se pone además un jarro de cristal de forma antigua (que hoy reemplaza á las botellas), lleno el uno de agua y el otro de leche, para reponer las copas, ó añadir, si se desea beber más.

## VIII

## CONCLUSIÓN

He llegado, mis queridas señoras, al fin de mi tarea; y debo confesarlo con toda sinceridad, aunque me llaméis algo presuntuosa: creo firmemente que este libro es, de todos los que para vosotras he escrito, el de utilidad más práctica y más verdadera.

Acaso en las recetas, así de tocador como de arreglo de casa y mesa, he estado algo concisa; pero para estas cosas materiales hay mil compendios á precio muy reducido, que os podrán servir en caso necesario.

Mi principal deseo ha sido el que halléis en este volumen todo lo que se necesita para embellecer la prosa de la vida diaria y darle alguna poesía; el unir en el orden moral y en el material todo lo que os puede ser de verdadera utilidad, todo lo que os puede hacer amables y amadas; felices, en una palabra.

Siempre he creído—y cada día me confirmo más en esta idea—que no se opone absolutamente nada la elegancia de una mujer, por más exquisita y completa que ésta sea, á las virtudes modestas del hogar doméstico, á la prudencia y la economía, tan necesarias en la buena esposa y buena ma-

dre; las extranjeras nos dan un gran ejemplo de esta verdad, pues hasta las más grandes damas cuidan de su casa y de su familia, embellecen su hogar, y se ocupan activamente de esos mil cuidados que hacen atractiva la casa, que le dan la blandura y el dulce calor del nido, abrigo y grato asilo en todos los vaivenes de la vida.

El ave lleva las hierbecillas, las hojas secas y hasta sus propias plumas para formar un asilo; la mujer debe imitarla, debe preparar á su familia un refugio dulce, donde ella misma repose rodeada de los suyos; y el enseñar á formar á la mujer su nido doméstico ha sido uno de mis primeros, de mis asiduos y continuos cuidados.

La familia no se va, ni el hogar es ya inútil, como dicen los incrédulos y los pesimistas; el hombre más materialista, el más irreligioso, el más despreocupado, busca siempre la paz y el sosiego doméstico, la tranquilidad de la conciencia y un corazón fiel en que apoyarse: las uniones ilegítimas, los amores borrascosos y trágicos, no nacen de otra cosa que de anhelo de amor y de felicidad: hagamos de los lazos legítimos y consagrados por la sociedad y por las leyes, el risueño oasis que el vicio finge; procuremos templarlo con el calor de nuestra alma generosa; hagamos crecer en él algunas flores, y cuidemos las ilusiones para que permanezcan vivas el mayor tiempo posible.

Pero estas ilusiones, que no sean de las ficticias y dañosas por lo exageradas; mi principal

cuidado ha sido hermanar aquí la realidad con la belleza, y lo posible, es decir, la vida práctica, con la ternura, con el amor, con el deseo de agradar.

Si el alma necesita alimento, el cuerpo lo necesita también; y el procurar tener una habitación bella, una mesa elegante, un lecho mullido, no es ofensivo á los ojos de Dios, puesto que cuidamos de todo lo que debemos á su paternal bondad; no es ofensivo á la sociedad, amante siempre de lo que es verdaderamente bueno y bello; y es útil á nuestra familia, que debe ver siempre en nosotros el ángel del bien, que siempre consuela el dolor y embellece la vida.

FIN DEL MANUAL.

## ÍNDICE

	Paginas.
INTRODUCCIÓN.....	V
PARTE PRIMERA	
LA CASA	
I.—Elección de barrio y de habitación.....	9
II.—Ideas generales acerca del mueblaje.— Antesala.....	11
III.—Salón.....	13
IV.—Comedor.—Despacho ó gabinete de tra- bajo.....	17
V.—Sala de confianza.—Tocador.....	22
VI.—Habitación de una señorita hija de fa- milia.....	28
VII.—Cuartos de los niños de ambos sexos...	32
VIII.—Cuarto de la Institutriz.—Cuarto del Preceptor.....	39
IX.—Gabinete ó <i>Boudoir</i> .—Alcoba conyugal.	43
X.—Cuartos de los criados.....	51
XI.—Habitaciones destinadas al servicio.— Cocina.—Despensa.—Cuarto de plan- cha.....	54
XII.—Conclusión.....	57

## PARTE SEGUNDA

## LA VIDA PRÁCTICA

	<u>Páginas.</u>
I.—Orden doméstico.....	61
II.—Buena distribución de los medios materiales.....	66
III.—El ahorro.....	70
IV.—Administración y aumento de los recursos.....	73
V.—Precauciones.....	79
VI.—Manía de las compras.....	85
VII.—Vigilancia moral.....	88
VIII.—Pequeñas causas de ruina.....	93
IX.—Buscar y formar buenos criados.....	97
X.—Distribución del tiempo.....	102
XI.—De qué modo se consigue el bienestar de la familia.....	105
XII.—Conclusión.....	111

## PARTE TERCERA

## HIGIENE DE LA FAMILIA

I.—Vigilancia maternal.—Caidas de los niños.....	113
II.—La salud de la infancia.....	121
III.—Cartas de una dama francesa.—Carta 1. <sup>a</sup> .....	127
IV.—Carta 2. <sup>a</sup> .....	133
V.—Carta 3. <sup>a</sup> .....	138
VI.—Edad adulta.—Cuidados generales.....	143
VII.—Medicina doméstica.....	149
VIII.—Conclusión.....	176

## PARTE CUARTA

## LA MUJER EN SU CASA Y EN LA SOCIEDAD

	<u>Páginas.</u>
I.—El arte de agradar.....	179
II.—Reglas del buen gusto.....	186
III.—De qué manera debe vestirse una mujer elegante.....	190
IV.—Trajes de los niños.....	197
V.—Detalles elegantes.....	203
VI.—Elevación de gustos en el interior de la casa.....	207
VII.—Invitaciones y convites.....	215
VIII.—Recepciones.—Bailes y conciertos.....	219
IX.—Conclusión.....	224

## PARTE QUINTA

## LA BUENA AMA DE CASA

I.—Conservación de ropas, pieles y alfombras.....	227
II.—Conservación de vajillas ricas y usuales, y de la plata, cristal y muebles.....	232
III.—Limpieza de muchos objetos útiles.....	236
IV.—Recetas de uso diario é inmediato.....	245
V.—Limpieza de alhajas.....	252
VI.—Lavado y aplanchado.....	262
VII.—Tocador.....	271
VIII.—Conclusión.....	285

## PARTE SEXTA

## GOCES Y ESPLENDORES DEL HOGAR

	<u>Páginas.</u>
I.—Servicio de mesa.....	289
II.—Comidas de confianza.....	297
III.—Comidas íntimas, de familia y campes- tres.....	300
IV.—Almuerzos y cenas.....	303
V.— <i>Lunchs.</i> —Tés.—Refrescos.....	306
VI.—Repostería.—Pastelería.—Confitería...	311
VII.—Helados.—Refrescos.—Bebidas calien- tes.....	317
VIII.—Conclusión.....	324

FIN DEL ÍNDICE

